LA REVOLUCIÓN RUSA

LA FÁBRICA DE UNA NUEVA SOCIEDAD

MARÍA TERESA LARGO ALONSO

CATARATA

LA REVOLUCIÓN RUSA

LA FÁBRICA DE UNA NUEVA SOCIEDAD

MARÍA TERESA LARGO ALONSO

CATARATA

LA REVOLUCIÓN RUSA

LA FÁBRICA DE UNA NUEVA SOCIEDAD

MARÍA TERESA LARGO ALONSO

CATARATA

María Teresa Largo Alonso

Ha sido catedrática de Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria. Sus investigaciones y publicaciones han tenido un carácter didáctico y divulgativo, como Guía para la elaboración de itinerarios literarios (1994), La Guerra de Vietnam (2002) y artículos relativos a la enseñanza de la historia y el arte a través del cine.

María Teresa Largo Alonso

La Revolución rusa

LA FÁBRICA DE UNA NUEVA SOCIEDAD

DISEÑO DE CUBIERTA: joaquín gallego

Imagen de cubierta: © Aleksandr Ródchenko. Retrato de Lilia Brik (1924)

© María Teresa Largo Alonso, 2017

© Los libros de la Catarata, 2017

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

LA REVOLUCIÓN RUSA.

LA FÁBRICA DE UNA NUEVA SOCIEDAD

ISBNE: 978-84-9097-356-1

ISBN: 978-84-9097-261-8

DEPÓSITO LEGAL: M-930-2017

IBIC: HBTV4

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

In memoriam: a mis padres, Germán y Teresa; a David

Capítulo 1

UN ESPACIO Y SUS GENTES

Rusia está contenida en las profundidades rurales. Donde reina un silencio eterno.

Nicolai Nekrásov

, Silencio (Figes, 2006: 286)

Rasca en un ruso y encontrarás un tártaro.

Napoleón Bonaparte

(Figes, 2006: 440)

El imponente espacio que se extiende desde las orillas del Báltico al oeste hasta las costas del mar de Japón y del océano Pacífico al este, desde las heladas costas del Ártico a las cálidas orillas del mar Negro y a las altas estepas del Asia Central, ese extenso territorio será el escenario de la Revolución rusa y de su consiguiente guerra civil. No es extraño que Trotski decidiese que el tren era indispensable en su tarea de llevar la revolución hasta el último rincón de un Imperio que, a diferencia de los centrales y otomano, había conservado la mayor parte de su territorio al final de la Primera Guerra Mundial. Un Estado de tales dimensiones, lógicamente, alberga una heterogénea población de variados caracteres étnicos, sociales, culturales y religiosos que explican la complejidad de la historia e historias que allí se desarrollaron y cómo actuaron dichas diferencias en la creación de un país a cuya amplitud geográfica se unía la coexistencia de un sustrato eslavo y otro asiático.

La estepa euroasiática es una llanura dividida por la larga cordillera de los Urales, compuesta de montañas que, por su mediana altura, no constituyen una barrera infranqueable. Por ello, los débiles

principados de Kiev y Moscovia se verían sometidos al Imperio de Gengis Kan en el siglo XIII. En el siglo XV, cuando el conjunto de tribus asiáticas que habían llegado con los khanes decidió retornar a su solar mongol, una parte considerable permaneció en la cuenca del Volga y en el Cáucaso, mezclados con población autóctona, pero manteniendo su modo de vida seminómada y pastoril; eran jinetes venidos de Asia, paganos de tradición chamánica. Por su parte, las poblaciones de las regiones boscosas y de las amplias llanuras de cereal eran agricultores de origen eslavo o báltico-escandinavo —ucranios, polacos, bielorrusos, rumanos, fineses, suecos y alemanes- cristianos de influencia bizantina, en su mayoría de reciente conversión—. Más al sur, armenios y georgianos, cristianos desde el siglo IV que, como pobladores de una tierra de frontera, compartían con los jinetes asiáticos belicosidad y tradiciones orientalizantes. El resultado son esos elementos complementarios y, a veces, contradictorios que definirían el alma rusa para los intelectuales de los siglos XIX y principios del XX.

Tras la toma de Kazán en 1552, el Principado de Moscú inició una expansión hacia el sur y el este que tenía un doble objetivo: conseguir una salida al mar que facilitase el comercio y ganar prestigio internacional. Durante los siglos XVIII y XIX este Estado se convirtió en un imperio, que incluía la mayor parte de los territorios que hoy forman parte de la Rusia actual. Por el oeste, Pedro I (1682-1725) necesitaba un glacis defensivo para proteger su ciudad —San Petersburgo— de las ambiciones de monarcas suecos y polacos, así como para reforzar el componente europeo, civilizado, germánico y cristiano del Estado que había decidido crear. Pero su verdadera expansión se dirigió hacia el Cáucaso, en el sur, y a los vastos espacios de Siberia y Asia Central, espacios vírgenes, una tierra de libertad y promisión que proporcionaba pieles, minería, maderas. Un espacio mental que no llegó a ser visto como una expansión propiamente colonial según el modelo europeo porque los intelectuales eslavistas veían en esas tierras el hogar de sus antepasados: un zar, como Boris Godunov (1598-1605); Kutúzov, el general que había vencido a los franceses en 1812; escritores como Turguénev, Gógol, Bulgákov, Ajmátova, Nabókov; políticos como Bujarin o Stalin; músicos como Balákirev o Rimski-Kórsakov; pintores como Kandisky, que se enorgullecían de sus rasgos asiáticos. Hasta la fisonomía de Lenin con sus ojos rasgados y

altos pómulos indicaba la mezcla que hace de Rusia un país ciertamente exótico a ojos de los europeos y el lugar del que surgiría la regeneración y el renacimiento del decadente Occidente a ojos de los propios rusos. El lugar de la revolución por excelencia.

A comienzos del siglo XIX, existía entre las elites de San Petersburgo un rechazo hacia el legado asiático, que sintetiza bien la frase de Pushkin: "Ni álgebra, ni Aristóteles", considerando que la incorporación de poblaciones orientales no había aportado avances culturales de interés y había hecho retroceder a Rusia a una edad oscura. Pero las aportaciones orientales no supusieron un atraso tan absoluto: militar y burocráticamente, los khanes estaban más desarrollados que los rusos y a ellos se debieron las estructuras administrativas (Figes, 2006: 447). De hecho, el despotismo del gobierno de los zares y sus rituales serían tan bizantinos como orientales y también servirían para explicar la naturalidad con que se aceptó la implantación de la autocracia del sistema soviético. El mismo Pushkin reconocería más tarde que en esa herencia residía el germen de las conquistas con que Rusia sorprendería al mundo. Esos invasores que llegaron para quedarse y que, a su pesar, se convirtieron en Ucrania en agricultores, artesanos o comerciantes, formaron parte del ejército que guardaba las fronteras imperiales y serían quienes, en el imaginario mítico de construcción nacional, dotarían de profundidad espiritual al pueblo ruso.

El alma rusa, dúplice, contradictoria y complementaria, se ejemplificaría en dos ciudades que marcaron dos momentos fundacionales para el país. La primera, San Petersburgo, la ciudad de Pedro I el Grande, que se quería europea, escena perfecta del príncipe según los parámetros renacentistas italianos. Ciudad cuyos palacios de piedra se asientan sobre el agua, agrupaba a las elites rectoras del zarismo, comunicándose en francés, inglés o alemán, desconocedoras de un pueblo al que despreciaban y al que solo se dirigían en un ruso básico, aprendido en la infancia, para ordenarle algo. Una ciudad en la que muchos de sus habitantes pensaban que la civilización acababa allí donde terminaba la Perspectiva Nevsky. Y Moscú, la ciudad que hasta mediados del siglo XIX seguía conservando su urbanismo primitivo, de casas de madera y palacios en cuyos patios había gallineros que recordaban las grandes haciendas rurales, pero que, revitalizada por su potente

industrialización finisecular, iniciaba su competencia con San Petersburgo. Moscú también era una ciudad de elites políglotas y cosmopolitas, pero optó por conservar lo más genuino del alma eslava que, en su versión moscovita, era claramente orientalizante. Era en Moscú donde sobrevivían los Viejos Creyentes, la secta que se oponía a la jerarquía eclesiástica zarista, reivindicando sus orígenes bizantinos y su misión mesiánica de redención de la cristiandad entera. La ciudad era también el centro de poder hedonista, de comidas suntuosas, regadas con vodka y champán, donde la esencia de los verdaderos rusos se ponía de manifiesto en decoración, moda, danzas, música. Es aquí donde surgió el nacionalismo musical ruso de Músorgski, de Balákirev, de Rimski y Borodín, los que miraban hacia la estepa, para hallar su inspiración en las danzas cosacas y caucasianas, en las joyas escitas, en los rituales chamánicos orientales. Y era a la vez la ciudad que crecía más deprisa —en 1900 su crecimiento era semejante al de Nueva York— forjándose en ella el ejemplo ruso de modernidad y capitalismo. La imagen más acabada a las puertas de 1917 de cómo había evolucionado el país.

DEL FEUDALISMO A LA REVOLUCIÓN: LOS GRUPOS SOCIALES Y SU EVOLUCIÓN

Un diputado campesino de Saratov […], causó gran sensación durante el debate sobre las reformas agrarias cuando contestó a un delegado de la nobleza: “Nosotros conocemos muy bien cuáles son sus propiedades porque una vez fuimos propiedad suya. Mi tío fue cambiado por un galgo”.

Figes

, La Revolución rusa (1891-1924).

La tragedia de un pueblo (2000: 269)

La cita recogida por Orlando Figes en La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo ilustra perfectamente cómo a principios del siglo XX en Rusia seguía viva la memoria de una estructura social extremadamente arcaica, en la que los hombres eran considerados propiedad de los grandes terratenientes, definiéndose con ello una singular organización socioeconómica que la alejaba de la mayor parte de los países de Europa Occidental. Sin embargo, la entrada de inversiones extranjeras y el cosmopolitismo de sus elites hacían del país una mezcla de atraso y modernidad que acentuaba los rasgos complejos y contradictorios expuestos en el epígrafe anterior. Las elites rectoras mantenían una pirámide social anclada en el antiguo régimen preliberal, en el que la nobleza, con la familia imperial al frente, ocupaba la cúspide, apoyándose en tres instituciones: ejército, clero y burocracia. Eran estos tres cuerpos los que trataban de conservar el, cada vez más frágil, entramado político, asediado por la evolución que, de forma lenta pero constante, se venía produciendo en los aledaños de su cerrado mundo. Un óceano campesino al que los miembros más liberales de las elites terratenientes y urbanas intentarán sacar de su postración secular; una burguesía escasa en número, concentrada espacialmente y poco influyente en lo político; una intelligentsia respetada intelectual y socialmente, esta sí muy activa políticamente, y un proletariado urbano que experimentó un crecimiento exponencial durante el periodo finisecular, si bien estuvo tan concentrado como las propias empresas pertenecientes al capital ruso o exterior. Son los dos últimos grupos citados los más activos desde el punto de vista revolucionario, ya sea como teóricos y dirigentes, o como militantes que inundarán las calles de las ciudades y el inmenso territorio ruso llevando la revolución consigo. Es un Estado en transición que, bajo la apariencia de inmovilismo, está lleno de efervescencia política, social, económica y cultural, compitiendo en vanguardismo con París, Berlín, Londres o Nueva York.

Una aristocracia dual: inmutables y progresistas

A la cabeza de la pirámide social se hallaba el zar, un monarca

autocrático que se consideraba representante de Dios en la tierra e intermediario entre este y su pueblo; máxima autoridad del Estado y, dentro del mismo, del clero. El último de los Romanov —Nicolás II (1894-1917)— desde su coronación había intentado reforzar el carácter autocrático de la monarquía. En este objetivo influían tanto la pobre opinión que acerca de él tenía su padre —Alejandro III (1881-1894)—, quien, a veces, le llamaba niñita y le consideraba un estúpido poco capacitado (Figes, 2000: 49), como las presiones de la zarina Alejandra. Trotski no es más compasivo en su retrato y lo define como una persona carente de cualidades, ya que, aunque no concebía la gobernación sino como autócrata, era incapaz de mostrar ninguna seguridad ante sus ministros. Figes, sin embargo, valora que su educación victoriana hubiese podido hacer de él un buen monarca constitucional en un contexto diferente. Políglota, se comunicaba con su familia preferentemente en inglés, francés y alemán; había realizado el gran tour como cualquier joven aristócrata europeo y eso le permitió conocer de primera mano otros países y formas de gobernar, pero de poco le sirvió, ya que se negó a adoptar cualquier reforma que significase una merma de su poder. Rodeado por sus compañeros de la Guardia Imperial, desconocía totalmente la evolución experimentada por la sociedad rusa, manteniéndose lejano e insensible ante hechos trágicos, como los que tuvieron lugar durante las fiestas de su coronación. En mayo de 1896, cuando la multitud trató de acceder a la comida y bebidas prometidas para celebrar el comienzo de su reinado, se produjo una estampida en la que murieron más de 1.400 personas y 600 resultaron heridas. Pese a ello, en el interior del palacio, la fiesta continuó sin mostrar la más mínima señal de duelo.

La zarina Alexandra era una figura aún más arrogante. Incapaz de sentir la menor simpatía por las clases populares, vivía volcada en su familia y Figes traza una imagen de ella que la asimila a un ama de casa burguesa de la Inglaterra victoriana, austera y poco expresiva. Como el zar, consideraba imposible que no existiese una perfecta unión entre este y su pueblo. De carácter fuerte y convicciones reaccionarias influía en su marido e, indirectamente, en los asuntos de Estado, imponiendo las exigencias que una suerte de chamán —Rasputín— demandaba. El poder de este pseudotaumaturgo derivaba de la confianza que Alexandra había depositado en él, ya que le creía capaz de curar la hemofilia del

zarévich, Alexis. En este caso, en palacio se compartía con las despreciadas masas campesinas la superstición de origen tártaro del Santo Tonto, que Rasputín contribuyó a hacer aún más impopular entre las elites ilustradas.

Por debajo de la familia imperial la nobleza cortesana ocupaba los puestos de mayor relieve de la burocracia zarista y del ejército. En este último caso, el servicio en los cuerpos especiales más cercanos al zar, como el Corps des Pages o el Regimiento de Húsares de la Guardia Imperial, eran factores que auguraban una brillante carrera militar o burocrática, sin importar más méritos que el nombre de la familia y haber compartido con el zar momentos de camaradería en alguna de las mencionadas instituciones. Los aristócratas constituían una elite cosmopolita y endogámica, cuya riqueza y poder descansaba sobre el trabajo de millones de siervos, poco o nada interesada en impulsar unas reformas técnicas que supusiesen mejorar los rendimientos y las condiciones de vida de unos sirvientes infinitos. En muchos casos, su vida discurría en una suerte de oblomovismo —del personaje que da título a la novela de Goncharov, Oblomov— dentro de la pasividad y la inacción. Y puesto que ocupaban los cuerpos rectores de la Administración y del Ejército, nunca se acometieron los cambios que tanto necesitaban el país y la sociedad. Ambas instituciones resultaban a menudo disfuncionales, debido a la mediocridad de muchos de sus integrantes, o a causa del poco interés que experimentaban por las responsabilidades que les habían sido encomendadas. A la falta de idoneidad se unía la escasa financiación tanto de una como de otro. Duplicación de funciones, descoordinación entre departamentos, arbitrariedad y baja fiscalidad, todo ello daba lugar al mal gobierno, que se hizo más patente en la sucesión de guerras perdidas, particularmente en la ruso-japonesa (1904-1905) y en la Primera Guerra Mundial (1914-1918). A la inoperancia mencionada, se unían los impopulares abusos y corruptelas cometidos por los gobernadores provinciales, con el desconocimiento o la anuencia de la Administración central. Esa ignorancia por parte de los gobernantes de la nación impedía interpretar adecuadamente los signos de rebelión que se venían sucediendo y la evolución acontecida entre sus capas medias. Por el contrario, el asesinato de Alejandro II (1855-1881) a manos de un anarquista puso fin a un proyecto de constitución. Su hijo,

Alejandro III, en 1881 forzó la renuncia de los ministros reformistas profundizando en la autocracia y, en consecuencia, radicalizando los planteamientos políticos que se manifestarían en 1905 y 1917.

Y, sin embargo, una parte de esa nobleza, la más culta, educada en los principios liberales, que había viajado y tenía la Revolución francesa como referente político, había iniciado una deriva de acercamiento al pueblo (narod). Estos aristócratas, en su indagación intelectual acerca del genuino espíritu ruso, pusieron sus ojos en los campesinos, adquirieron consciencia de su postración y de su miseria… y se apiadaron de ellos. Levin —el personaje de Ana Karenina, que es trasunto de Tolstói— intentaría introducir los cambios que trajesen una auténtica redención de sus campesinos, con quienes compartía algunas de las tareas agrícolas. El instrumento de que se valieron estos nobles liberales para llevar las transformaciones al campo fueron los zemstvos (1864, asambleas locales integradas por los señores y los patriarcas de las aldeas).

En ese mundo aristocrático, que parecía inmutable, la emancipación de los siervos, llevada a cabo en 1861, fue recibida por la nobleza como un atentado contra sus privilegios, pese a que las redenciones que tuvieron que pagar los campesinos por su liberación y para adquirir comunalmente la tierra que el Estado les adjudicaba les proporcionase dinero para saldar sus deudas con el Estado y con los usureros. El juego, una diversión muy extendida, llevó a nobles, como León Tolstói, a jugarse sus haciendas con sus animales y herramientas, siervos incluidos. Solo algunas excepciones como el príncipe Lvov, presidente del zemstvo (asamblea local) de Tula y presidente del Gobierno provisional en 1917, supieron gestionar sus haciendas, haciéndolas rentables y mejorando de paso la vida de sus campesinos. Son estos naródniki (populistas) el primer grupo político que intentó transformar la nación no solo política, sino también socialmente. El resto, pese a la emancipación, mantenía los castigos físicos públicos ante cualquier hecho que considerasen punible y ello sería uno de los motivos de resentimiento que explicaría la violencia de la revolución campesina.

Ejército: una gigantesca máquina obsoleta

Solo las sucesivas derrotas de Crimea (1853-1856) y Japón (1905) impulsarían reformas que permitieron el acceso a puestos de mando a militares más capacitados y formados, pero la continuada falta de dotación económica obligaba a los soldados-campesinos a ocuparse de tareas que se salían del ámbito militar. Debían de trabajar para aprovisionarse de alimentos, calzado, tabaco, llegando incluso a contratarse como temporeros en las épocas de cosecha, en lugar de entrenarse para futuras intervenciones militares. También, en este caso, el trato humillante y discriminatorio del que eran objeto por parte de jefes y oficiales, unido al descrédito de las derrotas, generó desobediencia e indisciplina, de lo que el motín del Potemkin en 1905 constituye un buen ejemplo. La razón: servir comida en mal estado a la marinería. Nuevamente la animadversión hacia sus jefes conformaba un ejército dividido y obsoleto, incapaz de vencer. Y a esa conclusión había llegado uno de sus generales más reconocidos — Alekséi Brusílov— quien señalaba las causas que explican dicha apreciación: escasos entrenamiento y equipación, anticuada estrategia y desorganización. Y sobre todo ello, Nicolás II, quien perdía prestigio a los ojos de los jefes más preparados y de la tropa que pretendía dirigir.

Vida cotidiana de los privilegiados

La vida cotidiana de estos privilegiados discurría en un marco que comprendía sus haciendas y las capitales de provincia de sus destinos profesionales, así como San Petersburgo, Moscú y las capitales y balnearios europeos. La caza, el juego, los desfiles militares, los bailes, la ópera y el ballet eran sus ámbitos de socialización. Dentro del mismo, las mujeres mantenían salones al modo francés, en los que la intelligentsia encontraba un lugar para la discusión y la difusión de nuevos planteamientos culturales y políticos. Desde 1780, el conde de Segur se admiraba de que las mujeres peterburguesas poseyeran una refinada cultura literaria y hubieran dejado atrás a los hombres en cuestiones sociales y culturales. Hablaban varios idiomas, eran destacadas

instrumentistas y podían mantener conversaciones llenas de ingenio sobre una gran variedad de temas. En Moscú, donde la influencia oriental era más patente, la mujer no participaba tanto de ese activismo intelectual. Pero incluso en las extremas condiciones de su exilio siberiano, la princesa María Volkonsky, esposa del decembrista que había intentado dotar a Rusia de un régimen constitucional a principios del XIX, haría de su hogar un foco de cultura afrancesada. En su correspondencia dice: "Mis hijos viven a la Rousseau, como dos pequeños salvajes y hay poco que yo pueda hacer al respecto, salvo insistir en que hablen francés con nosotros dentro de casa" (Figes, 2006: 143). Nunca abandonó, sin embargo, su activa labor creando escuelas, hospitales para niños huérfanos y un teatro en el que se trataba de llevar a la remota Siberia la cultura urbana de San Petersburgo.

La educación familiar de esta cosmopolita nobleza forjaba un carácter contradictorio que se haría evidente en la evolución ideológica de algunos de sus miembros. Los progenitores, distantes por sus numerosos viajes o por sus múltiples relaciones sociales, dejaban a sus hijos en manos de amas y niñeras campesinas que les acunaban con canciones y relatos que llegarían a formar parte de su acervo cultural y afectivo más íntimo. Eran ellas quienes les enseñaban ruso, idioma que, al pasar a depender de institutrices extranjeras, paulatinamente sustituirían por el francés o el inglés. Con ese olvido, llegaba también el distanciamiento, pues se instruía a los pequeños para que se convirtieran en amos, cuyos siervos eran meros objetos, sin otra misión que servirles. Por ejemplo, en la escuela, si el joven noble era castigado, dicho castigo lo recibía en su lugar el joven siervo que lo acompañaba. No es extraño que esas gentes campesinas, que habían aprendido a querer a esos niños casi como si fueran propios, experimentasen sentimientos encontrados cuando los reencontraban, ya adultos, convertidos en displicentes dueños.

Tom Stoppard, en su trilogía teatral sobre la intelligentsia rusa, titulada The Coast of Utopia, refleja cómo algunos de los más relevantes intelectuales y revolucionarios rusos del siglo XIX eran terratenientes de origen noble que, como Bakunin o Turguénev, se reunían en la finca del primero para criticar el sistema en el que ellos ocupaban una situación de privilegio. Sus actividades

conspirativas les obligarían a exiliarse en París, siendo esta vez Herzen el anfitrión. En este punto de su trayectoria teórica, Turguénev y el propio Herzen habían comprendido que no serían ellos quienes harían la revolución, pese a que Bakunin se había convertido en un reconocido activista revolucionario. En su exilio inglés, el ímpetu revolucionario había derivado en un estado contemplativo en el que la revolución quedaba reducida a una utopía, pero… algo había cambiado. Las mujeres, a lo largo de la trilogía, participan cada vez más, en pie de igualdad, en las discusiones de esos revolucionarios que habían abandonado la cómoda vida familiar por el exilio europeo.

La Iglesia: legitimadora del poder y sustrato mesiánico de la revolución

El clero era otro de los estamentos privilegiados, aunque solo en sus jerarquías más elevadas. Trotski, en su Historia de la Revolución Rusa, le responsabiliza del atraso en que se hallaba sumida Rusia a comienzos del siglo XX, así como de la legitimación de la autocracia de los Romanov y del sometimiento del campesinado al Estado. La Iglesia ortodoxa rusa había establecido un pacto con los zares Romanov porque estos habían defendido la ortodoxia en el país. Los zares, de acuerdo con la tradición bizantina, se convertían en cabeza de la Iglesia nacional, mientras esta legitimaba la ocupación del trono por derecho divino, llegando a canonizar a los príncipes más populares. Esta vinculación entre Iglesia y Estado hacía de la primera una mediadora perfecta entre el pueblo y sus gobernantes. La Iglesia había venido recibiendo tierras y otras donaciones durante siglos, pero, también a ella, le afectarían la emancipación de los siervos y las sucesivas reformas que se producirían hasta 1917. Como compensación, sus sacerdotes percibían una aportación económica del Estado a cambio de la cual dichos sacerdotes se convertían en informantes de las vicisitudes que se producían en sus parroquias. Al mismo tiempo, desde el púlpito, difundían las órdenes imperiales en los enclaves más alejados de la capital, contribuían a la alfabetización —y al adoctrinamiento en el amor al zar— de los niños campesinos y futuros soldados, así como a la

rusificación de las áreas más renuentes al proceso de aculturación que acompañó a la expansión del Imperio. Estos servicios les reportaban el derecho exclusivo del proselitismo, siempre que no fuese crítico con el sistema, como ocurrió en los casos del Monasterio de Óptina o con los Viejos Creyentes, que denunciaban la corrupción de la jerarquía eclesiástica vinculada a la Administración. También les estaba reservada la definición de las pautas morales que debían regir el país y la vigilancia de las mismas.

Desde finales del siglo XIX el prestigio de la Iglesia había iniciado un declive que se aceleró en el XX. La falta de formación de una parte considerable del clero exigía una reforma en profundidad que respondiese al proceso de secularización que tenía lugar en las ciudades industriales. Los propios campesinos se mostraban también críticos con aquellos popes que, mermados en los recursos proporcionados por el Estado, vivían las mismas carencias que sus feligreses, con los que disputaban por los honorarios de bautizos, bodas y funerales. Dilataban la celebración de tales ceremonias hasta haber cobrado el precio demandado, lo que les valía fama de codiciosos y venales, perdiendo el respeto de los campesinos, los cuales, pese a los constantes gestos devocionales que llevaban a cabo, practicaban una religiosidad superficial más inspirada por el ritual que por una profunda vivencia espiritual. Parte del clero desconocía las Escrituras y llegaba a pensar que “Dios era un ser humano” (Figes, 2006: 393) y los santos, divinidades propiciatorias de lluvia o buenas cosechas. De este modo, una vena de religiosidad mesiánica y supersticiosa recorría la sociedad rusa transversalmente hasta el punto de que difícilmente una revolución social podría prescindir de ciertos componentes religiosos. Hasta un panfleto socialista de 1917 comparaba el socialismo con la obra de Cristo y sostenía que, dicho partido, crearía un reino en la tierra fraternal e igualitario. El propio culto a Lenin, desarrollado poco después de que este sobreviviese a su último y más grave atentado en 1918, podría relacionarse con la veneración a esos santos taumatúrgicos y milagreros. No es extraño que un escéptico como Chéjov, poco dado a la superstición, considerase positivamente a la Iglesia solo en un aspecto: era el único lugar en el que los campesinos entraban en contacto con la belleza.

Burguesía y clases medias: un pequeño grupo que alteró los valores

A comienzos del siglo XX la burguesía continuaba siendo un grupo minoritario dentro de la sociedad rusa. Según Trotski, el lento desarrollo de una economía industrial y comercial y la dependencia de las inversiones exteriores no habían permitido el crecimiento del empresariado. Además, la concentración espacial del tejido industrial en unas pocas ciudades hacía que la influencia de esta clase social hubiese sido muy limitada a lo largo del siglo XIX; a ello contribuía su escaso interés en la participación política. Esta situación comenzó a corregirse en el periodo finisecular y, especialmente, a partir de 1905 cuando magnates como Mamontov o Tretiakov empezaron a desempeñar un papel muy influyente en el mundo de la cultura a través del mecenazgo. Ellos y otros, como Shushkin o Morozov, favorecieron la creación de un ambiente intelectual y artístico que haría de Moscú y San Petersburgo ciudades extraordinariamente vivas y vanguardistas, a la altura de París, Berlín o Múnich. Mamontov, por ejemplo, financiaba comunidades de artistas, porque pensaba que el arte debía de ser un vehículo para educar a las masas y, por ello, decidió encargar a pintores y ceramistas la decoración de las estaciones de sus ferrocarriles moscovitas con escenas populares de las zonas de destino de los mismos. También subvencionaba la colonia de artistas de Abramsetvo, donde se diseñaban tejidos y muebles inspirados en la artesanía popular, forjándose en ella una pléyade de diseñadores que revolucionaron la producción de objetos cotidianos. Tretiakov promovía a artistas como los Pintores Ambulantes, entre los que se encontraba Iliá Repin. Algunas de las obras de este último, como Los sirgadores del Volga, fueron un aldabonazo en las conciencias de las clases más favorecidas ante la brutal explotación y trato humillante de unos hombres empleados como bestias de carga. Shushkin y Morozov, por su parte, eran grandes coleccionistas de obras de la vanguardia europea, pero, a la vez, sostenían financieramente revistas como El Vellocino de Oro o invertían en exposiciones como la “Jota de Diamantes”, donde se dieron cita en 1910 los artistas más relevantes y revolucionarios de

Rusia, como Kandinsky, Malévich, Tatlin y un importante grupo de mujeres como Goncharova, Popova o Exter. Estos artistas escandalizaban a los biempensantes tanto por la radicalidad de sus propuestas estéticas como por las actitudes abiertas de sus relaciones. A pesar de sus críticas hacia esa bohemia desenvuelta, la alta burguesía hizo de la asistencia a las reuniones de estos creadores una actividad a la moda tan frecuente que Andréi Biely ironizaba acerca de la Sociedad de Estética Libre de Moscú la cual, según él, tuvo que cerrar por un exceso de millonarias (Figes, 2006: 275).

La bohemia creativa era un grupo transversal en el que podían coincidir tanto los hijos de los terratenientes más importantes como jóvenes funcionarios provinciales, profesionales que intentaron llevar los avances de la civilización a los bosques y estepas rusos… y difundir un nuevo pensamiento, revolucionario en mayor o menor medida. Ellos eran los que, como Chéjov, atendían a pacientes campesinos, o como Ekaterina Brestkovskaya —a la que más tarde se conocería como la abuela de la revolución—, que abandonaban sus estudios en la ciudad para alfabetizar al campesinado. Eran literatos tan activos y reconocidos como Tolstói, Dostoyevski, Gorki, Pasternak, Ajmátova, Tsvetáyeva...; directores teatrales como Stanislavski o Meyerhold, que consideraban el teatro la expresión artística más democrática para desvelar la realidad, ya que el Teatro de las Artes de Moscú vendía entradas baratas para estudiantes y obreros, lo que obligaba a los ricos burgueses que acudían a ver las obras a sentarse con trabajadores y estudiantes pobres. Este hecho pone de manifiesto algunos de los cambios que se estaban produciendo en los espacios de socialización, reflejo a su vez de las transformaciones en los distintos grupos sociales. Las percusiones de Stravinski, inspiradas en la música folclórica euro-asiática, eran un fondo musical genuino que anunciaba cómo, bajo una capa de inmovilismo, algo nuevo fluía; era esa activa intelligentsia la que de forma intuitiva trasladaba las modificaciones que se estaban operando en la sociedad rusa.

Campesinos: la esencia de Rusia

Desde el siglo XVI, en Rusia la población creció muy lentamente. A partir de la segunda mitad del siglo XIX se produjo una aceleración en el crecimiento poblacional, pasando de los 125 millones de habitantes de 1897 a los 174 de 1914. De estos, aproximadamente, entre un 80 y un 85 por ciento eran campesinos, algunos de los cuales habían mejorado su situación, pero la mayor parte seguían padeciendo condiciones de trabajo y de vida muy duras. Teniendo en cuenta estos porcentajes podemos observar que el campesinado era el grupo poblacional principal de Rusia. Para los intelectuales decimonónicos, ya fuesen nobles o burgueses, los campesinos constituían la esencia de la nación, la parte más noble e incontaminada, la más genuinamente rusa en opinión de Turguénev y Tolstói. En busca de esa esencia nacional jóvenes estudiantes de diferentes clases sociales se dirigieron a su encuentro, con un objetivo: redimirlos de su postración mediante la educación. Son los naródniki —los que buscaban al pueblo (narod)— intentando aplacar su mala conciencia de jóvenes privilegiados ayudando a jornaleros, arrendatarios o pequeños propietarios a salir de su pobreza. Literatos y artistas plásticos habían difundido entre las elites urbanas la miseria imperante entre los trabajadores del campo. Miseria a la que se unían un trato humillante, el alcoholismo, el embrutecimiento y la violencia, resultando un retrato poco halagador, como el que ofrecen Gógol y Dostoyevski, muy alejado de la visión idílica de los eslavistas de la que estaban impregnados los estudiantes civilizadores.

El principal factor de transformación fue el decreto de emancipación de la servidumbre, promulgado en 1861, tras la guerra de Crimea. En la inspiración del mismo, intervinieron tanto las convicciones liberales del zar como las promesas hechas a los soldados-campesinos que habían combatido en la contienda y, al ver retrasarse dichas reformas, iniciaron revueltas contra el orden instituido. Sorprendentemente, la emancipación no mejoró las condiciones de vida de la mayor parte de esos campesinos. Con el fin de apaciguar a la aristocracia terrateniente, el Estado adelantó un rescate, según el valor fijado por los propietarios, para compensar la pérdida de tierra y manos. Por su parte, los campesinos agrupados en el MIR —órgano comunal de gestión de la propiedad de la aldea— procedían a pagar solidariamente dicho rescate y si algún miembro de la comuna deseaba abandonar la

aldea, antes tenía que cancelar su parte, ya que, de no hacerlo, era la mencionada institución la que asumía la deuda. La sobrevaloración de los bienes hizo de este endeudamiento casi un censo a perpetuidad, lo que dificultaba invertir en mejoras técnicas cualquier beneficio que se pudiese sacar del cultivo de la tierra. La agricultura sufrió un estancamiento porque, si bien aumentó la superficie cultivada y con ello la producción, la productividad se redujo por varias causas: al crecer la población el tamaño de estas parcelas disminuyó, ya que cada pocos años el MIR redistribuía la tierra según el número de trabajadores de cada familia y dichas parcelas eran tan estrechas y alejadas entre sí que era imposible la mecanización y otras mejoras agrícolas. Surgieron problemas derivados del reparto de tierras, con acusaciones de privilegiar a unos frente a otros, sabotajes de proyectos de mejora, lo que suponía que rara vez se hacían los necesarios trabajos de drenaje y ordenación del riego. Pero las reformas de Stolypin, la especulación y las deudas contraídas con el Estado tuvieron dos consecuencias importantes: la aparición de los kulaks, una clase media campesina que, al adquirir los derechos sobre la tierra, impuso altos arrendamientos y expulsó a aquellos campesinos que no podían pagarlos ni competir con la producción de los latifundios por los nuevos mercados urbanos. La segunda consecuencia fue el éxodo de los campesinos, que se dirigieron a las ciudades de incipiente industrialización, a las explotaciones mineras o a Siberia. Se iniciaba con ello un proceso que daría como resultado una economía dual, con grandes núcleos industriales, comerciales y financieros, altamente concentrados y razonablemente modernizados, y un espacio rural que se mantenía fiel a sí mismo. Solo una minoría de campesinos incapaces de autoabastecerse se recicló como zapateros, artesanos textiles y obreros de la construcción, empleados por los zemstvos (asambleas locales) en su programa de reformas del agro. En general, era un mundo en decadencia porque, a través de la mejora de las comunicaciones, se implantaba una nueva economía monetaria y la agricultura dejaba de usarse para el autoconsumo para hacerse de mercado.

Solo los zemstvos ofrecían unas transformaciones de ese mundo arcaico al servicio de todos los que lo habitaban. Sus dirigentes, muchos de ellos naródnikis (populistas) comprometidos con la causa popular, fundaban instituciones financieras modernizadoras

de la agricultura: financiaban la compra de nuevas semillas, de animales y de maquinaria que hiciesen más rentables las explotaciones. También realizaban estudios estadísticos que les facilitasen diagnosticar fiablemente las necesidades del sector. Estas innovaciones se hacían dentro de una atmósfera de simpatía por el pueblo, lo que supuso que, a veces, arroparan actividades más o menos revolucionarias. El asesinato de Alejandro II en 1881 a manos de un anarquista puso fin a tal atmósfera de confraternización. La acción de los zemstvos pasó a ser controlada por los oficiales gubernamentales. Las medidas represivas dirigidas contra jóvenes sospechosos de difundir doctrinas revolucionarias despertaban la inquietud entre los campesinos más ancianos, llegando a denunciar a alguno de sus altruistas colaboradores. Para muchos de los campesinos estos jóvenes de ideas extrañas resultaban incomprensibles; por su parte, entre los bolcheviques, dichas reticencias produjeron cierto rechazo hacia el campesinado, al que reputaban de retrógrado. Sin embargo, desde el siglo XVIII, se habían venido produciendo levantamientos campesinos, por los derechos feudales o por mera subsistencia y, después de 1906 y la frustración producida tras las reformas de Stolypin, las acciones levantiscas serían más radicales y numerosas, revelando todo el potencial revolucionario de quienes constituían el grueso los trabajadores.

La reacción de parte de la intelligentsia, que tanto les había idealizado, fue de temor. Pensaban en un desbordamiento de las fases revolucionarias determinadas por la ortodoxia marxista. Dejaron de ser los idílicos aldeanos hacia los que acudían en busca de la inocencia primitiva del pueblo ruso, llegando a rechazar cualquier tipo de fusión con ese pueblo, como llegaron a manifiestar antiguos marxistas como Struve o el propio Gorki que, en 1905, describía a los revolucionarios campesinos como bárbaros como los que saquearon Roma (Figes, 2006: 331).

La literatura describía cómo la violencia ejercida secularmente sobre esta clase había generado un embrutecimiento en el que la vida tenía poco valor. Bunin, en La aldea, retrata a los campesinos como seres brutales, alcoholizados, corruptos y ladrones. Como la de Gorki, su visión nacía de un conocimiento directo debido a sus orígenes humildes. Castigos brutales aplicados por sus antiguos

amos, ahora patronos, o entre ellos mismos; viviendas insalubres que compartían animales y seres humanos; alta mortalidad, sobre todo femenina e infantil; patriarcas autocráticos que maltrataban a sus mujeres, consideradas meras máquinas reproductoras que proporcionaban manos para trabajar. Las mujeres, los miembros más desgraciados de tan desdichadas familias, realizaban los trabajos más duros, eran golpeadas arbitraria y sistemáticamente, debiendo soportar tener sexo, si así lo deseaba el patriarca familiar cuando el marido se hallaba de viaje. Un dicho tradicional resume el grado de violencia en las relaciones familiares: “Golpea a tu esposa como a un abrigo de piel, ya verás como habrá menos ruido” (Figes, 2000: 133).

Privados de una responsabilidad que no se acomodase a sus tradiciones, no respetaban la ley, siendo el Estado en parte responsable por mantenerlos al margen de sus derechos civiles. Su ideología se acomodaba más bien a un anarquismo igualitario en el que el derecho de uso comunitario de tierra, animales, herramientas y mujeres estaba legitimado por un vínculo sagrado, en el que esa tierra y lo que sobre esta existía era de Dios y de quien la trabajaba. De ahí su posterior resistencia a la nacionalización tras la Revolución bolchevique o a reconocer como delitos la caza furtiva o los robos a aquellos que tenían algo más que ellos. Solo el MIR tenía su reconocimiento como algo que emanaba de sí mismos al formar parte del órgano los ancianos de las aldeas.

La alfabetización produciría cambios sustanciales entre algunos jóvenes. Si en 1897 solo un 21 por ciento estaban alfabetizados, en 1914 sería un 40. Pronto se hicieron evidentes las ventajas: estos jóvenes eran capaces de entender mejor los contratos de arrendamiento, negociar las condiciones de los préstamos o interpretar correctamente los tratados agrícolas que les proporcionaban en los zemstvos, lo que mejoraba la gestión de sus parcelas al introducir modificaciones que las hacían más productivas. Estas ventajas crearían cierta inquietud entre los ancianos, partidarios de mantener el orden patriarcal intangible. Pero el ascensor social que era la lectura se había puesto en marcha y esta nueva capacidad abrió los ojos de esos campesinos, algunos de los cuales asumirían tareas de responsabilidad después de la revolución. Esos jóvenes campesinos, que habían frecuentado la

escuela del zemstvo (asamblea local) y estaban dispuestos a introducir cambios sustanciales en sus vidas, decidieron marchar a la ciudad, donde veían un espacio de libertad donde liberarse de la opresión patriarcal y señorial para ganarse la vida de una forma más independiente, con expectativas de conseguir un ascenso social si lograban formarse como obreros especializados. Y si esto era así para los hombres, para las mujeres suponía una liberación del cruel sometimiento laboral y familiar: trabajar como doncellas, cocineras, obreras en una fábrica se antojaba un futuro prometedor. De este modo y en condiciones extremadamente duras —subidos en el techo de los trenes, en vagones sin calefacción— llegaron a las soñadas ciudades, haciendo que la población urbana pasase de los 7 a los 28 millones entre 1870 y 1917. Moscú, en sus barrios periféricos, adquirió la apariencia de una aldea de casas bajas de madera, calles sin asfaltar, carentes de servicios de alcantarillado. Allí, en barracas, con pésimas condiciones higiénico-sanitarias, se hacinaban hombres, mujeres y niños en un mismo espacio insalubre, durmiendo en jergones utilizados por turno. No era extraño que las epidemias de tifus y cólera apareciesen recurrentemente.

Proletariado urbano: asociación solidaria y organización revolucionaria

La industria experimentó un rápido y notable desarrollo gracias a la disponibilidad de ingentes cantidades de mano de obra barata de origen campesino. Se trataba de una industria poco diversificada, organizada en grandes unidades de producción que empleaban a miles de obreros, altamente concentrada espacial y empresarialmente. Otra de las características que definían a este sector era la dependencia financiera, técnica y empresarial del capital exterior, particularmente francés, que dominaba la banca, los ferrocarriles, el acero y el carbón. Alemanes y británicos invertían en la siderurgia y las químicas, mientras que los empresarios rusos lo hacían en el textil y demás bienes de consumo, además de en los ferrocarriles —Transiberiano y Transcaspiano— que abrían las puertas a los territorios vírgenes de Asia y el Cáucaso, la minería y la construcción. Quedó establecida una

economía dual en la que dos grandes metrópolis —Moscú y San Petersburgo— y algunas regiones industriales —Donetz, el área petrolífera de Bakú, la cuenca del Ural— eran equiparables a los grandes centros industriales europeos y norteamericanos, mientras que el resto permanecía en la situación de atraso a la que hemos aludido anteriormente.

Las condiciones laborales en estas grandes fábricas seguían siendo extremadamente duras. Los horarios oscilaban en torno a las 11 horas de trabajo mal remunerado, especialmente en el caso de las mujeres y los niños. La productividad seguía siendo baja, fruto también de la falta de inversión en tecnología y de la escasa formación técnica de los recién incorporados obreros. El Gobierno no impulsaba ninguna política de tecnificación industrial porque consideraba que el país debía seguir siendo preferentemente agrario. Tampoco los inversores extranjeros pensaban en modificar esta situación porque les hubiese restado un amplio mercado y hubiese obligado a subir los sueldos de una clase obrera especializada.

Los trabajadores carecían de cualquier tipo de protección en caso de accidente o de pensión para su vejez. Fueron ellos mismos los que, buscando alguna protección, se agruparon en artels (asociaciones) según su origen, compartiendo vivienda y, muchas veces, lugar de trabajo. Vivían miserablemente porque su objetivo era acumular dinero para ayudar a la familia, que había quedado en la aldea. No importaban la suciedad ni la pobreza de las barracas, donde los recién llegados campesinos sufrían la misma desconfianza que ellos habían experimentado cuando llegaron por primera vez. Como en la aldea, recibían un trato degradante de castigos físicos, registros al salir de la fábrica, prohibición de vestir de forma más digna; no se permitían los sombreros o las corbatas a la occidental, lo que haría que en los primeros días de la Revolución de febrero algunos manifestantes obreros exhibiesen orgullosamente su vestimenta aburguesada. Sin embargo, compartir tan directamente la explotación y el abandono de que eran objeto, gracias a la concentración de los núcleos industriales y al tamaño de las fábricas, ofreció una inmejorable oportunidad para que aquellos obreros, más conscientes y mejor preparados, organizasen las protestas y reivindicaciones de forma más sistemática y efectiva,

haciendo que la militancia pasase de ser explosiva y puntual a más ordenada; por el contrario, los que ocupaban los puestos más bajos y de menos formación, optaban por estallidos violentos y caóticos, que terminaban, a veces, en ludismo (destrucción de máquinas) y pogroms (ataques antisemitas). Fue en el ámbito de la fábrica donde surgió un nuevo tipo de partido y de militancia, que difería del existente en Europa Occidental: mientras en esta última el obrero especializado y más formado era el menos revolucionario, en Rusia, los que adoptaron una militancia más radical —socialdemócratas, bolcheviques, socialrevolucionarios— eran los más preparados. El dominio de la lecto-escritura les había facilitado la posibilidad de comprender un pensamiento más elaborado. Se organizaron clubes de lectura donde se debatía acerca de los panfletos que les aportaban los nuevos partidos políticos, en los que se difundían las obras del marxismo y el darwinismo como sustitutivo de la antigua religión campesina, ganando día a día habilidad retórica en los debates suscitados, a la vez que adquirían más capacidad organizativa y revisaban críticamente su propio medio, la violencia que en él imperaba y la plaga del alcoholismo.

Un ejemplo de la transformación aludida es el ofrecido por Figes. Kanatchikov era uno de esos jóvenes campesinos alfabetizados que procedió a formarse como obrero especializado. Su nuevo estatus le permitió tener un salario más alto y modificar sus hábitos de conducta y vestimenta, lo que reflejaba la recién adquirida conciencia de su dignidad como persona y un aumento de su autoestima. La secularización, paralela a la formación política, hacía de este tipo de obrero el militante idóneo para los bolcheviques, llegando a convertirse en un dirigente tras la revolución. En otras ocasiones, se cumplía el deseo acariciado al emigrar: los jóvenes pasaban a ser jefes de taller e, incluso, establecían el suyo propio. Ciertamente la ciudad y, sobre todo, la educación habían cumplido su tarea de ascensor social. Son estos mismos obreros los que desde los círculos socialistas criticaban la ocupación de puestos directivos obtenidos por estatus social y no por mérito. Ellos serían los ejemplares obreros invitados a las casas de los integrantes de la intelligentsia con el fin de mostrar cómo los antiguos campesinos semisalvajes y analfabetos se habían convertido en ciudadanos de provecho. Pero un cierto paternalismo seguía vigente: la difusión de las doctrinas revolucionarias se

realizaba por medio de parábolas extremadamente simples, mediante ejemplos arquetípicos de buenos —obreros— y malos —burgueses—. En el contexto de cambio persistente, de efervescencia cultural y de ceguera por parte de las autoridades, el marxismo se convertía en el credo incuestionable, una doctrina cuasi religiosa que, sin embargo, era percibida como una ciencia infalible por aquellos que lo adoptaron como nueva forma de vida. Una posible razón era que esta doctrina proporcionaba una respuesta clara y fácilmente asimilable de las causas por las que los obreros sufrían la explotación de sus empresarios y, al tiempo, mostraba el camino para zafarse de la misma y lograr su liberación.

Capítulo 2

GUERRA Y REVOLUCIÓN

En nuestro propio siglo se ha producido […] un tipo diferente de acontecimiento en el cual parece como si la furia de la guerra no fuese más que un simple preludio, una etapa preparatoria a la violencia desatada por la revolución.

Arendt

, Sobre la Revolución

(2004: 19)

GUERRA: ACTIVADORA DE CAMBIOS, DETONANTE DE REVOLUCIONES

Todos los historiadores que han estudiado la Revolución rusa consideran que la Primera Guerra Mundial fue un factor determinante en su desencadenamiento. Hannah Arendt ve en ella el elemento generador de un malestar tan profundo que hizo estallar el levantamiento. Ya en 1905, la derrota rusa en la guerra mantenida con Japón produjo inestabilidad social, con rasgos claramente revolucionarios, que concluyeron en la creación del primer soviet. Fue el preámbulo de los acontecimientos que 12 años después transformarían la sociedad rusa hasta lo más profundo de sus cimientos. Sin embargo, no fueron estos los únicos episodios bélicos que alteraron lo que parecían inamovibles bases del Imperio de los zares. Figes retrocede hasta las guerras napoleónicas para explicar la aparición de un movimiento de carácter liberal —el decembrismo— mientras que Hill, Fernández y Hobsbawn coinciden en señalar la guerra de Crimea como el acontecimiento que obligó a Alejandro II a modificar la estructura de las relaciones sociales vigente en la Rusia de mediados del siglo XIX: la emancipación de los siervos. Mazower considera que la Revolución

rusa se inscribe en una secular guerra europea, de la cual la citada Revolución sería un epígono prolongado en forma de guerra civil; Trotski, por su parte, coincide con los autores anteriores al señalar la Primera Guerra Mundial como el factor que pone de manifiesto la inoperancia del Gobierno zarista y de la II Internacional como organización incapaz de promover la revolución en Europa.

Haciendo un breve repaso de los diferentes conflictos bélicos a los que se enfrentó Rusia desde comienzos del XIX a inicios del XX, podemos trazar el nacimiento, configuración y evolución de los movimientos y partidos políticos, que actuaron como impulsores y articuladores de las pulsiones reivindicativas de la sociedad rusa.

ARISTÓCRATAS CONSPIRADORES: LOS DECEMBRISTAS

Como apuntábamos anteriormente, aunque la francofilia sufrió un duro golpe tras la invasión napoleónica de Rusia, no dejó de estar presente entre las clases dirigentes. Figes, para explicar cómo penetró el pensamiento liberal en la Rusia decimonónica, utiliza la figura de un decembrista —el príncipe Serguéi Volkonsky— que, con su compañía de partisanos, había combatido contra las tropas de Napoleón hasta expulsarlas de Rusia entre 1812 y 1814. Este aristócrata pertenecía al círculo más íntimo del futuro zar, Nicolás I, pero el hecho de compartir durante las campañas napoleónicas las vicisitudes de los soldados a su mando transformó su visión de los soldados campesinos, apreciando en ellos un espíritu patriótico y una capacidad intelectual que les hacía, en palabras del poeta decembrista, Fiodor Glinka, “tan valiosos y racionales como cualquier hombre” (Figes, 2006: 118). Ese reconocimiento le condujo a abrir escuelas, clínicas y círculos sociales, donde estos antiguos soldados pudiesen formarse y discutir acerca de la legitimidad de la servidumbre. Por otra parte, la asistencia de Volkonsky al Congreso de Viena y sus visitas a las capitales liberales europeas le permitieron contemplar el funcionamiento del régimen parlamentario, del que percibió ventajas de las que no se disfrutaban en la autocracia rusa. Estos contactos contribuyeron a

reforzar sus convicciones sobre la necesidad de salvaguardar la dignidad de todos los seres humanos, independientemente de su posición social, y a defender qué mérito y capacidad debían de ser los criterios rectores en la elección de los servidores del Estado, especialmente en los cargos de mayor responsabilidad, al atribuir el atraso ruso a la escasa preparación de la casta que ocupaba los puestos más relevantes del Ejército y de la Administración.

A su vuelta a Rusia, el príncipe Volkonsky entró en contacto con jóvenes nobles que coincidían con él en la defensa de las libertades formales. Estos jóvenes, inspirados por algunas de las sociedades secretas liberales de Francia o Italia, crearon círculos de los surgiría el movimiento decembrista como respuesta al giro reaccionario emprendido por el zar Alejandro I, rectificando un proyecto constitucional y algunas medidas liberalizadoras adoptadas al principio de su reinado y endureciendo la vida de los campesinos que tan esforzadamente habían combatido. En 1816 los decembristas fundaron la Unión de Salvación, una sociedad secreta relacionada con la masonería que conspiraba contra los planteamientos del zar, llegando, según Pushkin, a contemplar el regicidio como forma de revertir la situación. En 1818 esta sociedad revolucionaria y terrorista tuvo que disolverse, formándose otra —la Unión del Bienestar— de carácter filantrópico y reformista, que elevó peticiones al zar para suprimir la servidumbre. Pero la corriente radical permanecía en la sombra y una minoría jacobina, dirigida por el príncipe Orlov y Pavel Petel, proyectó un golpe de Estado cuyos objetivos eran el derrocamiento del zar y la creación de una república gran rusa, centralista y antisemita. En 1825 la intentona se saldó con un absoluto fracaso: las tropas con las que creían contar no les apoyaron y los principales dirigentes terminaron ahorcados o en el destierro en Siberia, despojados de sus posesiones, como en el caso de Volkonsky. Sin embargo, este movimiento dejó en herencia dos formas de entender la acción política: la acción directa, bajo forma de terrorismo, que encontraremos en anarquistas y socialrevolucionarios, y la ocupación de las instituciones para conseguir libertades y mejoras en la vida de los rusos, preferidas por los socialdemócratas.

EXPANSIÓN IMPERIALISTA. LA GUERRA DE CRIMEA Y LA LIBERACIÓN DE LA SERVIDUMBRE (1853-1861)

La guerra ruso-turca que se desarrolló entre 1828 y 1829 se inscribe dentro del auge del imperialismo europeo del XIX, en el que las ansias expansionistas rusas aprovecharon el debilitamiento del Imperio otomano y el levantamiento nacionalista de los griegos frente al dominio turco. La justificación de su intervención se la proporcionó la adopción del papel que se autoadjudicó Rusia como defensora de los cristianos ortodoxos y demás eslavos del sur. De su participación en la batalla de Navarino, en apoyo de una Grecia independiente, Rusia obtuvo la ampliación de su dominio en el mar Negro, el reconocimiento de su soberanía sobre Georgia y parte de Armenia y la ocupación de Moldavia y Valaquía hasta que Turquía pagase la indemnización acordada en el Tratado de Adrianópolis de 1829. Pero esta sustitución de Turquía como potencia dominante en la zona suscitó la inquietud de Austria-Hungría y Gran Bretaña. Ambas preferían un débil Imperio en declive, como el otomano, a una potencia cuyo ejército era el más numeroso de Europa.

Las ventajas adquiridas impulsaron a Nicolás I a proseguir su política expansiva a costa del Gobierno otomano, al margen de las presiones que Gran Bretaña ejercía sobre el sultán, dificultando el paso de los barcos rusos por el Bósforo y los Dardanelos. Y, nuevamente, encontró una excusa para la intervención de Rusia en la defensa de los ortodoxos como conservadores de los Santos Lugares de Jerusalén bajo dominio turco. Su propuesta chocó de plano con Francia, que representaba los intereses católicos frente a los ortodoxos. Cuando Nicolás I presentó un ultimátum al sultán, Rusia generó el rechazo rotundo de Gran Bretaña, que encontró un decidido apoyo en Napoleón III. De este modo, el 4 de octubre de 1853 estalló la guerra de Crimea, en la que Rusia se enfrentó a las grandes potencias europeas, apoyadas por Austria-Hungría, Piamonte-Cerdeña y el decadente Imperio otomano. Las operaciones bélicas arrasaron Crimea, destruyendo los puertos rusos del mar Negro y, especialmente, pusieron de manifiesto la obsolescencia e inoperancia del enorme ejército ruso. Por el Tratado de París de 30 de marzo de 1856 Rusia perdía todas las ventajas obtenidas en los

Balcanes y se le prohibía tener flotas de guerra o arsenales en el mar Negro; Austria, su archirrival en los Balcanes, obtenía ventajas en las bocas del Danubio, Suecia en el Báltico, y al zar Alejandro II solo le quedaba reconocer que tenía que hacer reformas en el Ejército, la Administración, las infraestructuras de transportes y la estructura social rusa si quería que su país alcanzase el desarrollo necesario para afrontar otro conflicto con las potencias europeas. El resultado fue que Rusia vio alterado su tejido social con una guerra gratuita, perdida y con un alto coste en vidas.

La consecuencia en la política interna del gobierno del zar fue un conjunto de reformas emprendidas en 1861, que se prolongaron hasta 1865, para aplacar el descontento. La reforma fundamental fue la ya comentada liberación de los siervos, que no se llegó a producir en su totalidad, ya que algunos de los derechos ciudadanos les estaban vetados a los recién liberados, como la movilidad o poseer la tierra individualmente. Sin embargo, fue un importante paso al que acompañaron en 1863 el aumento de la autonomía universitaria, la reforma de la enseñanza primaria, la creación de los zemstvos (asambleas locales) en 1864 en los que, pese a la importancia de los nobles locales en los mismos, la influencia de los naródniki (populistas) tendría profundas consecuencias. Los campesinos siguieron rigiéndose por leyes consuetudinarias, pero hubo algunas reformas jurídicas, aunque se mantuvieron prácticas degradantes para campesinos y soldados, como la flagelación pública. La acción de los ministros reformistas, como Serguéi Witte, estaba limitada por las reticencias de la nobleza más reaccionaria, si bien los administradores más lúcidos creían que la hora del Estado burgués había llegado y demandaban leyes universales que convirtiesen a los súbditos en ciudadanos para evitar una revolución social más profunda y violenta. Alejandro II llegó a considerar en 1881 la posibilidad de promulgar una carta otorgada que aproximase el régimen a los del resto de Europa Occidental; sin embargo, el mantenimiento de un funcionariado desorganizado, la mala fiscalidad o las escasas comunicaciones jugaban en contra de esos intentos de modernización. El asesinato del zar en 1881 puso fin a las reformas y activó la represión dirigida por los ministros más retrógrados, Viacheslav von Pleve y Piotr Durnovo.

Los años de liberalización universitaria habían permitido la

aparición de diversas fuerzas políticas, entre ellas los paneslavistas, lo que renovó el objetivo de convertir a Rusia en referencia para los eslavos del sur. Se iniciaron contactos con el Imperio otomano para la libre circulación por el Bósforo y los Dardanelos, sin ninguna ventaja para Gran Bretaña, pero, nuevamente, Rusia encontró la oposición de las monarquías austrohúngara y británica. El 24 de abril de 1877 Rusia intervino en Rumanía victoriosamente, pero, al forzar el avance hacia Estambul, Gran Bretaña amenazó con actuar y, de nuevo, por el Tratado de San Stefano de 3 de marzo de 1878, Rusia vio frustradas sus expectativas, mientras Austria-Hungría colmaba las suyas en la Conferencia de Berlín de ese mismo año. Al zar le quedó claro que Gran Bretaña apoyaba al sultán otomano y que, en caso de conflicto, él no podía esperar ningún apoyo. Ese conflicto balcánico larvado explotaría en 1914 y daría paso a la Revolución definitiva.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA (1904-1905)

Durante la década de 1870, Japón emprendió una rápida y peculiar revolución industrial que la convirtió en la única potencia oriental capaz de negociar en pie de igualdad con los países occidentales. A partir de 1894 inició una política expansionista en busca de mercados reservados y espacio para su excedente poblacional. Aprovechando los disturbios y la debilidad de China, tras un breve conflicto, se instaló en Formosa, Corea y Manchuria Meridional. Estas dos últimas regiones formaban parte de los planes imperialistas de Nicolás II en Extremo Oriente. Rusia había obtenido concesiones territoriales de China que, desde 1898, había consolidado con la construcción de un ferrocarril y el establecimiento de la base naval de Port-Arthur. Un contingente militar había ocupado Manchuria con la intención de hacer permanente dicha ocupación; industriales rusos poseían amplias concesiones forestales en Corea y reclamaban del zar un apoyo frente a la amenaza japonesa. Japón consideraba la ocupación rusa como una intromisión que dificultaba su expansionismo, por lo que, tras las negociaciones fallidas para repartirse Manchuria sin

resultado, el 8 de febrero de 1904 atacó la base rusa de Port-Arthur, destruyendo su flota, dejando a sus tropas terrestres aisladas y con dificultades para recibir refuerzos y suministros.

Fue una guerra corta en la que la derrota rusa tuvo como causas las dificultades logísticas de abastecer un frente tan lejano, la incompetente dirección de la guerra, directamente bajo Nicolás II, y el desprecio racista que este manifestaba por los asiáticos, lo que le hizo subestimar el grado de eficiencia del ejército japonés, su excelente entrenamiento y la proximidad de su retaguardia. Pero lo que impidió continuar la guerra fue el desencadenamiento de la revolución el 9 de enero de 1905 en San Petersburgo, que se extendió del norte al sur de su imperio. Este hecho obligó a aceptar una paz particularmente humillante porque, por primera vez, un Estado oriental, considerado inferior por los europeos, se imponía a uno de ellos. Por el Tratado de Portsmouth, firmado el 5 septiembre de 1905, Rusia entregaba a Japón Port-Arthur, el recién construido ferrocarril sudmanchuriano, el sur de la isla de Sajalín y reconocía la legitimidad de su protectorado en Corea. La guerra había vuelto a poner de manifiesto la incapacidad de los mandos rusos y el aventurerismo de su zar.

Capítulo 3

1905: Preámbulo DE LA REVOLUCIÓN DE 1917

Petersburgo está circundado por un anillo de fábricas de múltiples chimeneas. Todas las mañanas un enjambre multitudinario se dirige hacia ellas […]. Entonces todas las fábricas estaban muy agitadas: los obreros se habían vuelto elocuentes; entre ellos circulaba el browning; y alguna otra cosa […] ¿Oíste tú esa canción de octubre: en 1905?

Andréi Biely

, Petersburgo (1981: 72-73)

La sociedad rusa había experimentado algunos cambios notables gracias a las reformas emprendidas durante la segunda mitad del siglo XIX. La apertura de las aulas universitarias a jóvenes plebeyos había actuado como ascensor social que les preparaba para desempeñar profesiones que anteriormente les estaban vedadas. Estos nuevos médicos, maestros, ingenieros, abogados, escritores, hijos de comerciantes modestos pasaron a codearse con descendientes de la nobleza que también habían elegido desempeñar algunas de esas profesiones liberales en su búsqueda del pueblo ruso. El número de estudiantes universitarios pasó de los 5.000 al principio del periodo estudiado a los 69.000 a comienzos del siglo XX, de los cuales un 45 por ciento eran mujeres. Al trabajar para los zemstvos (asambleas locales) en las áreas rurales, o como técnicos en las grandes fábricas urbanas, estos profesionales podían conocer de primera mano las durísimas condiciones de vida de obreros y campesinos, experimentando una mayor empatía con ellos.

CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN DE 1905

En 1891 la exportación de trigo que realizaba Rusia al resto de Europa para obtener divisas que financiasen la compra de manufacturas, la baja productividad, el aumento de población y una mala cosecha generaron una hambruna acompañada de las epidemias de cólera y tifus. Las gentes más pobres tenían que desplazarse desde aquellos lugares, donde la escasez se hizo más aguda, hasta las orillas del mar Negro en busca de sustento. En las ciudades y en las áreas agrícolas estallaron motines de protesta, mientras que en los salones de la burguesía se criticaba la inoperancia y falta de sensibilidad de la Administración zarista para con su pueblo, ya que seguía vendiendo trigo en el exterior mientras los rusos morían de hambre. Frente a la pasividad de la Administración, los zemstvos, al frente de cuya Unión se hallaba el príncipe Lvov, consagraron todos los recursos de que disponían para paliar la crisis de subsistencia. Personalidades relevantes de la intelectualidad rusa, como Tolstói o Chéjov, emprendieron campañas de recogida de fondos internacionales para alimentar a la depauperada población, crearon comedores donde acogían y atendían a los hambrientos, en hospitales creados ex profeso. La consecuencia fue que el respeto de que había gozado la figura del zar pasó a depositarse en esos intelectuales que, como Tolstói, se convirtieron en un referente moral. Fueron ellos quienes determinarían los criterios que deberían adoptar los funcionarios públicos, dando prioridad al bien común sobre el servicio al zar. En este planteamiento se puede observar el largo trecho recorrido por una parte considerable de la sociedad rusa, más consciente, crítica y exigente con sus derechos y las obligaciones del Estado para con ella.

Los más radicales actúaban como propagandistas en las fábricas o en las universidades, resurgiendo en estas últimas el movimiento naródniki (populista), dividido en distintas interpretaciones acerca de qué era el bien común y cómo llevar a cabo su consecución. Para algunos de ellos, bastaba con hacer de la monarquía un régimen constitucional de amplias libertades formales; para otros, las necesidades perentorias de los más pobres obligaban a hacer de dicha monarquía un régimen más social. Las protestas se politizaban cada vez más, pese a la persecución por la Ojrana (policía secreta) de los agitadores, que daban con sus huesos en la Fortaleza Pedro y Pablo y en el destierro siberiano. Alentados por

las notas de La Marsellesa o La Internacional, moderados octubristas y kadetes, o radicales nihilistas o marxistas, se enfrentaban a los cosacos al manifestarse a favor de reformas que equiparasen los derechos de la población rusa a aquellos de los que gozaban otros países europeos.

La guerra ruso-japonesa y su pésima conducción acentuaron el descontento, hasta el punto de que la práctica de acciones terroristas contra prohombres del sistema, como el asesinato del ministro Von Pleve, hicieron de sus autores héroes de la libertad y aunque Nicolás II ensayase algún tímido intento de reforma que le permitiese ganar tiempo para reforzar su autocracia, ni los decretos restrictivos de la censura de prensa, ni el aumento de autonomía de los zemstvos ni las medidas contra los especuladores creaban un clima más sereno que evitase el estallido.

9 DE ENERO DE 1905: UN DOMINGO SANGRIENTO

Desde el 3 de enero de 1905 se habían venido sucediendo negociaciones que aportaran soluciones al desabastecimiento de las ciudades, sin que ninguna tuviese éxito. Gapón, un predicador que ejercía su magisterio en las barriadas obreras de San Petersburgo, había creado una suerte de sindicato confesional al que había convocado para manifestarse, negándose a atender los requerimientos de los ministros más liberales que le pedían detener la acción. El domingo 9 de enero de 1905 se puso a la cabeza de una manifestación pacífica, casi una procesión religiosa, llena de iconos y estandartes pidiendo pan. Gapón había alentado la idea de un zar protector que respondería a las necesidades de sus súbditos, pero al llegar ante el Palacio de Invierno, soldados y policías dispararon contra la multitud, dejando 40 muertos y cientos de heridos. En su huida por la Perspectiva Nevsky, los manifestantes recibieron el apoyo de estudiantes y de algunos paseantes. Fue entonces cuando estalló la violencia en forma de actos vandálicos contra los comercios elegantes, levantando barricadas en los distritos obreros en las que ya ondeaban banderas rojas. Gapón

huyó al extranjero con el dinero recaudado entre la intelligentsia para ayudar a las familias de las víctimas. Las consecuencias de ese domingo sangriento no se hicieron esperar: los motines y las huelgas se extendieron por todo el país. En los distritos rurales se ocupaban y quemaban las haciendas de aquellos terratenientes que se resistían a aplicar cualquier reforma, a la vez que se producía un abandono de los zemstvos (asambleas locales) por los propietarios liberales, dejando estos en manos de los hacendados más conservadores. En la flota del mar Negro, atracada junto a Odesa, la marinería del Potemkin se amotinó contra la oficialidad por darles de comer carne en mal estado. Sin embargo, y pese a la épica imagen transmitida por la película de Serguéi Einsenstein, no encontrarían apoyo en otras unidades, sino únicamente en la población civil, debiendo zarpar para refugiarse en un puerto rumano. Todo fluía espontáneamente, ya que los líderes de los partidos políticos y de los sindicatos se hallaban en prisión o en el destierro.

NUEVOS ÓRGANOS REPRESENTATIVOS: SOVIETS Y PARTIDOS

Trotski fue el primero que llegó de su exilio en Múnich con el objetivo de coordinar el movimiento y reconducir sus acciones revolucionarias, evitando caer en el caos y la anarquía. Para ello fundó el primer soviet en San Petersburgo, al que le seguirían otros muchos en ciudades como Moscú y Sarátov. El soviet nació de una idea menchevique, una facción del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), a la que pertenecía Trotski. Se trataba de un consejo integrado por trabajadores —obreros, campesinos, soldados— de todas las organizaciones políticas y sindicales de izquierda: mencheviques, bolcheviques, socialrevolucionarios, anarquistas, laboristas, etc., aunque la ejecutiva estaba dominada por los tres primeros. Desde el comienzo se pusieron de manifiesto las tensiones entre mencheviques, socialrevolucionarios, partidarios de una mayor democracia interna y bolcheviques, quienes preferían una dirección jerarquizada y centralizada, ejercida por revolucionarios profesionales. Este consejo tenía como funciones determinar la línea

política y coordinar las acciones para conseguir sus reivindicaciones, pero se ocupaba también de solventar el abastecimiento, las medidas sanitarias, la información y difusión de sus consignas —para lo que Trotski fundó el periódico Itzvestia y promovió la creación de una milicia obrera de autodefensa frente a soldados y policías—.

Las clases medias se veían representadas en partidos como los octubristas y los demócratas constitucionales o kadetes, que habían mostrado su solidaridad con los manifestantes obreros reprimidos; sin embargo, pronto comenzaron a sentir inquietud ante el resentimiento y deseo de venganza manifestados por los obreros en los disturbios que siguieron a la pacífica manifestación inicial.

Desde las asambleas de fábricas, las comunas, los sindicatos y cooperativas, así como desde los soviets y los partidos, se redactaron las reivindicaciones planteadas al Gobierno: Asamblea constituyente, régimen de derechos y libertades individuales amplios, con reconocimiento de los mismos para las mujeres, apoyo gubernamental a las cooperativas y escuelas rurales, reforma agraria con reparto de tierras entre los campesinos más pobres, democratización del volost (gobierno local) que agrupaba varias comunas campesinas. Esta permanente inestabilidad durante los primeros meses de 1905 favoreció las protestas nacionalistas en Polonia y los estados bálticos, que aprovechaban la debilidad del régimen.

UN PECULIAR RÉGIMEN PARLAMENTARIO: LA DUMA

La actitud de Nicolás II ante el proceso revolucionario fue aislarse con su familia y círculo más íntimo, hasta el punto de que su ministro Witte expresó su inquietud por la ceguera del monarca, incapaz de interpretar la gravedad de los hechos. Pero los levantamientos en unidades militares, en la flota y, especialmente, la transformación de las universidades en focos de agitación y propaganda obligaron al zar a otorgar algunos decretos de limitado

alcance liberalizador. El 18 de febrero se creó la Duma, parlamento de escasa representatividad, ya que solo un 1 por ciento de la población figuraría en ella y su función era meramente consultiva. La respuesta de los partidos marxistas —socialdemócratas y socialrevolucionarios— fue el boicot a tal Cámara, convocando los bolcheviques una huelga general que paralizó el país entre septiembre y octubre de 1905. En ella se puso de manifiesto la gran capacidad de convocatoria y organización que esos partidos habían alcanzado, una vez sus dirigentes habían vuelto del exilio. Los partidos liberales decidieron integrarse en esta primera Duma, aunque manifestasen su insatisfacción por las escasas reformas políticas ofrecidas. Nicolás II solo pretendía ganar tiempo para fortalecer a otros partidos que apoyasen el mantenimiento de la autocracia y, una vez superada la sorpresa del primer momento, iniciar la represión que anulase las pocas libertades obtenidas. La opinión del jefe del Gobierno, Witte, era contraria a esa permanente confrontación violenta y, a pesar de las reticencias de Nicolás II, promovió nuevas reformas que modificasen esta primera Duma, haciendo de de ella una Cámara legislativa y ampliando las libertades civiles de las que se beneficiarían algunos presos, como Trotski, que recibía prensa y publicaciones marxistas en su celda de la Fortaleza de Pedro y Pablo.

Las consecuencias de 1905 también demostraron la capacidad de resistencia del régimen, pero el zar había dejado de gozar del respeto y el afecto de sus súbditos. Asimismo, se había resquebrajado la visión naródniki (populista) del pueblo pacífico e inocente, lo que se tradujo en una desconfianza mutua entre señores, obreros y campesinos, cambio que Biely expresa gráficamente al transformar la festiva masa colorista de los primeros momentos del levantamiento en un enjambre humano. Obreros y campesinos se mostraban hostiles ante cualquiera que no tuviese una apariencia semejante a la suya y la antigua intelligentsia, que tanto los había apoyado, condenaba ahora las huelgas e incautaciones llevadas a cabo en 1906. Los naródniki habían dejado de defender la revolución, tal como aparece reflejado en un texto de Gershenzo de 1909, que resume los cambios operados en aquellos intelectuales que habían concienciado y ayudado a los trabajadores a salir de su pasividad. Ahora escribía: “La intelligentsia debería dejar de soñar con la liberación del

pueblo; deberíamos temer al pueblo más que a todas las ejecuciones llevadas a cabo por el Gobierno y aclamar a este gobierno que solo con sus bayonetas y sus prisiones nos sigue protegiendo todavía de la furia de las masas" (Figes, 2000: 254). Por otro lado, al crecimiento de los partidos liberales se opondrían formaciones de extrema derecha auspiciadas desde el Ministerio del Interior. Estas, que contaban con escuadras militarizadas como los Cien Negros o Nobleza Unida, se definían por su antisemitismo y su antimarxismo, así como por la defensa del latifundismo, llevando a cabo incursiones violentas contra los enclaves proletarios y colaborando con la policía en labores de información, intoxicación y provocación.

El reflujo revolucionario se inició en diciembre de 1905, cuando los dirigentes del Soviet de San Petersburgo fueron detenidos tras haber convocado una insurrección sin contar con algo que Lenin, retornado del exilio, había advertido: "Todavía somos demasiado débiles. La cuestión no es la victoria, sino sacudir al régimen de tal manera que atraiga a las masas hacia el movimiento […] Y decir que porque no podemos ganar no deberíamos desencadenar una insurrección es, simplemente, la forma en que hablan los cobardes. Y nosotros no tenemos nada que ver con ellos" (Figes, 2000: 244).

La campaña de terror zarista había comenzado y supuso unas 15.000 ejecuciones y la deportación de, aproximadamente, 45.000 activistas entre 1906 y 1909. Se disparaba sobre obreros y campesinos o se les colgaba ante sus familias; barrios obreros y aldeas eran incendiados y el ministro Durnovo llegó a proponer las violaciones de mujeres y niñas ante sus familiares si encontraban la menor oposición.

Conscientes de su fortaleza y del apoyo o benevolencia de que gozaba, la apertura de la I Duma en el Palacio de Táuride fue una exaltación de la autocracia zarista, en la que los diputados electos eran relegados al papel de meras comparsas de la corte. Toda la ceremonia exultaba pompa imperial y las fuerzas parlamentarias adquirieron consciencia del difícil papel que tendrían ante el peso de los administradores zaristas. El zar conservaba la mayor parte de sus prerrogativas autocráticas: jefatura suprema del Ejército, capacidad legislativa al margen del Parlamento, nombrar al

Gobierno sin consultar a la Duma, subvencionar periódicos y organizaciones afines, como la Unión Patriótica; derogar derechos y libertades ya reconocidos e, incluso, ordenar la vigilancia policial de aquellos diputados en quienes no confiase. Como filtros contra leyes que no conviniesen al mantenimiento del statu quo contaba con el Consejo de Estado, así como con la votación por estamentos. Resultaba difícil tener esperanza, especialmente cuando Witte fue sustituido por un gabinete reaccionario. Los nobles que asistían a las sesiones parlamentarias renegaban del ambiente cargado que desprendían sus colegas plebeyos, de la suciedad y formas vulgares de sus actitudes y vestimentas. Aun así, la I Duma fue un altavoz para la oposición de izquierda y liberal, que exigía la liberación de los presos políticos, la reapertura de las universidades y el fin de la suspensión de derechos y libertades. El Gobierno, por su parte, en una maniobra de división de la oposición trató de atraer a su órbita a los kadetes, invitándoles a entrar en el Gabinete; pero estos se mantuvieron al margen ante la negativa gubernamental a introducir cualquier modificación en las acciones represivas y reconocer algunos de los repartos de tierra ya efectuados.

El malestar obligó a clausurar esta I Duma el 8 de julio de 1907, tras una breve legislatura. Un nuevo ministerio, presidido por Piotr Stolypin, cuyo objetivo prioritario era hacer de la agricultura un sector desarrollado y competitivo, propuso la liberalización de la propiedad comunal. Stolypin era un decidido partidario del despotismo ilustrado; tal vez unos orígenes familiares que lo emparentaban con Gógol y Tolstói influían en su política de hacer la revolución desde arriba. Se trataba de una ley que ponía fin a la propiedad comunal y favorecía la creación de una clase de propietarios medios que fuesen una barrera ante el contagio revolucionario. Para ello, introdujo medidas que acabasen con la dispersión de las parcelas y permitiesen introducir la mecanización, aumentando la productividad y dirigiéndola al mercado; favoreció la concentración parcelaria y creó un banco agrícola que ofreciese préstamos a los campesinos más dispuestos a innovar. Pero este tipo de política le atrajo múltiples detractores, entre los que se encontraban miembros de la comuna, que sentían miedo ante cambios que acabasen con su tradicional modo de vida. Los atentados contra Stolypin no se hicieron esperar, el último de los cuales, en 1911, acabó con su vida. Su programa supuso, sin

embargo, el intento más serio de transformación del tejido social y productivo ruso. Se apoyó para llevarlo a cabo en el partido del orden, los octubristas y en los kadetes, pero enfrente tuvo a la izquierda, recién incorporada a la II Duma, y los zaristas. El sectarismo y la radicalización pronto aparecieron en el Palacio de Táuride y para resolverlo se disolvió la II Duma y se modificó la Ley Electoral, que aumentó la representación de la burguesía y los terratenientes. Tampoco dio resultado la sobrerrepresentación de las clases propietarias, y la III Duma, que inició sus sesiones en noviembre de 1907, no permitió a Stolypin llevar adelante su proyecto gubernamental, que impulsaba también reformas en la enseñanza primaria o daba normas para acabar con la discriminación de las minorías religiosas, por lo que, ante el obstruccionismo político, el ministro presentó su dimisión. Sabía que la policía secreta le espiaba a instancias de la zarina y, tras su atentado mortal, hubo rumores de que había sido fraguado por la propia policía.

Las masas, por su parte, veían que poco o nada había cambiado en sus vidas. Las libertades formales no alcanzaban los cambios sociales que aquellas reclamaban. Solo las organizaciones y partidos socialistas, que recogían entre sus reivindicaciones las mismas que aquellas defendían, vieron acrecentadas su militancia y su politización. Mientras, a octubristas y kadetes les pasaba factura su colaboración con un régimen que el movimiento obrero, más organizado, revitalizado en 1912, veía como obsoleto. La fundación del periódico marxista Pravda y el control de los sindicatos por bolcheviques, mencheviques y eseristas hacían más evidente la falta de representatividad de la Duma en la antesala de la celebración del tricentenario de la dinastía Romanov.

Capítulo 4

PARTIDOS DE NOTABLES Y DE MASAS

El revolucionario es un hombre dedicado. No tiene sentimientos personales, ni asuntos privados, ni emociones, ni compromisos, ni propiedad, ni nombre. Todo en él está subordinado a un compromiso único y exclusivo, un único pensamiento y una única pasión: la revolución.

Necháyev

, Catecismo Revolucionario

(Figes, 2000: 172)

Esta cita, perteneciente a un panfleto, en el que colaboró Mijaíl Bakunin, tuvo amplísima difusión en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX. En las líneas reproducidas más arriba se define a quien iba a ser eje del nuevo tipo de partido político. Un partido de masas, jerarquizado, organizado, con objetivos definidos y lenguaje y tácticas propios, que necesitaba de revolucionarios profesionales para llevar a cabo su tarea con absoluta entrega y olvido de sí mismos.

LOS 'NARÓDNIKIS'. EL ORIGEN

La aparición de partidos políticos capaces de canalizar el descontento de las masas en acciones revolucionarias que alterasen el statu quo fue relativamente tardía en el Imperio de los zares, al menos si lo comparamos con sus homólogos occidentales. La actitud del campesinado ruso era de postración y, a pesar de protagonizar algunos levantamientos, estos fueron motines de subsistencia, desprovistos de un programa propio que contemplase

reivindicaciones transformadoras, más allá de la resolución de puntuales carencias alimenticias o de la atenuación de la dureza del régimen servil. Quienes alzarían la voz reclamando una modificación de la autocracia —decembristas y naródnikis (populistas)— eran ilustrados, muchas veces nobles, compadecidos de la miseria en la que vivían los mujiks (campesinos pobres). Estos jóvenes, altamente politizados, también carecían de cualquier estructura orgánica estable o de un programa realmente transformador en lo social. Eran una amalgama de sociedades secretas y clubes de debate, en los que se teorizaba sobre qué hacer para modernizar el país, sin romper con las tradiciones que lo caracterizaban. A veces conspiraban para producir una revolución desde arriba que era más política que social.

De ese tronco común decembrista-naródniki surgirían una serie de grupúsculos políticos de vida efímera que, como Joven Rusia, se inspiraron en las sociedades secretas occidentales, como la Joven Italia, para organizar sus círculos conspirativos. Existía, sin embargo, una diferencia notable: una parte de los integrantes de dichas sociedades reivindicaban el terrorismo como forma de lucha que forzase al sistema a conceder las modificaciones reclamadas, ya que consideraban que, al ser las leyes y las instituciones que las aplicaban injustas, era legítimo el uso de la fuerza para destruirlas; mientras, otras facciones rechazaban el ejercicio de la acción directa, lo que provocó escisiones en las que cada grupo volvería a formar un nuevo partido de escasa base social y presupuestos ligeramente diferentes del anterior.

MARXISTAS, NIHILISTAS Y ANARQUISTAS

La publicación del Manifiesto Comunista en 1848, así como la creación de sociedades de ayuda mutua y sindicatos por oficios en los países más industrializados, favorecieron que estas entidades elaborasen programas reivindicativos específicos para los trabajadores, con tácticas de presión organizadas para conseguir sus objetivos. Estas organizaciones también protegerían a los

trabajadores ante el cierre patronal, los despidos, la enfermedad o, en la vejez, fomentando la solidaridad entre sus integrantes. Por primera vez, los trabajadores contribuían a crear sus propios órganos para mejorar sus condiciones de vida, coordinándose tanto nacional como internacionalmente. El 29 de septiembre de 1864, reunidos representantes sindicales de diversos países tuvo lugar la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) en Londres. Karl Marx presidía la Conferencia, donde propugnó la creación de un partido obrero que defendiese sus intereses políticos. Ese partido requería una estructura orgánica jerarquizada, al frente de la cual se encontrase un Comité Ejecutivo que promoviese y ejecutase los acuerdos tomados en asamblea y marcase la línea política a seguir. Esta concepción partidista fue rechazada por varias federaciones y asistentes a la Conferencia, entre ellos un exiliado ruso, Mijaíl Bakunin, que rechazaba la supeditación de las federaciones nacionales al Comité Ejecutivo a la vez que reclamaba la abolición del Estado y la abstención política. El enfrentamiento entre ambas posiciones dividió la AIT entre una facción antiautoritaria —inspirada por Proudhon, Bakunin y Kropotkin— y otra encabezada por Marx y Engels, que reivindicaba la disciplina organizativa y la participación política en las instituciones nacionales, lo que abocó a la escisión y final del organismo obrero el 15 de julio de 1876. La Internacional antiautoritaria se había disuelto en septiembre de 1872.

Durante este periodo, en Rusia se difundieron con rapidez ambas posiciones. Como en aquellos países menos industrializados, la opción anarquista de Bakunin tuvo una mejor recepción. Su defensa de un sistema de organización de la producción agraria de tipo comunitario, la independencia en la acción política de que podrían disfrutar los grupos y clubes que se oponían al sistema y no desdeñar la utilización de la táctica insurreccional y el terrorismo dirigido contra representantes de la autocracia zarista hizo a esta doctrina extraordinariamente popular. La intelligentsia rusa más progresista se apresuró a elaborar y difundir un corpus de respuestas teóricas sobre qué dirección tomar y, para ello, buscaron sus modelos en la Revolución francesa, en la Comuna de París o en el pensamiento de Bakunin, Kropotkin y Necháyev, cuyo Catecismo Revolucionario fue ampliamente divulgado. Pero también en los planteamientos de Marx recogidos en El capital. Las razones para

dicho éxito se hallaban en el optimismo que destilaban sus propuestas, concebidas como fases históricas de obligado cumplimiento, al final de las cuales se produciría la emancipación de la humanidad gracias a la revolución socialista llevada a cabo por la clase trabajadora. La consecuencia de estas doctrinas, antagónicas en sus tácticas y organización, derivó en un proceso de escisiones y agrupamientos en torno a dirigentes más o menos carismáticos, como Peter Zaichevsky, que lideró el grupo nihilista que defendía la toma violenta del poder. La paradoja es que dirigentes marxistas muy críticos con el anarquismo —Lenin, por ejemplo— reconocerían en él a un predecesor, ya que a diferencia de los anarquistas, que rechazaban la nacionalización de la tierra y la industria, él la reivindicaba, así como dejar la educación infantil en manos del Estado y la penetración por el partido de las instituciones estatales a través de elecciones manipuladas, algo que llevarían a cabo los bolcheviques.

Serguéi Necháyev, uno de los pocos dirigentes que procedía de siervos y no de la burguesía o la nobleza, en su Catecismo revolucionario, escrito en colaboración con Bakunin, define cómo debía de ser el militante ejemplar: un revolucionario profesional que pusiese por delante los ideales utópicos señalados por el partido, sin importar el coste en vidas humanas. De ese desprecio por la vida humana se derivó una violencia que compartirían tanto los grupos anarquistas y nihilistas como los marxistas, encontrando a mencheviques que, como Vera Zasúlich, participaron en actos terroristas. De los grupos de socialistas utópicos escindidos del movimiento Joven Rusia surgirían teóricos interesados en mostrar un modelo de actuación más eficaz en la captación de las masas. Fue el caso de Nikolái Chernyshevski, que en su novela ¿Qué hacer? hace de Rajnatev, su protagonista, el ejemplo más acabado de militante revolucionario. Se trataba de instruir a través de modelos heroicos y morales, muy maniqueos, en los que se reclamaba una constante superación personal que alcanzase hasta sus impulsos sexuales, controlados a través de la lectura. Lenin estaba hasta tal punto fascinado por la novela que en 1902 publicó un panfleto donde fijaba su modelo de partido, titulándolo igual. Esa necesidad de establecer arquetipos militantes se basaba en cierta desconfianza hacia las capacidades revolucionarias de las masas, especialmente en el caso de las campesinas. Las masas para Lenin eran

simplemente un instrumento al servicio del partido, que debían de ser dirigidas y controladas por este a través de esos revolucionarios profesionales que integrarían la elite del mismo.

La democracia interna, junto con otros aspectos, como la táctica insurreccional y la aplicación estricta de la ortodoxia marxista relativa a la necesidad de una revolución democrático-burguesa previa a la revolución socialista, darían lugar a una serie de debates y escisiones entre los grupos marxistas de los que surgirían nuevos partidos en los que el marxismo adoptó actitudes y tácticas próximas al anarquismo, entre las que se hallaba el terrorismo. Fue el caso de Tierra y Libertad y Libertad del Pueblo; en el último militaría el hermano de Lenin, ejecutado por participar en el atentado perpetrado contra Alejandro III. De los grupos Reparto Negro, Emancipación del Trabajo y Voluntad del Pueblo saldrían algunos de los principales teóricos y dirigentes marxistas rusos de los años ochenta y noventa —Gueorgui Plejánov, Vera Zasúlich, Pável Axelrod—, que adoptaron los planteamientos de la II Internacional sobre la revolución democrático-burguesa como fase previa a la toma del poder por el proletariado. Aunque tanto Plejánov como Lenin rechazaban como una traición las propuestas revisionistas de colaboración con el Gobierno e instituciones burguesas defendidas por el socialdemócrata alemán Eduard Berstein.

POSDR: MENCHEVIQUES Y BOLCHEVIQUES

En 1898 se fundó en Minsk el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) unificando a los dirigentes y militantes socialistas, tanto del exilio como del interior, los cuales habían formado parte de las organizaciones arriba mencionadas. En su conferencia constitutiva, adoptaron la línea marcada por Voluntad del Pueblo: un partido altamente centralizado, que se definía como revolucionario y conspirativo, y que confería un importantísimo papel a la difusión de sus ideas y a la propaganda, por lo que se fundó el periódico Iskra el 24 de diciembre de 1900 en Leipzig. Este sería su altavoz

allá donde se trasladasen estos exiliados, ya fuese Múnich, Londres o Ginebra. Se trataba de una organización en la que la crítica a la cúpula rectora no era bien recibida. Gueorgui Plejánov y Julius Mártov eran los dirigentes más respetados y reconocidos, pero desde 1902, tras la publicación de su panfleto ¿Qué hacer?, Lenin era una figura en alza que cuestionaba la ortodoxia en la aplicación de los principios marxistas aprobados en la II Internacional; consideraba que Rusia tenía una situación muy distinta a la de los países occidentales y requería por ello de una táctica revolucionaria diferente, no existiendo lugar para la reforma. Su retórica era simple, pero contundente y muy efectiva. Consideraba al partido el motor de la historia, a través del cual el proletariado podía hacerse con el Estado imponiendo una dictadura del proletariado que, una vez alcanzado el socialismo, prescindiese de ese mismo Estado. En el interregno, sin embargo, la ausencia de democracia se consideraba que respondía a las necesidades de un proletariado escasamente formado, especialmente el campesino. Las bases a las que se dirigía eran, fundamentalmente, proletariado urbano y jóvenes activistas universitarios de la pequeña burguesía. Pese a esa preferencia por el ámbito urbano, Lenin consideraba que en el mundo rural la implantación del capitalismo ya se había producido, lo que permitía prescindir de la fase de la revolución burguesa —siendo tan poco numerosa la burguesía rusa— y proceder a la implantación de la dictadura del proletariado mediante la revolución, incluyendo en este proceso al campesinado. Este planteamiento provocaría en el II Congreso de Bruselas en 1903 una división entre los que creían llegada la hora de la revolución socialista —encabezados por Lenin— y los que pensaban que era preciso que se desarrollase un sistema capitalista que fortaleciese a la burguesía, pero también a las organizaciones obreras. El abandono de los representantes del Bund —la potentísima Unión de Trabajadores Judíos de Polonia y Rusia— y de los economicistas, cercanos a los enfoques sindicalistas de Berstein, permitió que los seguidores de Lenin alcanzasen la mayoría en el Comité Ejecutivo del Partido, pasando a denominarse bolcheviques —mayoritarios— o leninistas, mientras que sus oponentes serían conocidos como mencheviques —minoritarios—. A pesar de los innumerables esfuerzos de Plejánov para conseguir una reunificación, en 1912 se consolidaría la definitiva división entre ambas facciones.

Desde su exilio en Europa, su destierro en Siberia o su encierro en las cárceles, aunque fuesen perseguidos, los socialdemócratas eran cada vez más escuchados. En las grandes ciudades, los bolcheviques, mientras los mencheviques encontraban eco en las capitales de provincia y en el mundo rural. La creación del Soviet de San Petetersburgo en 1905 por un menchevique —León Trotski — y su éxito en la organización de las acciones revolucionarias llevadas a cabo tuvieron su altavoz en el periódico Iztvestia, en el que los artículos de Trotski eran atentamente leídos y comentados. Al mismo tiempo, la mayor represión llevada a cabo por la Ojrana (policía secreta) contra los bolcheviques, así como la infiltración de policías en sus filas, contribuiría al crecimiento menchevique a pesar de que en 1912 las asambleas de obreros de los grandes núcleos industriales coincidían más con el programa bolchevique y su esperada revolución.

La breve etapa parlamentaria iniciada en 1906 permitió una ampliación de los derechos y libertades, lo cual dio lugar a una eclosión de partidos de diverso tipo. Los mencheviques usaban la prensa para publicitarse, aumentar su audiencia y salir de la clandestinidad. Lenin hacía hincapié en la incapacidad de la burguesía rusa para dirigir una revolución, a la vez que modificaba su percepción sobre el potencial revolucionario del campesinado, hasta ese momento retratado como una clase pasiva y reaccionaria. Al mismo tiempo, defendía la autodeterminación para atraerse a las fuerzas nacionalistas como un elemento de desestabilizador que favoreciese el triunfo de la revolución. Trotski coincidía con este planteamiento, pero añadía un condicionante: era necesario que la revolución se extendiese a otros países porque solo de este modo se alcanzaría el triunfo de la misma y la construcción de una sociedad socialista.

PSR: SOCIALREVOLUCIONARIOS O ESERISTAS

Otros partidos eran menos ambiciosos en sus objetivos y su papel en la Revolución de 1917 sería menos determinante que el de la

facción bolchevique del POSDR. Pero en sus primeras fases, un partido que aglutinaba la tradición populista y la doctrina socialdemócrata jugaría, a través de su líder —Aleksandr Kérenski — y de su fuerte implantación entre el campesinado, un papel decisivo. Nos referimos al Partido Social Revolucionario (PSR), los llamados eseristas. Este partido fundado en 1901 en Járkov por Víctor Chernov era el más directo heredero de los antiguos naródniki (populistas). Sus primeros integrantes procedían de la Unión de los Socialistas Revolucionarios y del Partido Socialista Revolucionario, a los que en el congreso celebrado en Berlín en 1902 se les unieron populistas exiliados. Su afiliación a la II Internacional desde esa fecha hasta 1917 dejaba clara su posición socialdemócrata y reformista: consideraban necesario que la burguesía cumpliese con su tarea histórica de destrucción de la autocracia zarista para, posteriormente, proceder a la creación de una sociedad socialista. Concebían la historia como una sucesión de hechos no predeterminados, sino fruto de la acción individual y del contexto en que esta se producía. Para ellos, ya existía un germen de estructura socialista: el MIR, una forma de organización que potenciaba la vida cooperativa. En general, el programa elaborado por Chernov era poco preciso. Entre sus prioridades se hallaba el reparto de las tierras expropiadas a la nobleza sin indemnización, las cuales serían entregadas en usufructo a los campesinos para que las explotasen comunalmente; respecto a los obreros se reivindicaban mejoras económicas concretas, pero no se consideraba una nacionalización de los medios de producción y la colectivización se dejaba al criterio puntual de los propios obreros. Sus integrantes, especialmente sus cuadros, eran intelectuales o profesionales que vivían en las ciudades del valle del Volga y de Ucrania y su idea del proletariado era menos obrerista que la bolchevique. En su programa también aparecían las contradicciones que caracterizaban a los partidos de izquierda rusos, acrecentadas por la libertad de acción de que gozaban sus militantes, lo que no dejaría de causar problemas de indisciplina, falta de cohesión e ineficiencia. El recurso a la violencia, con acciones terroristas contra los ministros del Interior Sipyaquin, en 1902, y Von Pleve, en 1904, o el boicot a la III y IV Duma por no aprobar la Reforma Agraria, generó disensiones y debates con los miembros más claramente reformistas, partidarios de una táctica más pacífica e institucional. Estas diferencias provocarían que, en octubre de 1917,

Kérenski fuese perseguido por los bolcheviques, mientras una dirigente de la izquierda eserista, Mariya Spiridónova les apoyase y fuese su candidata para presidir la Asamblea Constituyente. Para los bolcheviques no sería difícil, una vez disuelta la Constituyente con la ayuda de la izquierda social-revolucionaria, acabar con el PSR y perseguir a sus miembros, incluso a aquellos que como Spiridónova habían contribuido a su triunfo.

PARTIDOS BURGUESES: OCTUBRISTAS Y KADETES

El desarrollo del parlamentarismo, aunque limitado, necesitaba de partidos capaces de colaborar con el poder para llevar a cabo las reformas mínimas que evitasen una revolución de más alcance. Los octubristas constituían un partido burgués, conservador, integrado por hombres de negocios, terratenientes, financieros y altos funcionarios, como su dirigente más destacado Aleksandr Guchkov, un industrial cuyo abuelo había sido siervo y viejo creyente. Se trataba de un partido que defendía algunas reformas que modernizasen el país, preservando la monarquía y promoviendo una economía liberal más productiva. Políticamente sus miembros eran conservadores —el propio Aleksandr Guchkov pertenecía al ala más moderada de los zemstvos (asambleas locales) y se negó a integrarse en los kadetes por su excesivo cosmopolitismo—. Deseaban un régimen monárquico constitucional, con un Parlamento elegido por sufragio restringido. Su nombre lo adoptaron por el mes en que publicaron su manifiesto fundacional, el 17 de octubre de 1905, y no pretendían un partido de masas, sino un partido de notables que imprimiese cierta racionalidad y orden a los gobiernos de Nicolás II. Fue uno de los partidos que aportó dirigentes a la Duma y al Gobierno de Witte, así como al primer Gobierno provisional surgido de la Revolución de febrero de 1917, como Guchkov, que ocupó la cartera de Guerra, y Rodzianko, presidente de la Duma, ambos opuestos al Soviet de Petrogrado. Su desplazamiento del poder y la virulencia de su enfrentamiento con los bolcheviques, según evolucionó la revolución, los transformó en soporte civil de la Guardia Blanca durante la guerra civil.

Otro partido de carácter liberal y, también, profundamente vinculado al movimiento de los zemstvos y, en cierta medida, heredero de los naródnikis (populistas) era el Partido Democrata Constitucional (PKD), kadete. También en este caso surgió en el contexto de la revolución de 1905 y entre sus reivindicaciones incluía reformas políticas más amplias que las reclamadas por los octubristas. Se trataba de un partido liberal progresista que solicitaba un régimen en el que el Parlamento tuviese carácter legislativo, que la elección de la Cámara fuese por sufragio universal, incluyendo a las mujeres, que los derechos humanos se ampliasen y que hubiera una mayor democratización del gobierno local y una amplia autonomía para Polonia y Finlandia. Como en el caso anterior, era un partido de notables, pero esta vez se trataba de profesionales, profesores universitarios, como su líder, Pável Miliukov, algún noble de provincias, como el príncipe Gueorgui Lvov, médicos, funcionarios, abogados, periodistas, representantes del ala más progresista de los zemstvos (asambleas locales). Un reflejo de la incipiente clase media urbana, de las grandes ciudades y de las capitales provinciales. Witte intentó contar con su colaboración en el Gobierno para tener un apoyo más sensible y conocedor de la crisis social, pero la negativa del primer ministro a destituir al ministro del Interior, Piotr Durnovo, responsable de la feroz represión llevada a cabo en 1905, provocó que los kadetes rechazasen la oferta, aunque sí participaron en la Duma, donde serían el partido más votado en la segunda convocatoria.

LOS DEFENSORES DE LA AUTOCRACIA

Piotr Stolypin reformó las leyes electorales restringiendo el sufragio hasta lograr una Cámara a la medida de los intereses del monarca y de la oligarquía. En 1907, la III Duma daba la mayoría parlamentaria relativa a los grupos políticos de derecha, financiados por el propio zar. Este, con la Iglesia y la nobleza, reaccionaría a la aparición de partidos que habían adquirido una estructura más estable, con programas que se daban a conocer y presentaban sus reivindicaciones en la Duma y en los periódicos. Para contrarrestar

su influencia, promovieron grupos que defendiesen la autocracia. Se trataba de partidos antiliberales que rechazaban cualquier tipo de reforma constitucional, reconocimiento de derechos civiles y humanos, integrados por funcionarios, en muchos casos pertenecientes a la policía, campesinos desarraigados, temporeros, artesanos y lumpen urbano. Su financiación se realizaba por aportaciones del zar y de las instituciones y nobles que apoyaban el mantenimiento de la autocracia. Pretendían configurar un tipo de partidos de masas, para lo que no dudaban en emplear un lenguaje hipernacionalista, xenófobo y antisemita. Con una organización prefascista, crearon milicias que actúaban violentamente en los barrios obreros y en los guetos judíos, sembrando el terror y la inestabilidad. El Partido Monárquico Ruso, la Unión del Pueblo Ruso y, sobre todo, los Cien Negros que, a fines de 1906, habían alcanzado 300.000 afiliados y hacían a Nicolás II escribir orgullosamente a su madre: “La impertinencia de los socialistas y los revolucionarios había encolerizado al pueblo una vez más; y dado que nueve décimas partes de los provocadores de disturbios son judíos, toda la cólera del pueblo se volvió contra ellos. Así sucedieron los pogromos” (Figes, 2000: 242). El zar prefería hacer frente al malestar creciente buscando un culpable, alguien ajeno, no auténticamente ruso, que perturbaba la paz de los buenos cristianos y leales súbditos. Y para ello, nada mejor que desfiles uniformados con banderas, cruces, iconos y grandes imágenes de Nicolás, equiparado a un santo.

El asesinato de un militante bolchevique a manos de las milicias proporcionó la oportunidad al Partido Bolchevique de contar con un mártir de izquierdas. Su funeral se convertiría en una demostración de la capacidad de organización de actos multitudinarios alcanzada por los bolcheviques, así como de su talento para hacer del cortejo fúnebre una manifestación que atrajese a las masas, con sus himnos, su banda, sus banderas. Aunque la insurrección de 1905 había sido aplastada, el objetivo de hacer un partido de masas de izquierda se estaba consiguiendo y su estructura se mostraba tan competente que, aunque los líderes del Soviet de Petrogrado habían sido detenidos el 3 de diciembre de 1905, sus militantes habían sido capaces de distribuir armas para su autodefensa y controlar barrios enteros. La represión redujo la actividad, pero 1905 había sido un ensayo y, en los cortos periodos de libertad de prensa, las consignas

socialistas penetraban en sindicatos y fábricas y una atmósfera reivindicativa e insumisa se instaló en la sociedad rusa.

Capítulo 5

1914-1917: UNA NUEVA GUERRA. UNA NUEVA REVOLUCIÓN

Las celebraciones por la coronación de Nicolás II tuvieron una conclusión luctuosa; en 1914, cuatro años antes de que su reinado finalizase, durante las fiestas conmemorativas del tricentenario de la dinastía de los Romanov, las clases populares, agolpadas en el trayecto que concluía en el Palacio de Invierno de San Petersburgo, vieron nuevamente frustradas sus expectativas. Creían que al pueblo le correspondería un aligeramiento de las muchas cargas que soportaban como concesión real por el jubileo. El desengaño de sus esperanzas de amnistía política, redención de deudas, de mejoras en su situación exasperó a unas muchedumbres agolpadas para ver pasar el cortejo imperial. En 1913 los signos de rechazo del sometimiento en que habían vivido las clases trabajadoras eran evidentes. Tanto como el malestar de los diputados de la burguesía que, a través del presidente de la Duma, el octubrista Mijaíl Rodzianko, rechazaron el lugar subalterno que se les atribuyó en Moscú en las celebraciones religiosas del jubileo. Sin embargo, la zarina se dirigía así a una de sus damas: "Ahora puedo ver por mí misma lo cobardes que son esos ministros de Estado […]. Están asustando constantemente al emperador con amenazas de revolución y aquí (lo puedes ver por ti misma) solo necesitamos mostrarnos e inmediatamente sus corazones son nuestros" (Figes, 2000: 45).

Nada más lejos de la realidad que estas palabras. La curiosidad y el hambre habían movido a las multitudes en San Petersburgo y Moscú a concentrarse para ver pasar el brillante cortejo, a la espera de alguna dádiva. Pero clases populares y burguesía ya no asistían como pasivos espectadores a un espectáculo que hacía aún más patente todo aquello de lo que carecían. El zar había dejado de ser considerado una figura paternal para constituirse él, su familia y su círculo más íntimo en unos seres alejados de su pueblo sobre los que corrían rumores de corrupción que desprestigiaban la corona. Aquellos diputados más conscientes —como Lvov, Miliukov o Guchkov— pretendían reformas modernizadoras que hiciesen de Rusia un país más rico, libre y justo, capaz de evitar la revolución que desde 1905 se gestaba. Los monarcas pensaban que, disfrazados

con trajes tradicionales, las amenazas que se cernían sobre Rusia en forma de huelgas, manifestaciones y crecimiento de los partidos de izquierda podrían conjurarse y retornar a la idealizada unión entre el zar y sus súbditos.

Las políticas de Piotr Stolypin, combinando leyes liberalizadoras con otras represivas que clausuraban prensa de oposición obrera y perseguían a militantes sindicales y políticos, no habían apaciguado los ánimos. Numerosas huelgas y manifestaciones mostraban el creciente descontento, activado por partidos políticos marxistas y anarquistas. La modificación de las leyes electorales había dado lugar a una sobrerrepresentación de la oligarquía y las clases más acomodadas, dejando fuera cualquier representación de los trabajadores, agudizándose con ello la fractura social. El rechazo de la nobleza más conservadora a la propuesta de Stolypin de hacer de los campesinos ciudadanos, igualándolos en los zemstvos (asambleas locales) en derechos y obligaciones con los hacendados, produjo todo tipo de ataques y dejó sin resolver una de las reivindicaciones claves: la reforma agraria. Esta sería una de las causas principales que, tras la Revolución de febrero de 1917, provocaría el abandono del frente de muchos soldados-campesinos, temerosos de no poder acceder al prometido reparto de tierras. Stolypin, un ministro comprometido con la modernización, carecía de la protección del zar y había concitado una considerable antipatía de la zarina. Su asesinato en 1911 por un estudiante revolucionario, confidente de la policía, no fue investigado. Su muerte supuso la paralización de su programa reformista y el aumento de las tensiones en los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra. El malestar trató de canalizarse hacia los otros, judíos, polacos, bálticos. Se trataba de configurar un país gran ruso, en el que las distintas nacionalidades que albergaba su territorio se acomodasen al nuevo modelo centralizado, para lo que la policía utilizaba la provocación y los juicios paralelos con falsas acusaciones elaboradas ex profeso. En el exterior, la imagen del imperio zarista era la de un régimen despótico, cuyo poder se basaba en el temor infundido por la Ojrana (policía secreta), cuyas acciones represivas alcanzaron el número de 1.059.000, según Trotski en su Historia de la Revolución Rusa.

LA PARTICIPACIÓN RUSA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Los recursos de los rusos son tan enormes que a la larga Alemania quedará agotada sin que nosotros tengamos necesidad de ayudar a Rusia.

Edward Grey, ministro de Asuntos

Exteriores británico, a Raymond Poincaré,

presidente de la República Francesa,

en abril de 1914

Tuchman,

Los cañones de agosto (2006: 96)

El pez empieza a apestar por la cabeza. ¿Qué clase de zar se rodearía de ladrones y defraudadores? Está más claro que el agua que vamos a perder la guerra.

Conversación entre dos soldados bolcheviques

Figes,

La Revolución Rusa (1891-1924).

La tragedia de un pueblo (2000: 315-316)

La primera de las citas que introducen este apartado refleja la errónea valoración que el ministro británico de Asuntos Exteriores, Edward Grey, tenía acerca de la capacidad rusa de afrontar una guerra moderna. La segunda, por el contrario, un año después de iniciada la contienda, muestra un acertado punto de vista sobre las posibilidades rusas de ganar la guerra, y el cocinero coincide con

los jefes militares rusos más lúcidos sobre una de las causas principales por las que el régimen surgido de la Revolución de octubre tuvo que firmar una humillante paz en 1918. La optimista visión de Grey se sustentaba en el clima hipernacionalista compartido por la mayor parte de los Estados Mayores de las potencias europeas. Todas se consideraban preparadas para un posible conflicto o veían en él la posibilidad de reafirmar su peso internacional. La búsqueda de una expansión imperialista en los Balcanes, por la que competían Austria y Rusia, el revanchismo derivado de las sucesivas humillaciones experimentadas por Rusia en este área o el resentimiento generado en Francia por la onerosa Paz de Versalles de 10 de mayo de 1871 frente al recién proclamado II Imperio Alemán hicieron que el periodo de la Belle Époque se conociese también como el periodo de la Paz Armada. No es de extrañar que, 50 años más tarde, una revisión irónica del que sería el conflicto más sanguinario hasta el momento se sirviese de las conocidas como Tommies' tunes para montar un exitoso musical en el off London sesentero; Oh! What a lovely war! era una rememoración onírica de un mundo feliz y heroico que se contradecía con las terribles imágenes que se proyectaban al fondo del escenario.

En el caso de Rusia su decidida intervención en la guerra tenía dos motivos: acabar con el descrédito de su derrota ante Japón nueve años antes y mantenerse como defensora de los eslavos del sur y frenar el expansionismo austriaco en la zona. A ello se unía la idea expresada por algunos miembros políticos relevantes, como Rodzianko, sobre la idoneidad de una pequeña guerra victoriosa que permitiese controlar sin restricciones las renacidas protestas obreras y campesinas.

¿UNA GUERRA CORTA Y VICTORIOSA?

El asesinato del archiduque Francisco Fernando —heredero del trono austro-hungaro— el 28 de junio de 1914 en Sarajevo proporcionó la ocasión esperada. Este magnicidio había sido

perpetrado por miembros de la Joven Bosnia, una sociedad secreta que recibía apoyo de los nacionalistas serbios. La negativa a aceptar todas las exigencias presentadas por Austria a Serbia era el casus belli para saldar las cuentas coloniales pendientes, las derrotas humillantes, las pérdidas territoriales, la conquista de la hegemonía continental. Todas tenían motivos… salvo Inglaterra que, sin embargo, tenía a un activo y belicista lord del Almirantazgo, Winston Churchill.

Pese a que, como hace notar Barbara Tuchman, todos deseaban que la declaración efectiva de guerra no se produjese, la movilización de tropas a lo largo de las fronteras y el sistema de alianzas desencadenaron una sucesión de acontecimientos a lo largo del mes de julio del año 14 que concluyeron en la invasión de Serbia el día 28 de julio por Austria. La rápida movilización de Rusia hizo que el 31 de julio Alemania la conminase a retirarse en 12 horas, lo que fue rechazado. De este modo, el 1 de agosto el II Reich declaró la guerra a Rusia. En Francia, el día anterior había sido asesinado por un joven nacionalista Jean Jaurès, el dirigente socialista francés de la II Internacional; la razón: su pacifismo frente al belicoso presidente Poincaré y su jefe del Alto Estado Mayor, Joffre. El 3 de agosto Alemania invadió Bélgica y declaró la guerra a Francia; los jóvenes franceses movilizados se dirigían al frente entonando La Marsellesa mientras reclamaban la vuelta de Alsacia a Francia. Gran Bretaña consideraba dos condiciones imprescindibles para definir su postura: defender el Paso de Calais e impedir que Alemania invadiese Bélgica. Tan pronto se supo de la invasión de Bélgica, las reticencias de algunos de los ministros del gabinete de Asquith se saldaron con su silencio o su dimisión. La guerra era un hecho. Todos pensaban que sería corta porque todos sabían que una guerra larga no sería sostenible económicamente. Con el ánimo optimista un comentarista alemán pensaba que la guerra no duraría más de 10 semanas (Tuchman, 2006: 169).

Guerra de movimientos

Todos los historiadores, independientemente de su orientación

historiográfica, coinciden en considerar la guerra el catalizador que activó el ambiente cargado de tensiones de Rusia. Pero el estallido de la guerra hizo surgir un tibio sentimiento de unión nacional semejante al producido en el resto de los países contendientes, aunque, en este caso, muy inferior al manifestado por el conjunto de la población de las potencias occidentales. El silencio de la II Internacional cuando los dirigentes obreros de los países contendientes votaron los créditos de guerra o participaron en los gobiernos de unión nacional provocó el desprestigio del organismo entre muchos militantes socialistas. Pero la contienda contribuyó a desarrollar el capitalismo y a reforzar las elites burguesas liberales. En ello vio Lenin una oportunidad revolucionaria. La efectividad de Guchkov o la Unión de Zemstvos al organizar la logística de aprovisionamiento del frente reportó prestigio añadido a instituciones y líderes burgueses frente al deterioro progresivo de la imagen gubernamental. Paralelamente se produjo el crecimiento del movimiento obrero, aunque, ante el temor de ser tachados de poco patriotas, las huelgas y manifestaciones se contuvieron durante el primer año del conflicto. Hasta algunos dirigentes obreros de prestigio como Plejánov o Kropotkin mantuvieron una posición defensista, dando una tregua al Gobierno en las críticas a su gestión.

Las posiciones ante la guerra de los partidos obreros fueron diversas, pero, en general, coincidieron en mostrarse contrarios a la misma. La votación de los créditos de guerra se saldó con el voto negativo de cinco diputados de la Duma que fueron condenados. El apoyo al conflicto se limitaba al funcionariado, los estudiantes y la burguesía. Pocos intelectuales —Gorki, entre ellos— eran conscientes de la tragedia que se avecinaba. Por su parte, los grupos defensistas, muy activos en periódicos y aulas universitarias, alimentaron en la corte la imagen de una nación unida.

Según Trotski, a diferencia de la opinión de ministro inglés, Rusia no estaba en absoluto preparada para intervenir en esa guerra; entraba en ella en desventaja porque sus objetivos se supeditaban a los intereses de las potencias; su ejército estaba mal equipado y capacitado para luchar solo contra países semibárbaros. Los soldados de reemplazo, campesinos que apenas habían recibido instrucción, estaban escasamente entrenados para combatir en un tipo de conflicto que se había tecnificado y se sentían poco o nada

identificados con la idea de patriotismo, especialmente aquellos soldados que no entendían quiénes eran aquellos eslavos a los que tenían el deber de defender, cuando ellos no lo eran.

La forma en que se produjo el desencadenamiento de las hostilidades entre los Imperios Centrales y Rusia parecía, sin embargo, dar la razón a Grey. El ejército ruso fue capaz de movilizarse en dos direcciones con éxito en tres días: hacia el oeste, penetrando en Prusia Oriental; hacia el suroeste, ocupando Galitzia tras derrotar a Austria, hecho que Trotski justifica en que el Imperio austriaco era una "monarquía putrefacta" (Trotski, 1985: 43). La reacción de Alemania fue inmediata: retiró el VIII Ejército del frente occidental y bajo el mando de Hindenburg y Ludendorff inflingió una dura derrota a las tropas rusas en Tannenberg, y la batalla en los Lagos Mansurianos arrojó unas enormes pérdidas: un cuarto de la artillería rusa y 250.000 hombres se perdieron en estas batallas. A partir de ese momento, la guerra de movimientos se detenía en el este; comenzaba una guerra de desgaste que Rusia no podía afrontar porque carecía de capacidad industrial.

Guerra de posiciones. Un desgaste insoportable

Esta nueva fase —guerra de posiciones— resultó letal para la moral de las tropas y de la retaguardia. Rusia estaba incapacitada para soportar una guerra larga por múltiples causas: había descuidado sus infraestructuras de transporte, muy primitivas y dependientes del capital exterior; escasez de vehículos a motor, comunicaciones telegráficas y telefónicas arcaicas, falta de coordinación en la distribución de pertrechos, armas y municiones, exigua capacitación técnica de sus tropas… y jefes poco preparados para una guerra moderna. Ausencia de una clara estructura de mando, ocupando aquellos puestos más importantes no los jefes de más mérito, sino los más próximos al zar. Todo eran órdenes y contraórdenes derivadas de los conflictos personales entre los generales cortesanos y aquellos más profesionales.

La llegada del invierno puso aún más de manifiesto el caos

organizativo y la incapacidad de los mandos. La ofensiva rusa en los Cárpatos en enero de 1915 no pudo sostenerse por falta de suministros, de artillería y por los inadecuados calibres de las municiones enviadas. Las retiradas desordenadas, con pérdida de armamento, el hambre, la falta de uniformes apropiados —un soldado se queja en una carta a su madre de que combaten sin ropa de abrigo, con temperaturas gélidas— hacían estragos y diezmaban las epidemias. El relato sobrecogedor de una enfermera, Sofía Fedórchenko, sobre los servicios sanitarios militares en El pueblo en guerra sirvió de base documental a Troski para explicar cómo surgió un sentimiento de rechazo e indisciplina hacia jefes insensibles ante las vicisitudes sufridas por las tropas a su mando, provocando rendiciones, automutilaciones y deserciones masivas. Estos factores fueron esenciales para la difusión del mensaje bolchevique en las trincheras.

Entre mayo y septiembre de 1915 la ofensiva alemana sobre el Báltico produjo pérdidas tan numerosas, también entre los oficiales, que hubo que buscar oficiales de complemento entre los soldados campesinos. De ese núcleo surgirían algunos de los jefes militares mejor preparados de la Guardia Roja, como Chapáyev o Zhúkov. Ellos ampararían los comités de soldados revolucionarios de 1917. La retirada fue tan caótica que los soldados habían de procurarse su alimento mediante el pillaje y la violencia, un rasgo que se reproduciría durante la guerra civil tras la Revolución de octubre. En las estaciones de ferrocarril los soldados encontraban refugiados que se dirigían en masa hacia el este, entorpeciendo el movimiento de las tropas en su caótica huida. En su retirada los soldados que habían combatido mal armados, con uniformes harapientos y sin alimento suficiente, encontraban almacenes llenos de pertrechos y comida sin distribuir por falta de organización para hacerlos llegar al frente.

Costes bélicos: la forja de la revolución

La desmoralización en la retaguardia no era menor que en el frente. Ante una burguesía especulativa que hacía suculentos negocios con

la guerra y el mercado negro, los obreros veían empeorar sus condiciones de vida, siempre con la amenaza de ser movilizados para cubrir las innumerables bajas. Trotski aporta el número de 15 millones de soldados de reemplazo movilizados para el periodo 1915-1916. La esposa de general Brusílov expresaba en carta a su marido el desaliento reinante: “En la retaguardia tenemos una idea bastante más acertada de lo que está pasando y ya estamos convencidos de que los alemanes ganarán la guerra. Estarán en Moscú en 1916. Es la catástrofe y el colapso de Rusia” (Figes, 2000: 315).

En agosto de 1915, Nicolás II, empujado por la zarina Alexandra, asumió el mando supremo del ejército mientras todo tipo de rumores y teorías conspirativas señalaban a la zarina como agente alemana. Las luchas intestinas en Petrogrado enfrentaban entre sí al Gobierno, la Duma y los partidarios de la zarina y Rasputín. El descrédito de la corona era absoluto. Con el fin de suplir la incapacidad gubernamental y ganar visibilidad, el bloque de partidos burgueses liberales se concentró en la tarea de aprovisionar al ejército, organizar la distribución de suministros alimenticios y sanitarios, y alistar a enfermeras. Al frente del entramado institucional de la Unión de Zemstvos y la Unión de Ciudades, Lvov había conseguido crear una infraestructura eficaz que era un Estado dentro del Estado, y su popularidad creció de tal forma que un ministro sugirió acabar con él o darle el poder. En febrero de 1917 sería nombrado presidente del Gobierno provisional, basando esta elección en su popularidad por su buena gestión. Esa fue la petición que hizo el bloque progresista de la Duma: nombrar un Gobierno de coalición con Lvov al frente que conjurase el peligro de la revolución anunciada por Miliukov. La respuesta a esa demanda fue un decreto por el que se prohibía cualquier protesta. La censura de prensa se hizo más férrea y la restricción de libertades más amplia, dirigiéndose especialmente contra los partidos de izquierda. Trotski critica la falta de disposición revolucionaria para revertir la situación en mencheviques —sus correligionarios en aquel momento— y eseristas; solo los bolcheviques tenían capacidad para promover la revolución, por su audacia y formación. La guerra, tal como había predicho Lenin, había beneficiado el incremento de la militancia bolchevique, especialmente en el frente y en algunos barrios obreros de Petrogrado y Moscú.

Algunas de las razones de ese incremento de la popularidad bolchevique radicaban en la coincidencia de intereses de los trabajadores con el análisis y propuestas leninistas. De acuerdo con las medidas promovidas por la zarina para rebajar el nivel de tensión en la retaguardia, aquellos trabajadores que se ocupaban de cavar trincheras defensivas y tumbas, así como los trabajadores más activos en las protestas, debían de ser trasladados inmediatamente al frente. La debilidad de carácter del zar favorecía el intervencionismo de la zarina que, en su intención de reforzar la autocracia como medio de cortocircuitar la revolución, provocó innumerables crisis ministeriales entre septiembre de 1915 y febrero de 1917, aumentando la desorganización e inestabilidad política y social. En la errática dirección de la guerra, la zarina Alexandra llegó a pedir al zar Nicolás II que clausurase los Comités de Industrias de Guerra, que eran los que coordinaban la producción destinada al aprovisionamiento de las tropas. En esas condiciones, el derrotismo de Lenin, aunque aún era una posición muy aislada en los círculos políticos, coincidía con el sentir de las trincheras y los barrios obreros de las grandes capitales, especialmente de la amenazada Petrogrado.

A lo largo de 1916 el deterioro de la situación se hizo más patente. La nueva ofensiva de Brusílov en Galitzia, entre los meses de junio y agosto, cayó sobre las líneas austriacas entre Lvov y Lutsk, cosechando un gran éxito y penetrando profundamente en territorio imperial. Sin embargo, no pudo consolidar dicho avance sin quedar aislado porque el general Alexéi Evert, un protegido del zar, se resistió a enviar refuerzos. La contraofensiva alemana, dirigida por Falkenhayn y Hindenburg, obligaría a Brusílov a retirarse. Fue tan costosa en vidas y pertrechos que el ejército ruso no volvió a intentar una acción de tales dimensiones. El cansancio ante las constantes derrotas, la escasez de los bienes básicos alimenticios y energéticos, el colapso de las comunicaciones, la inflación que empobrecía a las clases más vulnerables, la corrupción imperante en el Gobierno y los intermediarios encargados de los suministros bélicos tuvieron una respuesta popular en forma de aumento de los desórdenes y de la criminalidad. La miseria de los pobres confrontada con un hedonismo acrecentado entre los ricos especuladores hacía que, como Guchkov le comentaba por carta al general Alexeev en agosto de 1916: “La revolución está en labios de

todos” (Figes, 2000: 332). Pero el zar solo tenía oídos para las recomendaciones de la zarina y su círculo, que consideraban que había que eliminar de cualquier puesto ejecutivo a todos los críticos. “A Rusia le gusta sentir el escozor del látigo, lo pide su cuerpo”, escribía Alexandra a Nicolás II, a comienzos de 1917, al Estado Mayor (Trotski, 1985: 74).

LA REVUELTA DE LOS PRIVILEGIADOS

De acuerdo con el modelo explicativo de la Revolución francesa que Trotski utiliza en su Historia de la Revolución Rusa, la revolución popular vendría precedida de una revuelta palaciega alimentada por los insistentes rumores de traición y orgías del círculo de la zarina y Rasputín, algo que nunca llegó a probarse. Aunque la germanofilia de la zarina estaba en sus orígenes alemanes, solo en las memorias del ministro de la Guerra inglés, Kitchener, se alude a sus intentos de firmar una paz por separado con Alemania. Pero el desprestigio que el monje estaba proyectando sobre la corona fue el factor que alimentó la revuelta de los privilegiados, que se revestiría de complot palaciego en el que se reivindicaban objetivos patrióticos y de regeneración monárquica. Se sucedieron varios intentos de golpe de Estado monárquicos. En uno se obligaba al zar a abdicar en el zarévich Alexei, poniendo al gran duque Miguel de regente; en otro, en el que participaban el príncipe Lvov y el general Alexeev, preveían arrestar a la zarina e instar a Nicolás II a entregar la corona al gran duque Nicolás, el cual nombraría un Gobierno a cuya cabeza estaría Lvov. Ambas se saldaron con sendos fracasos. Solo cumplió parcialmente sus objetivos la conjura encabezada por el príncipe Félix Yusúpov. El asesinato de Rasputín se llevó a cabo en el palacio Yusúpov de Petrogrado, lanzando al Neva el cadáver del monje el día 16 de diciembre de 1916. El cuerpo del monje aparecería dos días más tarde, siendo recibida la noticia de su muerte con regocijo por una parte considerable de los cortesanos y la población. El zar y la zarina, por el contrario, reforzaron su aislamiento, refugiándose en el círculo familiar más próximo.

Mientras, en el Palacio de Táuride, sede de la Duma, pese al temor que infundían en los diputados liberales los representantes de la izquierda, se produjeron acercamientos entre el trudovik Kérenski y el kadete Lvov, convirtiéndose la Duma en una tribuna revolucionaria enfrentada al Gabinete del reaccionario Stürmer. La transformación también había penetrado en el Parlamento gracias a los discursos de Kérenski y del menchevique Nikolái Chjeidze. Estos exigían un Gobierno que fuese representativo de las inquietudes y aspiraciones de las masas, a la vez que criticaban a la Duma por olvidarse de los intereses populares.

Pero ¿dónde estaban los dirigentes bolcheviques y mencheviques más destacados? Muchos de ellos estaban en el exilio, desterrados en Siberia y en prisión. Trotski, que había peregrinado por Europa desde 1914, había llegado a Nueva York en enero de 1917, donde se hallaban también Nikolái Bujarin y Aleksandra Kollontái. Su fluida relación con ambos les permitió emprender un programa de proselitismo que inauguró el acercamiento a los bolcheviques, concluyendo en el verano de 1917 con su definitiva afiliación a ese partido. Estos dirigentes eran cosmopolitas, cultos, más abiertos, menos dogmáticos que Lenin, con quien habían coincidido en las sesiones de la Conferencia de Zimmerwald de septiembre de 1915, en posiciones pacifistas cuyo resultado fue una aproximación entre cuadros mencheviques, como Lunacharski y Antónov-Ovséyenko, y bolcheviques. Lenin se hallaba en Suiza, donde desarrollaba una labor como publicista, estudioso de las estrategias y tácticas que permitiesen a los bolcheviques acceder al poder. Stalin y Kámenev, presos en Siberia, habían permanecido dentro del país y se mostraban menos internacionalistas que los primeros; sus miras eran más limitadas, pero tenían una gran experiencia en cómo conectar con las masas rusas, porque ellos mismos procedían de un medio más próximo a los obreros. Estas ausencias, la perpetua clandestinidad, el acoso policial y de las milicias de los Cien Negros a partidos, sindicatos y asociaciones culturales obreras hizo de la Revolución de febrero de 1917 un movimiento espontáneo. En febrero de 1917, lo que empezó como una manifestación de mujeres reclamando pan terminó en una revolución que estremeció al mundo, por decirlo con las palabras de John Reed.

Capítulo 6

1917: UNA REVOLUCIÓN QUE CAMBIÓ EL MUNDO

Todos pensaban que el ambiente estaba lleno de tensión, pero pocos creían que el estallido era tan inminente. Una periodista, Zinaída Híppius, mantenía en su domicilio una tertulia en la que participaban políticos e intelectuales liberales y socialistas que consideraban que había llegado el momento de llevar a cabo la revolución democrático- burguesa, lo que haría de Rusia un país más libre y más justo. Sin embargo, nadie creía que las manifestaciones y asaltos a las panaderías que habían tenido lugar a lo largo del riguroso invierno de 1917 derivasen en menos de un año en una transformación absoluta del régimen imperante. Un nuevo Estado al que correspondía una sociedad también nueva y en la que muchos de los integrantes de esa tertulia, defensores del derrocamiento del zar y de la instauración de la democracia, serían barridos por el huracán revolucionario y la subsiguiente guerra civil. Una sociedad en la que mujeres como ella, como las jóvenes artistas y escritoras, participaban en pie de igualdad con sus colegas masculinos en los movimientos de vanguardia. Dirigentes políticas que compartían exilio, prisión o destierro con sus compañeros de partido, obreras que habían protagonizado esos primeros de-sórdenes que anunciaban la tormenta, serían las llamadas a encabezar una rebelión en un día simbólico para las mujeres trabajadoras: el 23 de febrero, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, fecha de un simbolismo tan profundo como el Primero de Mayo para las masas obreras de Petrogrado, que sufrían la escasez, la inflación y las pérdidas económicas y humanas generadas por la guerra.

El proceso revolucionario se desarrolló en tres fases, de febrero a abril, de abril a septiembre y a lo largo de octubre, con una coda que concluiría en enero de 1918 cuando se clausuró la Asamblea Constituyente y se emprendió la persecución del oponente político considerado contrarrevolucionario. En paralelo, comenzó una guerra civil que ocasionó terribles costes humanos.

DE FEBRERO A ABRIL: DE LA AUTOCRACIA AL PAÍS MÁS LIBRE DEL MUNDO

La primera noche de la revolución fue como la Pascua.

Zinaída Híppius

(Figes y Kolonitskii, 2001: 67)

A los miembros del Partido la revolución nos sorprendió como a las vírgenes del Evangelio: durmiendo.

Serguéi Mtislavsky

(Trotski, 1985: 134)

Ambas citas introductorias nos dan idea de dos de las características distintivas de esta primera fase revolucionaria. La sorpresa fue ver que manifestaciones y huelgas, pese a una represión que Trotski cifró en 1.443 víctimas, daría paso a una fiesta. Obreros de barriadas como Viborg veían incrédulos cómo el primer día de la revolución, en cafés o restaurantes del centro, les ofrecían comida y cobijo si los faraones (policías zaristas) les dispersaban a sablazos; o cómo cosacos o soldados campesinos no acataban las órdenes de sus oficiales y recibían las rosas rojas de jóvenes manifestantes como símbolo de paz. La valoración de Mtislavsky es coincidente con la de historiadores posteriores: la revolución fue un acto espontáneo de las masas ante la crisis de abastecimientos, transportes y cierres patronales que les arrojaba a la calle y les privaba de un salario. En ese momento, no había dirigentes de relieve en Petrogrado que hubiesen coordinado o previsto la manifestación que el 23 de febrero emprendieron las mujeres desde los suburbios hacia el centro de la ciudad. Se trataba de grupos interclasistas, con algunas señoras burguesas que pedían igualdad de derechos, jóvenes estudiantes que reclamaban un régimen más libre y trabajadoras

textiles de Viborg que demandaban una mejora en sus condiciones de vida y trabajo. A la llamada de estas mujeres para unirse a su manifestación, respondieron obreros metalúrgicos de las fábricas por donde pasaba el cortejo. La consigna de "¡pan!" pronto se transformó en otras reivindicaciones que reflejaban mejor la amplitud del malestar como "¡Abajo el zar!", "¡Abajo la guerra!", "¡Viva la República!". La reivindicación social se había hecho política y la no intervención de los cosacos les daba ánimos para volver a manifestarse al día siguiente.

Una revolución espontánea

El día 24, una multitud de 40.000 trabajadores, algunos armados de cuchillos o barras de hierro, cruzaba los puentes para dirigirse a la Perspectiva Nevsky, la calle más emblemática de Petrogrado. Se les unían todo tipo de personas, gente corriente según la descripción del jefe del destacamento de cosacos enviados para reprimirlos. Los corresponsales de prensa hablaron de "una excitación precaria […] parecida a la de un día festivo con fuegos artificiales en el aire" (Figes, 2000: 357). Todos se dirigían a uno de los nuevos lugares conquistados de los que hablan Figes y Kolonitskii: la plaza Znamenskaya. Dirigentes obreros encaramados sobre la estatua de Alejandro III daban un mitin. Sentían que habían conseguido la capacidad para expresar libremente sus reivindicaciones. El 25 de febrero declararon la huelga general y volvieron a manifestarse; ya ondeaban banderas rojas y exigían el fin de la autocracia. Las tropas enviadas para reprimirlos se negaron a disparar y confraternizaron con ellos. La violencia gestada durante largos años de opresión y sometimiento estalló en actos más violentos, según se involucraban en las acciones revolucionarias los jóvenes movilizados endurecidos por la guerra y el trato cuartelario; por primera vez los escuadrones cosacos asistían al linchamiento del jefe del destacamento policial sin intervenir.

La respuesta de Nicolás II fue la militarización de Petrogrado. El 26 de febrero, al tratar de llegar al centro, los huelguistas fueron ametrallados por soldados desplazados desde el frente. Ante las

bajas sufridas, los manifestantes respondieron con mayor agresividad, instando a los soldados reservistas a unírseles, a la vez que les recordaban sus orígenes campesinos y el trato humillante que recibían de los oficiales. La consecuencia fueron motines militares y la incorporación de algunos regimientos como el Pavlovsky o guarniciones como las de Kronstadt y Helsinki al movimiento revolucionario. Otras unidades, como el regimiento Preobrazhenski, se mantuvieron fieles a los mandos, desencadenándose una lucha en la que, al frente de los amotinados, se pusieron suboficiales procedentes del proletariado que, con sus arengas, persuadían a los soldados reticentes a incorporarse a la revolución. Fueron estos nuevos dirigentes, surgidos de las filas de los soldados, los que abrieron las puertas de los arsenales, armaron a los obreros e hicieron triunfar la Revolución de febrero.

Un doble poder: Soviet y Gobierno provisional

La posibilidad de que llegasen refuerzos zaristas del frente provocaba un temor que indujo a los revolucionarios a organizarse. La mayor parte de los líderes de los partidos que habían apoyado el levantamiento no se hallaban en Petrogrado. Solo los partidos liberales contaban con figuras destacadas como el kadete Lvov o el eserista trudovik Kérenski. Uno y otro eran personajes populares por su eficaz trabajo al frente de la Unión de Zemstvos, y Kérenski como abogado defensor de opositores del régimen. Gracias a esa popularidad se convertirían, especialmente Kérenski, en los líderes de la Revolución de febrero. Pero todos aquellos que habían salido a la calle con el objetivo de subvertir el régimen eran conscientes de la necesidad de establecer una estructura defensiva sólida ante los ataques policiales, de disponer de medios para atender a los heridos en los enfrentamientos con las tropas zaristas, de coordinar las acciones reivindicativas… y recordaron el antiguo Soviet de 1905 creado por Trotski. Ese fue el modelo escogido para establecer un Gobierno netamente revolucionario. En su seno se formó una nueva milicia, que era vanguardia en la defensa y en el asalto de los símbolos del antiguo régimen: comisarías, prisiones y la Fortaleza Pedro y Pablo fueron los objetivos de los ataques milicianos; en

aquellas se destruyeron archivos y en esta fueron liberados prisioneros políticos y comunes. Los integrantes del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado eran, mayoritariamente, mencheviques, como su presidente y vicepresidente, Chjeidze y Skóbelev, y eseristas, como Kérenski. Solo un miembro bolchevique, Shliápnikov, ocupaba un puesto ejecutivo hasta la incorporación de Iósif Stalin y Viacheslav Mólotov, tras su llegada del destierro siberiano.

En paralelo a la constitución del Soviet de Petrogrado, la Duma intentó salvaguardar su autoridad y representatividad. Los diputados habían fracasado previamente en sus intentos de forzar a Nicolás II a poner fin a la autocracia. Sin embargo, la presión de las masas en las calles de Petrogrado podría obligar al zar a dotar al país de una constitución. Era la revolución democrático-burguesa con la que soñaban los liberales y parte de la izquierda doctrinaria. Mijail Rodzianko, el presidente octubrista del Parlamento, apoyado por algunos generales, pidió al zar que renunciase al trono y abdicase en el zarévich Alexei, dejando la regencia en manos del gran duque Miguel, a lo que Nicolás accedió al tomar conciencia de su soledad y de la imposibilidad de contener la insurrección; pero los insurrectos se negaban a aceptar otro Romanov en el trono y Kérenski exigió también la abdicación del gran duque. Formalmente, el Imperio de los Romanov había dejado de existir y pocos días después su último zar, arrestado, partía junto a su familia hacia Tsárskoye Seló, su antiguo palacio de veraneo.

A la noticia de la abdicación le siguió la caída de las instituciones del Imperio, entre ellas la temida Ojrana (policía secreta). Las fiestas callejeras extendieron el clima revolucionario y festivo a Moscú, donde, en dos días de manifestaciones sin violencia, las fuerzas del orden fueron sustituidas por milicias populares. Un proceso semejante se produjo en las capitales de provincia, algunas de las cuales adoptaba tintes nacionalistas. La sorpresa la constituyó la recepción de la revolución por parte de los campesinos, denostados por los revolucionarios profesionales como defensores del orden instituido. Ellos también se sumarían al proceso, entendiendo por este el advenimiento de un ansiado reparto de tierras. Su propio modelo revolucionario ya lo tenían: era el MIR.

La Duma, con el fin de atenuar y reconducir la iniciativa revolucionaria, en manos del Soviet de Petrogrado, decidió establecer un Gobierno provisional a iniciativa de Kérenski (Trotski, 1985: 143), cuyos objetivos serían representar a Rusia ante las potencias aliadas, gestionar la situación interna y convocar elecciones a una asamblea constituyente. Sus integrantes, antiguos diputados de la IV Duma encabezados por su presidente, Rodzianko, eran, mayoritariamente, octubristas y kadetes. Trotski en su Historia de la Revolución Rusa critica la paradoja que suponía que los miembros de la izquierda socialdemócrata, mencheviques y eseristas, se negasen a formar parte de dicho gabinete, con la excusa de que correspondía a la burguesía la responsabilidad de llevar a cabo su revolución. Solo un miembro del Soviet de Petrogrado, Aleksandr Kérenski, decidió aceptar la propuesta de incorporarse al mencionado Gobierno, del que pocos días después sería desplazado el octubrista Rodzianko por su conservadurismo, sustituido por el kadete Lvov como presidente. Las carteras principales seguirían ocupadas por liberales más o menos progresistas como Guchkov, octubrista, en Guerra; Miliukov, kadete, en Exteriores; Andrei Shingariev, también kadete, en Agricultura; Tereschenko, un millonario sin adscripción política conocida, al frente del Ministerio de Finanzas y, por fin, un representante de la izquierda popular, Kérenski, un eserista, enlace entre el Soviet y el Gobierno provisional, a cargo de la cartera de Justicia. Había surgido un doble poder con objetivos e intereses opuestos, acentuando la distancia entre las expectativas de las gentes que habían salido a la calle, y derrocado al régimen zarista, y aquellos diputados elegidos en el marco del antiguo régimen. El Soviet tenía el poder real, dominaba la ciudad, las fábricas, los cuarteles; el Gobierno provisional tenía el poder formal, pero sus órdenes eran desobedecidas más allá de los muros del Palacio de Táuride. En ninguna de las dos instituciones, los bolcheviques, llamados a desempeñar un papel decisivo en la radicalización del proceso revolucionario, tenían un papel relevante. Pese a su implantación entre los delegados de soldados y obreros, aún eran una minoría.

Una sociedad en mutación acelerada y confrontación permanente

La euforia desatada ante la constatación de la victoria de la calle sobre los instrumentos de poder zarista desembocó en un caos vindicativo que transformó el ambiente solidario y tranquilo de los primeros momentos en vandalismo, dirigido contra los símbolos imperiales, como águilas coronadas, representaciones de los zares, elegantes tiendas y residencias de los barrios aristocráticos. Los enemigos de clase eran identificados con policías, oficiales, miembros del Gobierno, aristócratas, burócratas y burgueses. Pero ¿quiénes eran considerados burgueses? Todos aquellos que habitaban las confortables casas de los barrios acomodados que, en algunos casos, eran asaltadas, y también los paseantes de duros cuellos blancos, bien vestidos y portadores de gafas (Figes, 2000: 369). La revolución modificó las actitudes, las formas de vestir; las mujeres comenzaron a lucir pantalones, una forma de manifestar su inconformismo e igualación con los compañeros de trabajo. Las relaciones afectivas se hicieron más explícitas y menos convencionales. Todos intentaban mostrar su carácter revolucionario llevando escarapelas o cintas rojas, entonando La Marsellesa o La Internacional, tomando las plazas y las calles para bailar o para hacer de ellas un escenario de actos de afirmación revolucionaria, como, por ejemplo, los cortejos fúnebres de las víctimas de las jornadas de febrero.

Un elemento fundamental para la difusión de la revolución fue la prensa. Desde el primer momento Iztvestia, órgano del Soviet de Petrogrado, se publicó y difundió masivamente, al igual que Pravda, el órgano bolchevique, y muchas otras publicaciones partidistas. El primero recogía las consignas del Soviet de Petrogrado, dirigidas a acabar con la anarquía y los focos de resistencia zarista. La eficacia de la gestión del Soviet en este sentido fue superior a los intentos llevados a cabo por el Gobierno provisional. Sin embargo, otras órdenes del Soviet, llamadas a terminar con los privilegios de la oficialidad en el Ejército, llevarían aparejado un deterioro de la disciplina militar que se tradujo en deserciones y retrocesos en el frente y, en el ámbito diplomático, quejas de los aliados militares por el escaso esfuerzo bélico ruso. Precisamente este tema iba a ser uno factor que alejaría a las multitudes revolucionarias del Gobierno provisional y de sus representantes en el Soviet.

La revolución había provocado un intenso activismo político, acentuado con el progresivo regreso de los principales líderes revolucionarios. A lo largo del mes de marzo Kámenev, Stalin, Zinóviev, Dan, Tsereteli, Mártov llegaron a Petrogrado y se incorporaron a las tareas políticas que sus partidos les encomendaban. Con ellos las reuniones, mítines en fábricas y huelgas se multiplicaron, especialmente porque los esperados cambios que se suponía se producirían inmediatamente se hacían esperar. Había que explicar cuáles eran las causas del retraso o inducir las protestas ante esa demora. En los despachos gubernamentales la actividad era frenética. Lvov, el presidente del Gobierno provisional, intentaba unificar las distintas facciones políticas presentes en la Duma y el Gobierno, cuyas posiciones se distanciaban día a día. Por un lado, Miliukov y Guchkov reclamaban una política de fuerza que cumpliese con los compromisos militares y restableciese el orden en las calles y la producción en las fábricas; Nekrásov, Kérenski y el propio Lvov intentaban conciliar tales demandas con la urgencia de la convocatoria de una asamblea constituyente, la reforma agraria, la modificación de las condiciones laborales del proletariado o el establecimiento de conversaciones para firmar un armisticio que trajese a los soldados de vuelta a casa. Pero el Gobierno carecía de instrumentos coercitivos suficientes, así como de confianza para imponer su política, y Lvov deseaba mantener la imagen de una revolución sin sangre. El país más libre del mundo, que había ampliado el régimen de libertades formales al ámbito social, reconociendo la igualdad efectiva entre hombres y mujeres, eliminando las distinciones en función de origen o religión y aboliendo la pena de muerte, no terminaba de satisfacer las exigencias que los representantes del Soviet trasladaban desde las fábricas y los comités de las unidades militares. Esta institución que sí tenía el reconocimiento popular y los medios para imponer sus decisiones mantenía su rechazo a tomar el poder, como ya se reclamaba en algunas manifestaciones. Los bolcheviques aún dudaban de su fuerza para imponerse, pero, al mismo tiempo, negaban legitimidad al Gobierno provisional porque no había sido elegido y lo consideraban contrarrevolucionario; el resto de las fuerzas de izquierda, eseristas y mencheviques, mantenían su renuencia a asumir el gobierno y a incumplir los compromisos internacionales; además, la revolución había tenido para una parte

considerable de la población un carácter patriótico que implicaba defender las fronteras rusas ante los avances de los Imperios Centrales y dirigentes marxistas, como Plejánov, eran contrarios a una rendición incondicional ante los alemanes. Mientras, las reivindicaciones populares encontraban cada vez más eco entre los activistas bolcheviques, iniciándose un crecimiento de sus filas a costa de los mencionados partidos de izquierda.

Inestabilidad económica y activismo político

En el ámbito rural la revolución produjo una revitalización de la comuna como estructura de explotación de la tierra, reduciéndose el número de granjas privadas. Las primeras ocupaciones de haciendas fueron pacíficas y las exigencias moderadas: se pedía una rebaja de los alquileres, una redistribución del trabajo más justa, poder utilizar libremente las herramientas comunales o llevar el ganado a los pastos comunales. Los campesinos deseaban que se legitimasen los derechos y tierras conquistados, pero la lentitud en la adopción de medidas que modificasen la estructura de la propiedad y la llegada de soldados del frente a lo largo de la primavera y el verano aumentaron la violencia y la anarquía del proceso de ocupación de las tierras, con la expulsión o el asesinato de los hacendados y el saqueo e incendio de sus propiedades. Los comités del volost (órgano administrativo provincial) procedían a legitimar las incautaciones, distribuir la tierra y fijar precios constituyéndose en gobiernos que peleaban entre sí y con el Gobierno provisional por las subvenciones que dejaban de llegar. Los eseristas, la fuerza mayoritaria entre el campesinado, tratarían de calmar los ánimos. El eserista Víctor Chernov, ministro de Agricultura, agilizó la adopción de algunas de las medidas reclamadas en las asambleas campesinas, elaborando un proyecto de reforma agraria que sería recogido en el programa bolchevique más tarde.

En las ciudades se produjeron también incautaciones de fábricas, sin llegar por ello a constituirse en comunas. Las reivindicaciones de los comités se centraban en conseguir estar representados en los

consejos de administración y en la mejora de las condiciones laborales. Exigían alzas salariales, igualdad retributiva de hombres y mujeres, fin de las revisiones corporales, permiso de maternidad pagado, abolición del trabajo infantil, jornada de ocho horas y dignidad en el trato, entre otras reivindicaciones. La consecuencia fue un alza salarial que repercutió en los precios, acentuada por la escasez de la oferta; para contener sus efectos, reclamaron del Gobierno el control de los precios de mercado. En muchos casos, la resistencia de los patronos a conceder lo demandado concluyó en huelgas y lockouts; desde el Ministerio de Trabajo, Skóbelev instauró órganos de conciliación que resolviesen los conflictos sin recurrir a la huelga, pero tuvieron escaso éxito, disminuyendo aún más el prestigio de los mencheviques. Las ocupaciones de las fábricas y el desplazamiento de los directivos y técnicos redujeron la producción, dificultando los suministros en el frente y en el país. Ante ello, sindicatos, partidos, soviets y comités de fábrica se fijaron como objetivo evitar la paralización de las fábricas y el boicot patronal, ejerciendo labores de vigilancia y restaurando cierta disciplina laboral. En las constantes reuniones se criticaba aquellos comportamientos de los trabajadores que lastraban la productividad, como el alcoholismo o el absentismo, reclamando de los obreros mayor responsabilidad en el desempeño de sus tareas. Errores como la expulsión de técnicos y directivos de sus puestos fueron corregidos, aunque miembros de los comités de obreros vigilaban que no se produjesen sabotajes. Los encargados de estas misiones eran los obreros con mejor formación, tanto laboral como política. Se trataba de un proletariado muy politizado que había adquirido conciencia de su poder y estaba dispuesta a conservarlo. Se crearon milicias armadas en fábricas, comités, soviets y barriadas, cuyos integrantes habían conservado las armas tomadas de los arsenales y cuarteles en los primeros días de la revolución. El resultado era una multiplicación de cuerpos parapoliciales, a veces enfrentados entre sí, que se intentó controlar desde el Soviet, unificando todas bajo su mando. Desde el Partido Bolchevique se promovió la infiltración en dichos grupos de algunos de sus miembros más activos con el fin de evitar desviaciones contrarrevolucionarias y estar bien situados ante la posibilidad de una idea que iba calando en sus filas: la toma del poder. El deterioro de las condiciones de vida necesitaba de culpables y mencheviques, eseristas y kadetes eran responsabilizados en la

prensa bolchevique del aumento de la inflación, la caída de la producción y la productividad, de las huelgas y la situación en el frente, sin considerar que el constante activismo y enfrentamiento entre soviets y Gobierno se hallaban en la base de la inestabilidad y violencia crecientes.

Crecimiento del nacionalismo

La inmensidad de Rusia y la variedad de pueblos dentro de ella fue otro de los factores desestabilizadores. Una de las prioridades del Gobierno provisional al constituirse había sido conservar las fronteras del antiguo Imperio de los Romanov. Para ello, contemplaba la posibilidad de establecer un régimen republicano federal en el que cupiesen todas las provincias con poblaciones en las que los grandes rusos eran minoritarios. El gabinete consideraba que las amplias libertades formales conseguidas, prensa, expresión, reunión y sufragio universal, que incluía a las mujeres, habrían atenuado las reivindicaciones nacionalistas de algunas de las mencionadas provincias. Sin embargo, la ausencia de un poder fuerte propició la instauración de gobiernos y parlamentos autónomos, en algunos casos apoyados por alemanes o austriacos. Ucrania, Polonia, Finlandia, Estonia o los estados del Cáucaso estarían entre estos casos. En Ucrania, por ejemplo, pese a la mayoría eserista que contuvo el voto nacionalista, se instituyó un Parlamento constituyente —Rada— que inició un proceso de expulsión de los grandes rusos, percibidos como extranjeros. Este hecho era particularmente doloroso para algunos políticos, ya que Ucrania era considerada parte del solar originario del Imperio: eran los pequeños rusos, cuya historia era común con la de Rusia Central. En Polonia el sentimiento nacionalista era mucho más profundo y su exigencia de libertad más determinada; en su caso, como en el anterior, el apoyo germano estaba asegurado. Finlandia era un territorio patrimonial de los Romanov y, una vez depuestos, no existía ningún lazo que justificase el mantenimiento de la unión con Rusia, por lo que reclamaba una independencia bien considerada por los occidentales. El problema era la existencia de la fundamental base de Helsinki, un santuario bolchevique al que estos

no estaban dispuestos a renunciar, pese a que el recién creado Gobierno independiente era socialista. Todos ellos coincidían en el rechazo del proceso de rusificación llevado a cabo por los gobiernos de Nicolás II. Estos factores de crisis e inestabilidad eran menospreciados por Lvov y su equipo, pero contribuían a enconar las divergencias y lastraban la gestión gubernamental.

DE ABRIL A SEPTIEMBRE: LA REVOLUCIÓN SE RADICALIZA

La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el paso de la primera etapa de la revolución que ha dado el poder a la burguesía, por carecer el proletariado del grado de conciencia y de organización, a su segunda etapa, que debe de poner el poder en manos del proletariado y de las capas más pobres del campesinado.

Lenin

, Tesis de abril, 1917

Identificar los grandes enunciados revolucionarios con una figura concreta que los simbolizase parecía ser una necesidad de la sociedad rusa, especialmente en el caso de los campesinos. Unos soldados-campesinos, que habían escuchado el discurso de un dirigente menchevique en visita propagandística a un regimiento, estaban tan satisfechos que querían elegirle zar (Figes y Kolonitskii, 2001: 104). Este tipo de reacciones suscitaban en periodistas extranjeros o en el propio embajador británico la sospecha de que los rusos no estaban aún preparados para la democracia y que eran "psicológicamente monárquicos" (Figes y Kolonitskii, 2001: 102), por ello buscaban un líder carismático al que rendir culto. Este tenía precedentes en héroes populares anteriores, magnificados por la leyenda, como los decembristas, Pugachev y todos los exiliados y prisioneros, percibidos como santos que habían operado el milagro de la revolución.

En busca de un líder carismático: Kérenski, el hombre de febrero a julio

Aleksandr Kérenski fue la figura que cumplió ese cometido entre los meses de febrero a julio para, a finales de agosto, tras el intento de golpe del general Kornílov, convertirse en un político denostado, utilizando para ello los mismos medios con que se le había ensalzado: festivales, mítines, caricaturas y artículos periodísticos, postales y folletos. En febrero, Kérenski, un eserista poco sectario, era el líder del momento, cuando no había en Petrogrado ninguna figura de talla y carisma equivalentes. Contaba con el apoyo de sus colegas masónicos Lvov, Nekrásov y Tereschenko y con el aplauso de las masas gracias a una oratoria dramática de gran fuerza, que atraía a los campesinos especialmente, pero también a obreros y soldados. Su posición intermedia entre el Soviet y el Gobierno le hacían aparecer como una figura imprescindible en la consolidación del proceso revolucionario. Su trayectoria profesional en defensa de los revolucionarios reforzaba su proyección pública, que se hizo omnipresente tanto en los espacios del nuevo poder como ante el proletariado, identificándose su persona con la Revolución acontecida. Su falta de sectarismo hacía de él un perfecto comodín, pero incomodaba a los políticos, pese al reconocimiento general de su capacidad para influir en la audiencia, que Trotski confesaba envidiar. Se había construido un personaje, arquetipo del revolucionario ideal, para lo que había abandonado su atildamiento anterior por uniformes de corte militar más severo, que contrapesaban una acusación generalizada entre las filas bolcheviques: su afeminamiento, consagrado para la posteridad en las imágenes de Serguéi Einsenstein en la película Octubre.

En el mes de agosto, se inició un progresivo cambio en la valoración de su persona. A su sinceridad se oponían su tendencia a la intriga política, su mediocridad y vanidad. La adulación y ensalzamiento desmesurados practicados por intelectuales como Marina Tsvetáyeva, que le dedicó un poema donde lo comparaba con Napoleón, o como Stanislavski, que se refería a él como “la personificación del ciudadano libre” (Figes y Kolonitskii, 2001:

119), habían distorsionado profundamente su percepción de la realidad. Su conversión en un villano, responsable de todos los males, tuvo su origen tanto en las características enumeradas como en la propaganda bolchevique, además de en la evolución del contexto revolucionario. Personalizar los triunfos revolucionarios en él hizo que errores políticos, catástrofes militares, retraso en el cumplimiento de las promesas de paz también se atribuyesen exclusivamente a su persona. En el término de un mes, pasó de ser el hombre capaz de evitar la guerra civil a principios de julio a concitar un rechazo basado en hechos reales y rumores poco veraces. No importaba que hubiese llamado a los bolcheviques para atajar la amenaza Kornílovista, estos le consideraban un traidor a la revolución; acusaciones de origen judío, adulterio con una hija del zar, alcoholismo y drogadicción destruyeron su mito. La burguesía le achacaba el caos militar y económico y buscaba su fin para dar paso a una dictadura militar; el pueblo había pasado de considerarlo un héroe a verlo como un tirano lunático; los aliados occidentales preferían también una dictadura militar que mantuviese los compromisos bélicos y no tenían confianza en él. A comienzos de octubre de 1917 Kérenski era una figura tan aislada como lo había sido unos meses antes Nicolás II. La Revolución había comenzado a devorar a los hombres de febrero y a sustituirlos por los llegados del exterior entre abril y mayo.

Lenin: el líder de la Revolución de Octubre

La figura que sustituiría a Kérenski como icono revolucionario fue Lenin. Su llegada a Petrogrado el 3 de abril se había producido tras un azaroso viaje a través de la Europa en guerra. A propuesta de Sujanov, se ofreció a los alemanes el canje de exiliados rusos en Zúrich por prisioneros alemanes y austriacos en Rusia. Alemania conocía la posición de Lenin respecto a la guerra: este defendía una paz inmediata, lo que permitiría al Estado Mayor alemán trasladar las tropas del frente ruso al francés. Alcanzado el acuerdo, Lenin llegaría a Petrogrado el 3 de abril en un vagón sellado que no fue inspeccionado en todo el trayecto a través de Alemania. Tras él, vendrían otras figuras del exilio, como Dan, Mártov, Plejánov y

Trotski. Según Figes, Lenin no era una figura conocida entre las masas, con excepción de los militantes bolcheviques o los exiliados de los diferentes partidos marxistas. Había pasado 17 años fuera de Rusia, pero en marzo ya había escrito a Aleksandra Kollontái para conocer cuál era la situación política en Petrogrado y poder fijar la mejor táctica a seguir para incrementar el peso bolchevique en las nuevas instituciones. El 4 de abril presentó en el Palacio de Táuride sus Tesis de abril, que constituirían el nuevo programa de su partido en el que había dos reivindicaciones fundamentales: la toma del poder por los soviets y poner fin a la guerra. Ante un auditorio atónito, presidido por Nikolái Chjeidze, presidente del Soviet, reconocía que "Rusia era el país más libre del mundo", pero no por ello dejaba de reclamar combatir al Gobierno provisional por capitalista y porque no convocaba la Asamblea Constituyente. También dirigió sus ataques contra el resto de sus oponentes en los soviets —mencheviques, eseristas, el Bund judío, los social-populistas— por hacerse con el poder. Exponía sus ideas sobre la nacionalización de los latifundios, de la banca, de la producción y distribución y su rechazo a un régimen de democracia parlamentaria que consideraba obsoleto. En su opinión, la debilidad de la burguesía rusa justificaba que el proletariado la sustituyese en la conducción de la revolución y que esta dejase de ser democrática para convertirse en socialista, iniciándose desde Rusia una revolución mundial que consolidaría el triunfo del proletariado y el fin de la guerra imperialista. El lema "Todo el poder para los soviets" y la coincidencia con el deseo de las masas de una paz inmediata favorecieron que los bolcheviques, que eran minoritarios en Kronstadt y en los soviets de Petrogrado y Moscú en abril, pasasen a ser la fuerza a la que hubo de recurrir Kérenski para evitar la dictadura militar en agosto.

Los bolcheviques iniciaron una campaña propagandística que haría de él un icono de culto durante generaciones. Se convirtió en el guía al que los militantes debían una lealtad sin fisuras, hasta el extremo de que sus correligionarios pasaron a ser denominados leninistas por la policía y por los socialdemócratas. Lenin ejercía su liderazgo de forma autoritaria imponiendo sus puntos de vista en cuantos debates internos se suscitaban. Figes, apoyándose en Gorki y algunos de sus correligionarios, lo describe como alguien poco carismático, pero dueño de unas convicciones y capacidad de

decisión que fascinaban a su auditorio. Sus discursos, simples y repetitivos, tenían poco que ver con la brillante oratoria de Trotski, pero daba consignas fáciles de recordar y su lógica era férrea. Insistía en aquello que deseaba imponer al Comité Ejecutivo y se consideraba el dirigente idóneo para el partido y para Rusia, lo que hizo triunfar sus planteamientos entre los cuadros bolcheviques al decidir la insurrección de octubre o la firma del Tratado de Brest-Litovsk. Combinaba en el trato la persuasión y la amenaza, la reserva y el cinismo, utilizando contra el adversario la burla, que podía ser cruel y grosera. Según Lunacharski, convencido de su superioridad, se rodeaba de personas mediocres a las que dominaba con facilidad, pero no confiaba en nadie. Hill, en su hagiografía, reconoce su nula apreciación de la música porque debilita e incapacita la toma de decisiones de gran dureza (Hill, 1983: 200), siendo conocida la anécdota según la cual rechazaba escuchar la Sonata Apasionada de Beethoven "porque provoca deseos de decir cosas agradables y estúpidas, y de acariciarle la cabeza a la gente. Pero ahora hay que apalearles la cabeza, apalearles sin piedad" (Figes, 2006: 439). Y, pese a ello, este hombre intolerante y falto de compasión consiguió convencer a sus pares y a las masas; el obrerismo de su discurso y la oportuna modificación de sus planteamientos respecto al campesinado, la austeridad de su vestimenta hacían de él un redivivo Rajmetev, el héroe revolucionario de Chernyshevski.

La bolchevización de la revolución: activismo en la calle y en las trincheras

La publicación de sus Tesis en Pravda favoreció su difusión y el apoyo en fábricas, guarniciones y trincheras; mencheviques como Lunatcharski y Trotski abandonarían su ortodoxia marxista para incorporarse a las filas bolcheviques en julio y asumir que el poder debía de pasar a los soviets, sin esperar a que la burguesía completase su revolución. Ya no bastaba que el Gobierno prescindiese de kadetes y liberales para estar constituido exclusivamente por marxistas: debía de prevalecer el punto de vista del Partido Bolchevique, es decir, era el momento de la revolución

socialista. Para imponer su posición, Lenin suavizó sus exigencias en la Conferencia Panrusa del partido, que tuvo lugar entre el 9 y el 24 de abril. Sabía que sus planteamientos estaban atrayendo afiliados a sus filas a trabajadores y soldados radicalizados, poco versados en marxismo teórico, entre los cuales la acción de agitación y propaganda había surtido un gran efecto, alcanzando en mayo la mayoría en el Soviet de Moscú y en la sección obrera del de Petrogrado. El siguiente paso era considerar hasta qué punto el partido se había fortalecido para acometer una insurrección que derrocase al Gobierno. Lenin temía que el partido fuese desbordado por unas masas impacientes que en el campo habían comenzado su propia revolución. Este hecho le ayudó a imponer entre los más reacios de sus correligionarios la opción insurreccional, utilizando como ejemplo la base de Kronstadt, autoproclamada en mayo República Soviética soberana, al margen tanto del Gobierno provisional como del Soviet de Petrogrado.

En los barrios obreros, la inflación, la resistencia a la aplicación de la jornada de ocho horas y las rebajas salariales favorecían un ambiente explosivo, proclive a las huelgas y manifestaciones. El 10 de junio como demostración de la fuerza adquirida se convocó una manifestación armada contra el Gobierno provisional. El Soviet respondió con una manifestación unitaria el 18 de junio, con la intención de atenuar el activismo bolchevique. Aunque participaron todos los partidos representados en el mismo, los leninistas capitalizaron la concentración, imponiendo su lema, “Todo el poder para los soviets”. Desde el Gobierno y desde el Soviet intentaron establecer contactos para la firma de un armisticio durante la Conferencia de la II Internacional, que tuvo lugar en Estocolmo en el mes de junio, sin resultado, y Kérenski, ministro de la Guerra, en busca de una posición más ventajosa de cara a unas posibles negociaciones de paz y presionado por los aliados occidentales decidió llevar a cabo una ofensiva sobre Galitzia y Bucovina bajo el mando de Brusílov. Esta reactivación de la intervención rusa en la guerra mundial no contaba con la aprobación de una parte del Estado Mayor ruso, preocupado por la creciente indisciplina. El Comisariado, creado en el mes de marzo con el fin de mediar entre la oficialidad y la tropa para restaurar la disciplina y adoctrinar políticamente a los soldados campesinos, estaba integrado mayoritariamente por marxistas, algunos de los cuales eran

bolcheviques, actuando en ocasiones contra las directrices gubernamentales y comportándose como propagandistas de los nuevos planteamientos revolucionarios. El fracaso de la mencionada ofensiva incrementó el número de desertores y el descrédito de Kérenski, tanto en el ejército como ante los gobiernos de la Entente.

El objetivo de hacer de esta ofensiva una intervención pretendidamente revolucionaria había sido un fiasco y las visitas de Kérenski al frente para relanzar el defensismo como virtud patriótica no obtuvieron el menor resultado. Únicamente en los primeros momentos de la ofensiva, ofuscados por la euforia de los avances, se había creado el Batallón Femenino de la Muerte, promovido por María Bochkariova, una mujer que se había alistado en 1915 y había alcanzado el grado de sargento. Se trataba de motivar a los hombres que desertaban mediante el ejemplo de mujeres que ocupaban el lugar que ellos dejaban y cumplían con el deber de defender a su patria. El efecto fue el contrario porque, a los ojos de los cosacos, ellas ponían de manifiesto el desmoronamiento en que se hallaba el ejército. Solo Brusílov las incorporó a su división y, como los hombres, también ellas se retiraron desordenadamente ante la presión de las tropas austrogermanas.

En la retaguardia los pocos apoyos defensistas que pretendían una paz negociada y un régimen parlamentario procedían de las clases medias urbanas, octubristas, kadetes y algunos marxistas moderados, los cuales eran atacados violentamente desde las páginas de Pravda. Gorki y parte de la intelligentsia moderaron sus posiciones y criticaban desde Novaya Zhizn esa violencia maniquea promovida por Lenin y los bolcheviques, fracturando más aún el panorama político y social y acentuando la anarquía, aunque justificaban dicha violencia en la historia de Rusia. La retirada caótica con soldados desertores que practicaban el bandidaje para aprovisionarse, las requisas de suministros almacenados por el Gobierno que no llegaban al frente, confraternización con soldados alemanes en la que corría el vodka y hacía pensar en una próxima revolución proletaria mundial, la propaganda germana hablando de paz explicaban los motines en el frente y en la retaguardia. Se responsabilizaba al Gobierno y, personalmente, a Kérenski de la derrota.

El avance alemán a comienzos de julio había favorecido la convocatoria de una multitudinaria manifestación armada el 3 de julio; esta vez los integrantes eran proletarios y soldados y contaban ya con una milicia propia organizada —la Guardia Roja— creada por Trotski. Disparaban contra las casas burguesas que hallaban en su camino, obligaban a bajar de sus coches a los ocupantes, subiéndose a ellos para dirigirse hacia el Palacio de Táuride para exigir la dimisión del Gobierno provisional y la formación de uno soviético; al no encontrar allí al Gobierno, retornaron a sus bases, frustrados. El Partido Bolchevique negaba al día siguiente haber intervenido en la organización de dicho acto, afirmando que había sido fruto de la espontaneidad. En Lenin surgían dudas sobre el apoyo de los soviets provinciales, por lo que no se decidió a dar la orden a los marinos desplazados desde Kronstadt y a los obreros de Viborg para hacerse con el poder. Esta indecisión permitiría al Gobierno lanzar contra ellos a los cosacos, a los que los insurgentes les respondieron con sus armas. Parecía que el triunfo del proletariado estaba al alcance de la mano; en el Palacio de Táuride, Trotski tuvo que liberar a Chernov, el ministro eserista de Agricultura, de las manos de los insurrectos. Según Sujanov, el plan bolchevique no era otro que defender la revolución de la acción contrarrevolucionaria del Gobierno, pero muchos de los manifestantes consideraban que también los miembros socialdemócratas del Soviet eran contrarrevolucionarios, debiendo interceder los cuadros bolcheviques ante los más exaltados de sus correligionarios para salvar de sus iras a antiguos compañeros. La insurrección acabó sin conseguir ningún objetivo y, en un acto de rebeldía simbólica, los marinos de Kronstadt tomaron la vaciada Fortaleza Pedro y Pablo.

Reacción antibolchevique. Gobierno de Kérenski y ‘Kornílovіada’

El Gobierno respondió a la táctica insurreccional acusando a los bolcheviques de ser agentes alemanes y perceptores de fondos de la cancillería germana. Se trataba de una afirmación recogida por algunos historiadores y contemporáneos, de la que los bolcheviques negaban la veracidad. La difusión de esta noticia permitió el cierre

de Pravda y la detención de los dirigentes bolcheviques Kámenev, Zinóviev, Lunacharski, Kollontái y Trotski, mientras Lenin huía a Finlandia el 5 de julio. En el Soviet se elevaban las protestas por la represión ejercida, apoyadas en algunos casos por mencheviques que pensaban en la reunificación de las dos facciones del POSDR. El 8 de julio Lvov dimitió, pasando a ocupar el puesto de presidente del Gobierno provisional, y ministro de la Guerra, Kérenski. La resolución de la insurrección parecía colocar a Kérenski de nuevo en una situación idónea para evitar la guerra civil y recuperar el apoyo perdido. La sensación de haber conjurado su desplazamiento del poder confundió la capacidad de este político para percibir la fragilidad de su posición. El traslado de la sede gubernamental al Palacio de Invierno era, a los ojos de los trabajadores, una restauración de los modos del antiguo régimen, que reforzaba la acusación de Gobierno contrarrevolucionario. Todos los miembros del nuevo Gobierno procedían del Soviet, pero algunos mencheviques de la primera época, como Tsereteli, dimitieron, y el Soviet se trasladaba al Instituto Smolny, desde el que Lenin dirigiría la Revolución de octubre.

La polarización social era evidente: revolucionarios combatientes de febrero, como el comisario bolchevique Linde, que había dirigido a las masas en la ocupación de los arsenales era asesinado al exigir a sus soldados cumplir con su deber; Sokolov, otro dirigente soviético redactor de la carta de los derechos de los soldados, era brutalmente golpeado. Desde la derecha las milicias de los Cien Negros resurgieron para perseguir a bolcheviques y eseristas, como Chernov, que con su Reforma Agraria se convirtió en la bestia negra de los latifundistas. Kadetes y octubristas pedían que Kornílov, un general que había tenido que dimitir tras amenazar con utilizar las tropas contra los huelguistas, se hiciese con la Jefatura del Estado Mayor, paso previo al establecimiento de una dictadura militar que restaurase el orden. Le apoyaban en su objetivo empresarios, contrarios a las medidas tomadas por el ministro menchevique de Trabajo, Skóbelev. Desde los periódicos de la derecha se reclamaba endurecer la represión a los bolcheviques, clausura del Soviet y sustitución del Gobierno por un directorio militar. Ya en la Jefatura del Estado Mayor, Kornílov pedía reponer normas prerrevolucionarias, como la pena de muerte para los desertores y para los subversivos de la retaguardia o la imposición de la ley

marcial en todo el país. Consideraba a Kérenski incapacitado para restablecer el orden y gobernar, por lo que el 10 de agosto exigió a este que pusiese en práctica las medidas mencionadas más arriba y otras que acabasen con los comités de soldados, prohibiesen las huelgas y los mítines obreros bajo pena de muerte, la militarización de ferrocarriles e industria y la dispersión de aquellos regimientos más revolucionarios. El 12 de agosto, Kérenski convocó una Conferencia de Estado en Moscú con el objetivo de instaurar una república parlamentaria y reconducir la situación. Pero al entrar en la sala, Kornílov era aclamado y Kérenski era recibido con un gran silencio, haciéndose patente su debilidad. La dilación en el cumplimiento de las exigencias de Kornílov por parte de Kérenski y los rumores sobre un nuevo intento de golpe bolchevique hicieron que aquel decidiese intervenir militarmente en Petrogrado el 25 de agosto y reclamase de Kérenski la cesión del poder para instaurar la dictadura militar. Para ello contaría con grupos represivos especiales que contribuyesen a la militarización de los medios de producción y los transportes, limitándose las libertades formales, los avances en política social, aumentando la represión, tanto en el ámbito militar como en el civil. La respuesta de Kérenski fue destituir a Kornílov, a la vez que emprendía una campaña de prensa contra su intento de golpe de Estado; el 29 de agosto nombraba jefe de Estado Mayor al general Alexeev, mientras que él se puso al frente de un directorio de cinco miembros con plenos poderes. El Soviet, pese a sus reticencias ante la asunción de un poder dictatorial por Kérenski, decidió apoyar su petición de ayuda a los bolcheviques para defender la revolución, por lo que se liberó a los dirigentes que se hallaban en prisión. Desde el Smolny se organizó la movilización de Kronstadt, de los sindicatos, de los ferroviarios y, sin apenas lucha, las tropas de Kornílov fueron detenidas, confraternizando los soldados de ambos bandos. El 1 de septiembre era detenido Kornílov y encerrado en un monasterio en el que contaba con simpatías y desde el cual, más tarde, prepararía la formación de un ejército contrarrevolucionario, tras la toma del poder por los bolcheviques.

Preparativos de Octubre. El regreso de Lenin

La levedad de la pena impuesta a Kornílov defraudó a unas masas que esperaban un castigo ejemplar. La frustración y las sospechas se volvieron contra Kérenski, aumentando la indisciplina, los saqueos de las mansiones y las exigencias de una paz inmediata. Puesto que solamente los bolcheviques tenían un programa en el que la paz era un punto prioritario del mismo, el incremento de sus filas se aceleró. La soledad de Kérenski y su dependencia de los bolcheviques eran evidentes. Para los bolcheviques, la acción llevada a cabo con éxito constituyó el perfecto ensayo de una acción insurreccional que les permitiría hacerse con el poder.

Lenin, durante su exilio en Finlandia, escribió El Estado y la Revolución, en cuyo texto fijaba la estrategia para tomar el poder. Consideraba que el debilitamiento de la posición de Kérenski era el momento oportuno para que los trabajadores instaurasen la dictadura del proletariado. Toda la maquinaria del anterior régimen debería de sustituirse, salvo el aparato coercitivo, que pasaría a ser controlado por militantes bolcheviques de plena confianza; el partido ocuparía las instituciones y, a través de él, el pueblo —entendiendo por este solo trabajadores productivos— podría ejercer democráticamente el control del Estado. Una vez anuladas las clases, se prescindiría del aparato coercitivo y, consiguientemente, del Estado. Según Hill, para Lenin la progresiva desaparición del Estado de la que hablaba Marx significaba que en una sociedad de la que hubiesen sido abolidas las clases "los desacuerdos se arreglarían por la discusión racional […] e incluso desaparecería la democracia en el sentido de coacción de la mayoría sobre la minoría". Desde su llegada a Petrogrado el 10 de octubre, Lenin inició la tarea de convencer al Comité Ejecutivo de su partido de que había llegado la hora de acabar con el Gobierno provisional antes de que tuviese lugar la Conferencia de los Soviets. El propio John Reed consideraba que, en la Conferencia Panrusa de los Soviets, los campesinos mantendrían su apoyo a los eseristas. Estos datos daban argumentos a Kámenev y Zinóviev para mostrarse reticentes, llegando a ser acusados por Lenin de traidores, por lo que pediría su expulsión.

Inmediatamente se inició una labor de agitprop (agitación y

propaganda) en preparación del golpe, dirigida por Trotski, Lunacharski y Antónov-Ovséyenko. Trotski, pese a su reciente incorporación al Partido Bolchevique, se había convertido en un elemento indispensable por sus dotes organizativas y por el apoyo que ofrecía a todas las iniciativas de Lenin. Los rumores sobre una incipiente insurrección aumentaban la impaciencia de campesinos y obreros que, radicalizados, incrementaron su activismo. Los cuadros sindicales se veían desbordados a menudo por sus exigencias e incapaces de moderar sus acciones, que desembocaban, a veces, en vandalismo y ataques a técnicos, empresarios y propietarios. Soldados retornados llevaban a cabo pogromos y ocupaciones de haciendas, al tiempo que se revitalizaba el MIR donde jóvenes campesinos bolcheviques más formados desplazaban a los antiguos patriarcas.

El panorama político en la capital no era menos confuso; una eserista de prestigiosa trayectoria política como Yekaterina Breshko-Breshkóvskaya advertía a su partido desde julio de la necesidad de acabar con los bolcheviques, ya que, de no ser así, serían estos quien terminasen con ellos. La negativa de Kérenski, a causa de su dependencia de los bolcheviques desde septiembre, le impedía cualquier maniobra que le proporcionase unos aliados fiables de fuerza equivalente para equilibrar su pérdida de influencia en los soviets de Petrogrado y Moscú. Pensaba que el soporte del campesinado era suficiente, sin ser consciente del desplazamiento hacia posiciones bolcheviques que los eseristas de izquierda habían experimentado, restándole parte de su base social. Los mencheviques se habían visto reducidos a una representación testimonial en Petrogrado y solo mantenían sus posiciones en soviets provinciales. Unos y otros hablaban del mantenimiento de los compromisos internacionales, del acuerdo alcanzado para una Conferencia de los Soviets en la que, democráticamente, se optase por un Gobierno socialdemócrata en el que estuviesen representados todos los marxistas. Incluso pensaban en una reunificación del POSDR, que Mártov, su dirigente más formado políticamente, rechazaba. Se ganaba así el menosprecio de Trotski, su antiguo compañero: “Hamlet del socialismo democrático […], que es más intelectual que político; demasiado íntegro” (Figes, 2000: 521). Apreciaciones semejantes se expresaban en las innumerables reuniones que, a lo largo de septiembre y octubre,

mantuvieron los miembros del Comité Ejecutivo bolchevique. Lenin manifestaba su desprecio por la defensa del parlamentarismo realizada por sus camaradas, a la vez que reivindicaba una guerra civil como guerra revolucionaria. Insistía en que el momento de la revolución mundial había llegado, considerando Berlín la sede idónea para la nueva internacional obrera que surgiría de la insurrección general. Rechazaba esperar a la Conferencia de los Soviets para tomar una decisión, calificando dicha postura de idiotez o traición, lo que explicaría forzar el levantamiento frente a la opinión de Trotski, que temía que el Gobierno adoptase medidas represivas contra él, o que Petrogrado se entregase a los cercanos regimientos alemanes, algo que también recoge Reed como la opción preferida entre la población burguesa. Según Hill, la preocupación mayor era que el respaldo recibido de obreros y soldados no fuese suficientemente amplio y les obligase a entrar en un Gobierno de coalición en el que el Partido se diluiría en el magma del Congreso de los Soviets. Había que hacerse con el poder antes de su celebración, ya que, de esa forma, el partido controlaría el país. Su lógica argumentativa le permitió que por 10 votos contra 2 —los de Kámenev y Zinóviev— el Comité Central aceptase llevar a cabo su plan. No fue difícil revertir los apoyos de que disponía y que se optase por la inmediata insurrección armada.

Capítulo 7

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE Y LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO SOVIÉTICO

Lenin y los obreros de Petrogrado habían decidido el levantamiento, el Soviet de Petrogrado derribó al Gobierno Provisional y colocó al Congreso de los Soviets ante el hecho del golpe de Estado. Ahora había que ganarse toda la inmensa Rusia y luego el mundo entero.

John Reed,

Diez días que estremecieron

al mundo (1977: 130)

El 10 de octubre Lenin volvía a Petrogrado. Desde el primer momento dedicó todos sus esfuerzos a preparar el golpe que permitiese al Partido Bolchevique hacerse con el poder. Acudió a los escritos sobre táctica militar de Carl von Clausewitz, un teórico al que admiraba y procedió a eliminar cualquier oposición a su plan insurreccional dentro de la ejecutiva de su partido. Ayudado en su tarea organizativa por Trotski se constituyó un órgano cuya aparente misión era defender al Soviet de posibles ataques contrarrevolucionarios. Se trataba del Comité Militar Revolucionario (CMR), una entidad que había experimentado una fuerte infiltración bolchevique y cuyos dirigentes eran Trotski, Antónov-Ovséyenko y un eserista de izquierda, Pável Lazimir. En realidad era el órgano encargado de coordinar las acciones de los obreros de Viborg, los marinos de Kronstadt y los guardias rojos: las fuerzas de asalto de la insurrección. De poco sirvieron las advertencias de los socialdemócratas sobre las maniobras bolcheviques para hacerse con el poder. El propio Trotski reconocía que el CMR había servido de camuflaje para ocultar la preparación de la insurrección.

La excusa para legitimar el levantamiento fue la amenaza de traslado al frente de los regimientos más bolchevizados, lo que

produjo el amotinamiento de dichas tropas el 21 de octubre. Figes considera este hecho el primer acto revolucionario. Dos días después, el CMR, cuya sede estaba en la Fortaleza Pedro y Pablo, modificó la posición de sus cañones que fueron dirigidos contra el Palacio de Invierno, sede gubernamental en la que Kérenski, ciego al efecto causado entre la población obrera por su ocupación del mayor símbolo del poder zarista, mantenía los ritos aristocráticos.

TODO EL PODER PARA LOS BOLCHEVIQUES

El día 24 Kérenski, ante los rumores sobre un posible levantamiento bolchevique, decretó el cierre de sus periódicos mientras los delegados asistentes al II Congreso de los Soviets comenzaban a llegar a Petrogrado. El ambiente parecía favorable a la elección de un nuevo Gobierno de carácter socialista, legitimado por el Congreso, cuya apertura era al día siguiente. Pero esa misma noche, de acuerdo con el plan preestablecido, entre 25.000 y 30.000 bolcheviques consiguieron dominar los puntos clave de la ciudad. Lenin se atrincheró en el Smolny desde donde ordenaba la ocupación de telégrafos, la central telefónica, la red ferroviaria y la central eléctrica. Se trataba de tener el control absoluto de las comunicaciones de Petrogrado antes de que se iniciasen las sesiones del Congreso de los Soviets a la mañana siguiente.

La ciudad parecía tranquila, los tranvías funcionaban, los cafés y restaurantes estaban abiertos, así como el teatro Marinskii, donde se mantenían las funciones de ópera… Pero la guardia de los puentes había sido relevada por guardias rojos sin lucha y los obreros del otro lado del Neva pudieron atravesarlo sin problemas. Las tropas llamadas para contener la insurrección se habían unido a ella; los ferroviarios detenían los trenes que traían a la ciudad tropas para defender al Gobierno y las órdenes emitidas desde el Palacio de Invierno no llegaban a su destino porque el telégrafo y el teléfono estaban en manos de los insurrectos. Kérenski y algunos miembros de su gobierno estaban sitiados, defendidos por el Batallón Femenino de la Muerte, uno de jóvenes oficiales y otro de cosacos.

Tras las primeras ráfagas de los cañones del crucero Aurora y de la Fortaleza Pedro y Pablo contra el Palacio, las tropas allí acantonadas, tras una breve resistencia, abandonaron la defensa y Kérenski huyó en un coche de bandera americana. Los ministros que se hallaban en el Palacio Marinsky capitularon y escaparon de una segura detención.

El 25 de octubre, Lenin se presentaba ante el II Congreso de los Soviets para su apertura e informaba del triunfo de la insurrección. Según Ferro, los bolcheviques quedaban dueños absolutos del Congreso y conservarían el poder solo para ellos y para siempre. Carr señala como factores que favorecieron el triunfo de la insurrección la determinación de los bolcheviques a la hora de fijar la táctica para conseguir sus objetivos, la excelente preparación y disciplina de los participantes en la misma y la ausencia de medidas efectivas contra el levantamiento. Fue un golpe incruento, a diferencia de lo ocurrido en febrero, porque no hubo apenas resistencia. Figes destaca la desmoralización, incompetencia y ausencia de voluntad defensiva de los partidos gubernamentales.

La llegada de Lenin al Congreso no produjo un clamor unánime de adhesión. La vívida descripción de las intervenciones hecha por Reed pone de manifiesto las distintas posiciones que se daban cita entre los delegados de los soviets. Se manifestaron desde el principio discrepancias profundas respecto del golpe y las medidas que debían tomarse. Para sustituir al depuesto Gobierno provisional, se nombró un nuevo Gobierno: el Consejo de Comisarios del Pueblo (Sonavkorm). Inmediatamente se manifestó el primer problema al que tenían que hacer frente los bolcheviques: su número. Pese a la sobrerrepresentación urbana y a su dominio en los soviets de Petrogrado y Moscú, no tenían mayoría absoluta. Contaban con el apoyo de los eseristas de izquierda encabezados por Mariya Spiridónova, pero estos oscilaban entre la posibilidad de un Gobierno exclusivamente socialista, en el que los bolcheviques fuesen un partido más, o el apoyo incondicional al mencionado Consejo, constituido solo por bolcheviques y eseristas de izquierda. Estos últimos, al saber que no entrarían otros partidos socialistas, rechazaron las tres carteras ofrecidas. Mártov, un menchevique ampliamente respetado, defendía un Gobierno socialista unitario, propuesta apoyada por Lunacharski, un menchevique bolchevizado,

pero los delegados campesinos, eseristas moderados, mencheviques, sindicalistas, representantes del Bund judío o social-populistas, protestaron por lo que consideraban que había sido una manipulación del Congreso en beneficio de los bolcheviques, abandonando sus escaños entre abucheos, amenazas y anatemas como el lanzado por Trotski: “Miserables derrotados, vuestro papel ha concluido; marchaos a donde debéis iros: al sumidero de la historia” (Figes, 2000: 545). Se desencadenó un frenesí legislativo que reafirmase su toma del poder antes de que tuviese lugar una posible reacción opositora. Se sucedían los decretos: el de constitución del Sonavkorm como órgano ejecutivo del Congreso de los Soviets. Lenin ocuparía la presidencia, con Trotski en Exteriores, Stalin en Nacionalidades, Rýkov en Interior, Lunacharski en Educación, Miliutin en Agricultura… y una mujer al frente de Bienestar Social, Aleksandra Kollontái. Para lograr el máximo apoyo popular, Lenin procedió a dar otros decretos que cumpliesen las demandas prioritarias de la población: el de la Paz, entendida sin anexiones ni indemnizaciones y en el que se pedía a los trabajadores de las naciones beligerantes que contribuyesen con sus manifestaciones a poner fin a la guerra, y el de Reforma Agraria, inspirado en la de los eseristas. En dicho decreto, legitimaban las ocupaciones campesinas, abolían las propiedades de los terratenientes y de la Iglesia sin compensación, se mantenían la pequeña propiedad y las propiedades cosacas, a la vez que se prohibía el trabajo asalariado. Sucesivamente, se nacionalizaron las minas y la Banca, se establecía que los comités de fábrica ejerciesen el control de la producción en las empresas de más de cinco trabajadores, se anulaban todo tipo de privilegios y, a la vez que se derogaba la pena de muerte para los soldados, se restablecía para todos aquellos que participasen en disturbios, pillaje o practicasen la especulación. Con estas medidas se daba forma legal a las aspiraciones de campesinos, soldados y obreros.

DE COMPAÑEROS EN FEBRERO A ENEMIGOS EN OCTUBRE

El día 26, según Reed, Petrogrado presentaba un ambiente lleno de

confusión, aunque “La compleja rutina de la vida cotidiana […] seguía su curso”. Los ministros y diputados de la Duma que no habían sido detenidos, así como los delegados de los soviets que habían abandonado el Congreso, constituyeron un Comité de Salvación de la Patria y la Revolución que emitió un comunicado, llamando a la rebelión contra el golpe dado por los bolcheviques. Negaban la veracidad de las decisiones adoptadas para iniciar de inmediato negociaciones que pusiesen fin a la guerra e informaban que el decreto de Reforma Agraria era el elaborado por los eseristas. Izvestia denunciaba la apropiación del Congreso de los Soviets por los bolcheviques y Novaya Zhinz, criticaba el abandono de este por eseristas y mencheviques, aunque reclamaba la formación de un Gobierno socialista que dejase fuera a kadetes y liberales. Estos últimos apenas contaban con prensa que expusiese sus puntos de vista, pero en sus reuniones ironizaban acerca de la brevedad que iba a caracterizar al Sonavkorm, punto de vista compartido por Lunacharski y Gorki. Pravda servía de altavoz para difundir los decretos sobre la Paz y la Tierra y acusar de contrarrevolucionaria cualquier tipo de oposición. Aunque por poco tiempo, algunas organizaciones sindicales o profesionales se resistieron a cumplir las órdenes del Sonavkorm: el potente sindicato de los ferroviarios decidió mantener una posición equidistante entre los bolcheviques y los socialistas; los empleados del Banco Central o de los privados y los funcionarios de los ministerios practicaron un obstruccionismo que se resolvió mediante coerción armada. En paralelo a esta resistencia, el saqueo de todo aquello que simbolizase el antiguo régimen había comenzado la misma noche del 24 en el Palacio de Invierno. De sus bodegas y salones se pasó a los apartamentos y tiendas de los barrios más ricos, debiendo los propios bolcheviques tomar medidas contra un desorden que les desacreditase ante corresponsales extranjeros y población.

Del frente llegaban noticias alarmantes sobre el avance alemán, favoreciendo el traslado de la capital a Moscú. Los rumores sobre la proximidad de un ejército comandado por Kérenski que pretendía restablecer el Gobierno provisional llevaron al Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets a exigir la detención de aquel y a prohibir cualquier apoyo a su causa. La sensación de victoria experimentada en la mañana del 25 parecía desvanecerse al crecer en las salas del Smolny las voces que reclamaban un Gobierno

democrático e inclusivo de todos los socialistas, que manifestaban sus dudas sobre la viabilidad del armisticio. Pero la necesidad de recabar apoyos obligaba a ofrecer contrapartidas: autodeterminación para atraer a los nacionalistas e informe del CMR en el que, además de la abolición de la pena de muerte, se restablecía la libertad de prensa, se liberaba a los soldados y oficiales presos por delitos políticos y se anunciaba la confiscación de todos los comestibles de los almacenes privados para repartirlos entre obreros y soldados. En un ejercicio de catarsis colectiva, las soflamas sobre la extensión de la revolución a todos los países beligerantes y el canto de La Internacional sellaban una unidad que estaba lejos de ser sólida. Para asegurarse el control del nuevo Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets, de los 100 miembros que lo integraban 70 eran bolcheviques, y los 30 restantes se repartían entre representantes campesinos y de los partidos que habían abandonado el Congreso, siempre y cuando asumiesen el programa bolchevique. El primer paso para un régimen de partido único se había dado.

El 27 de octubre el Comité de Salvación había conseguido apoyo de algunos regimientos cosacos que no se habían integrado en el CMR, como el del atamán Kaledín, que inició su avance desde Novocherkask. Kérenski se encontraba a 30 kilómetros de Petrogrado, donde tropas de tierra y marinos bolcheviques se habían rendido. En la Duma municipal campesinos, eseristas y mencheviques acusaban al Sonavkorm de dictatorial a la vez que instaban a la población a hacer frente a las fuerzas contrarrevolucionarias que se aproximaban. Culpaban a los bolcheviques de ser los causantes de la incipiente guerra civil por su actividad fraccional y sectaria, pero la dinámica propaganda de los comisarios bolcheviques neutralizaba las informaciones de los socialistas moderados y nuevos contingentes de soldados llegaban a Petrogrado para reclamar La Paz y la Tierra e incorporarse a las tropas bolcheviques. La convocatoria de elecciones para la Asamblea Constituyente, fijadas para el 12 de noviembre, parecía desmentir las acusaciones de dictadura lanzadas contra Lenin y sus comisarios, aunque convocasen a la vez un nuevo Congreso de Soviets de Obreros, Campesinos y Soldados del que habían sido expulsadas gran parte de las organizaciones que habían integrado esa institución. En los días siguientes se promulgó un decreto que

prohibía cualquier periódico que incitase a desobedecer las normas del nuevo Gobierno. Se iniciaba una campaña que identificaba a cualquier opositor con un Kornílovista y Trotski emprendía una campaña coercitiva en la que por cada bolchevique muerto se cobrarían cinco contrarrevolucionarios (Reed, 1983: 212). El día 29 la orden de deponer las armas dada por Kérenski a sus tropas y la rendición de los batallones de cosacos y de los cadetes de las escuelas de oficiales permitían definitivamente al nuevo régimen proclamarse vencedor.

En Moscú la revolución se mostró en principio titubeante; durante 10 días se sucedieron las luchas callejeras y, hasta que no se consolidó el triunfo en Petrogrado, el CMR y los guardias rojos no se decidieron a ocupar las centrales de Correos y Telégrafos. Pero el conocimiento de la formación del Comité de Salvación hizo reaccionar a los bolcheviques y entre los días 28 y 29 de octubre el control de la ciudad por sus fuerzas se había restablecido. En el caso de las provincias había diferencias notables entre las ciudades más industrializadas, con mayor implantación bolchevique, y las áreas rurales, donde el peso de los eseristas y los cosacos retrasó la ocupación del poder hasta el 31 de octubre. La evolución de la bolchevización en el conjunto del país se fue consolidando, gracias a la actividad propagandística, las medidas adoptadas sobre la Paz y la Tierra, la coerción y la supresión de la prensa de los oponentes. Pero quizás el hecho más definitivo fue arrebatar el control del ferrocarril a su potente sindicato, que permitió al Ejército Rojo tomar Rostov y el sur del país, donde ya había comenzado una resistencia armada contrarrevolucionaria.

Frente al punto de vista aceptado por la historiografía rusa más ortodoxa, la Revolución de octubre no fue un hecho espontáneo como la de febrero, sino un movimiento cuidadosamente calculado y preparado en el que el disciplinado Partido Bolchevique jugaría un papel decisivo. Su carácter altamente jerarquizado y centralizado, con un liderazgo incuestionable, proporcionaba una cohesión muy útil al infiltrar las instituciones por miembros de dicho partido. Su eficacia al construir el nuevo Estado soviético fue decisiva, tal como destaca Trotski en su Historia de la Revolución Rusa.

UN NUEVO ESTADO PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

La revolución no ha de significar que la nueva clase gobierne a través de la vieja maquinaria estatal, sino, por el contrario, esta clase tiene que machacar toda esa maquinaria y dominar, gobernar a través de una maquinaria totalmente nueva.

Lenin

, L'état et la revolution (1971: 132-133)

La lucidez de Lenin, al exponer su estrategia para afianzar una victoria de apariencia frágil, queda clara en las palabras recogidas más arriba. La inestabilidad de la situación exigía una rápida construcción de nuevos aparatos de Estado que ahormasen una sociedad a la medida de los objetivos apuntados en sus escritos. El instrumento fundamental era el partido, que había puesto de manifiesto su efectividad en la ocupación del espacio social y político en fábricas, cuarteles y soviets de las áreas más industrializadas. El golpe en el Congreso Panruso de los Soviets les había proporcionado un altavoz y un poder considerables. Atendiendo al contexto de preguerra civil, aprovecharon la indecisión de los socialistas moderados para desmontar el Estado anterior y construir un nuevo régimen, en el que a los antiguos burócratas los sustituían militantes del partido. El campesinado, atento a la aplicación de la Reforma Agraria, no demandaba una Constitución que fijase normas comunes para toda la ciudadanía; les bastaba su autogobierno comunal. Los partidos liberales, despojados de prensa y atacados desde posiciones que Gorki no dudaba en calificar de revanchistas, permanecían mudos ante el avasallamiento de que eran objeto sus bases sociales.

LAS NUEVAS REPÚBLICAS

La inmensidad del territorio del antiguo Imperio de los zares se caracterizaba por la multinacionalidad. Lenin, para atraerse apoyos en áreas de mayoría no rusa, promulgó el Decreto de Autodeterminación en aquellos lugares donde los rusos eran minoritarios. Stalin, desde el Comisariado de las Nacionalidades, defendía los derechos de autonomía de esos territorios, enfrentado con Bujarin, que calificaba de burgués y reaccionario el nacionalismo. La aplicación del decreto provocó una cascada de proclamaciones independentistas: Polonia, el 3 de noviembre; Finlandia, el 23; Lituania, el 28; Letonia, el 30 de diciembre; Ucrania, el 9 de enero de 1918; Estonia, el 24 de febrero; Transcaucasia, el 22 de abril. Dichas independencias acentuaron la fragmentación del panorama político, lo que exigía de los nuevos gobernantes decisión a la hora de aplicar sin dilaciones sus planteamientos políticos. Según los historiadores soviéticos era la demostración de las convicciones antiimperialista y descentralizadora de Lenin, pero se convirtió en un problema añadido que, tan pronto se resolvió victoriosamente el enfrentamiento civil, condujo al Estado soviético a recuperar las fronteras del Imperio de los zares, centralizando la gestión de las circunscripciones a través de los cauces del partido. Para ello, se necesitaba una estructura perfectamente controlada desde arriba que, sin embargo, parecía emerger de una institución democrática: el Congreso de los Soviets. La formación del Sonavkorm procedía de un Comité Ejecutivo Central, órgano de coordinación entre congresos de los soviets, consejos democráticos en los que originariamente estaban representados todos los partidos; pronto ese Comité devendría Presidium del Soviet Supremo, integrado exclusivamente por miembros del Partido Bolchevique. Lenin había conseguido acabar con algo de lo que abominaba —el principio de soberanía parlamentaria— en beneficio del centralismo democrático, jerárquico y disciplinado, a través de los órganos del partido una vez transformados en órganos representativos y ejecutivos del Estado.

HACIA UN RÉGIMEN UNIPARTIDISTA

El siguiente paso era legitimar la infiltración masiva del partido en las instituciones. El 12 de noviembre se efectúaron las elecciones a la Asamblea Constituyente. El resultado de dichas elecciones, las primeras por sufragio universal, incluidas las mujeres, dejó en minoría a los bolcheviques, que obtuvieron un 24 por ciento frente al 38 por ciento de los eseristas, el 12 por ciento de los eseristas ucranianos, un 3 por ciento de los mencheviques, un 5 por ciento de los kadetes y el resto se repartió entre social-populistas, Bund y nacionalistas. Las primeras protestas bolcheviques cuestionando los resultados no se hicieron esperar. Señalaban que una parte del voto eserista era de su ala izquierda, alineada con ellos, por lo que trataron de posponer la apertura de la Asamblea o realizar nuevas elecciones, llevando a cabo una campaña de intimidación sobre los electores del resto de los partidos en las principales capitales. Estos convocaron una manifestación ante el Palacio de Táuride que fue tachada de contrarrevolucionaria, procediendo a la ilegalización de algunos partidos y deteniendo a dirigentes y manifestantes. Los eseristas de izquierda protestaron sin resultado, ya que por boca de Trotski se justificaba tal medida: "No hay nada inmoral en el hecho de que el proletariado acabe con una clase que se está hundiendo: es correcto" (Figes, 2000: 566). A las detenciones de kadetes siguieron las de eseristas de derecha y mencheviques, como Dan y Tsereteli, antiguos camaradas ante los que era necesario emplear métodos más contundentes que los aplicados por el CMR, que fue abolido el 5 de diciembre y sustituido el 7 por la Cheka (Comisión Extraordinaria Panrusa para la Lucha frente a la Contrarrevolución y el Sabotaje). Este fue el órgano elegido para, mediante el terror, acabar con la oposición o la mera disidencia políticas. Organismo todopoderoso al frente del cual se hallaba un antiguo prisionero de la Ojrana (policía secreta) zarista —Félix Dzerzhinski— que perfeccionó los métodos represivos padecidos durante el antiguo régimen. La Cheka gozaba de una independencia casi absoluta, ya que respondía exclusivamente ante Lenin. La arbitrariedad en el ejercicio de la represión se dirigió contra la burguesía, ampliándose poco después contra cualquier disidente. El resultado fueron prisiones llenas de gente inocente y asesinatos contra los que de nada valía la intercesión del eserista comisario de Justicia. "¿Por qué nos molestamos en tener una Comisaría de Justicia?

¡Llamémosla Comisaría para el Exterminio Social y que actúe de esa manera!", a lo que Lenin contestó: "Bien dicho. Así es exactamente como debería ser: pero no podemos decirlo" (Figes, 2000: 593). Los bolcheviques más moderados, ante el temor a ser ellos mismos objeto de persecución, optaron por el silencio y el sometimiento. Una mezcla de miedo e impotencia se impuso entre aquellos que se habían alineado en un primer momento con el bolchevismo, como Mariya Spiridónova o el propio Gorki que, abusando del aprecio de Lenin, intentaba proteger a algunos intelectuales perseguidos por la policía. Desilusionado, escribía a su pareja expresándole el desencanto de ver la revolución convertida en autocracia. Los anarquistas participantes en las acciones de octubre eran también reprimidos en aras de la naciente dictadura del proletariado. Mientras, Lenin manifestaba su rechazo de la Constituyente, en la que veía un obstáculo para la consolidación del poder soviético, por lo que apoyándose en los votos de los eseristas de izquierda exigió la clausura de la Asamblea al mismo tiempo que adelantaba el III Congreso de los Soviets al 8 de enero de 1918, al que confirieron atribuciones constituyentes. En este foro Lenin dio una Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador en la que se definía a Rusia como una República de Soviets, no reconociéndose ningún derecho a aquellos que no trabajasen en algo considerado útil. Los aspectos programáticos contenidos en este texto fueron refrendados en la primera Constitución producida por el nuevo régimen, el 10 de julio de 1918. En la misma, si bien formalmente se mantenía una división de poderes, esta no era efectiva, ya que tribunales populares, Congreso de los Soviet, Presidium del Soviet Supremo y Consejo de Comisarios del Pueblo estaban configurados por miembros del que a partir de marzo de 1918 sería el Partido Comunista, a cuya cabeza se hallaba un líder con poderes supremos.

PROLETARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

Petrogrado desde el 5 de enero era una ciudad tomada, en la que imperaba la ley marcial y cualquier protesta era reprimida por las armas. Nuevamente Gorki, en las páginas de Novaya Zhizn,

establecía un paralelismo entre los cosacos zaristas y esos guardias rojos que disparaban a quienes se manifestaban bajo banderas rojas, igual que en un febrero que parecía lejano. La más occidental de las ciudades rusas, la capital de los Romanov pero también de la Revolución de febrero a octubre, el lugar donde todos los partidos habían colaborado en la caída del zarismo, en marzo de 1918 sería sustituida por Moscú, la más rusa, las más orientalizante de los grandes núcleos urbanos. Un espacio desde el que construir una sociedad ex novo.

Las repercusiones en la vida cotidiana del proceso revolucionario no solo modificaron instituciones, sino también las actitudes y valores de las personas que vivieron esta época. Como una reacción ante las humillaciones y sometimiento padecidos durante el antiguo régimen, se recrudeció el rechazo hacia cualquier autoridad que no fuese bolchevique. A los signos de respeto les sustituyeron fórmulas que hacían patente el igualitarismo pretendido: camarada o ciudadano era la manera de dirigirse a cualquier persona. Los burgueses, considerados parásitos, habían dejado de ser el espejo en quien mirarse. A la hora de vestir, viriles chaquetones de cuero, gorra en vez de sombreros, gestos agresivos o rudos manifestaban la mayor o menor adhesión revolucionaria. La imagen y el lenguaje eran signos distintivos que clasificaban a los transeúntes y pronto se trató de ocultar la procedencia acomodada. No en vano, Lenin, en sucesivos llamamientos despojaba a los ricos y holgazanes de su humanidad tildándolos de “pulgas canallas, acomodados chinches” merecedores del fusilamiento (Figes y Kolonitskii, 2001: 234). La frustración generada en las filas revolucionarias por el empeoramiento de las condiciones de vida se atenuaba al responsabilizar de la situación a un enemigo ajeno a los trabajadores: los burgueses, los técnicos, los directivos, que pasaron de sus cómodas viviendas a limpiar las calles de basura y nieve, recibían cartillas de racionamiento de tercera, con raciones que no alcanzaban el mínimo vital y eran relegados a las habitaciones de servicio de sus apartamentos, que habían de ceder a los refugiados que fluían a Petrogrado y Moscú. Los que podían, huían hacia el sur, a Ucrania o el Kubán en los atestados trenes. En Kiev los retrató Manuel Chaves Nogales intentando restaurar algo del perdido esplendor: “Kiev, cuando llegamos de nuevo, era la ciudad más animada y alegre del mundo. […] Las calles hervían de gente bien

vestida, los mercados estaban abarrotados, los restaurantes elegantes rebosaban, […] y en cada esquina funcionaba una casa de juego" (Chaves Nogales, 2007: 116). De los que permanecieron en Petrogrado y Moscú intentando sobrevivir, vendiendo aquello que habían podido conservar después de los saqueos, Chaves Nogales ofrece una imagen bien distinta: "El comisario de la vivienda daba a los inquilinos los vales para recoger el pan […] cuatro horas haciendo de héroe en el portal; otras cuatro de plantón en la cola del pan; otras cuatro para pelear con los vecinos en las reuniones diarias del soviet de los inquilinos, y todas las horas del día y de la noche para pasar miedo. Indudablemente, era más cómodo pagar al casero" (Chaves Nogales, 2007: 88). Compartir los sufrimientos que las masas de trabajadores y campesinos habían experimentado durante siglos saciaba el resentimiento atizado desde las publicaciones bolcheviques.

Por debajo del reivindicado igualitarismo subsistía, sin embargo, un cierto sentimiento de superioridad por parte de los obreros frente a los campesinos no solo por su adscripción política eserista, sino por su resistencia a aceptar nuevas formas comunitarias ajenas a las suyas. La necesidad de incorporarlos al nuevo sistema de valores hacía que grupos de agitprop (agitación y propaganda) visitasen las aldeas en un reverdecido movimiento naródniki (populista). Se trataba de establecer sólidos lazos que ayudasen en la incipiente guerra civil que había comenzado dentro del país, en un enfrentamiento a tres bandas entre comunistas, oposición socialista y anarquista y zaristas. En el caso de los derechos humanos, había que instruir en que estos solo se entendían aplicables a los trabajadores. Conceptos como ciudadanía o pueblo adquirieron nuevos significados, restringidos en muchos casos a las masas proletarias; el sufragio universal o las cartillas de racionamiento solo eran derechos para aquellos que trabajaban en algo considerado útil por el partido. Marina Tsvetáyeva, una poeta reconocida, sobrevivía gracias a la ayuda aportada por Gorki, convertido en soporte de intelectuales marginales e, irónicamente, Manuel Chaves Nogales se preguntaba si un flamenco o una pareja de baile de salón podían ser considerados merecedores de cartilla de racionamiento o eran burgueses por llevar traje corto y frac. Se instaló la convicción de que la democracia era el gobierno de los pobres, no el régimen opuesto a la dictadura, aunque fuese la del

proletariado.

MUJERES EN LA REVOLUCIÓN: POLITICAS Y CREADORAS

Debemos crear el tipo de la mujer revolucionaria rusa […]. La Revolución francesa creó un tipo de mujer y nosotros debemos tener el nuestro.

Larisa Reisner

(Nadiezhda Mandelstam, 2012: 179)

Con el perpetuo referente de 1789, la escritora Reisner reclamaba un tipo de mujer dinámica, que, como ella, viajase en representación del nuevo Estado soviético a Alemania y Afganistán. Descendiente de académicos liberales, era una de esas mujeres que en 1914 constituían el 45 por ciento de los universitarios rusos. Publicista, combatiente durante la guerra civil, comisaria en el Estado Mayor de Moscú y activista revolucionaria en el Berlín de la República de Weimar, reclamaba en sus escritos y en sus intervenciones públicas mujeres fuertes, que supiesen utilizar su poder en beneficio de la revolución. Aunque nacida en el seno de una familia burguesa, se adscribió a la línea más obrerista del PCUS, según la cual había que proteger al pueblo de todos los males, siendo la intelectualidad uno de ellos. Por eso Nadiezhda Mandelstam se sorprendía en sus memorias de su intento de ayudar a su marido, Ósip Mandelstam, perseguido por Dzerzhinski.

Activistas y revolucionarias

Con referentes decimonónicos como la princesa María Volkonsky,

cuyas actividades filantrópicas se dirigieron a la educación de sus vecinos siberianos más humildes, no es extraño que en la trilogía de Tom Stoppard sobre la intelligentsia rusa de mediados del siglo XIX aparezcan algunas figuras femeninas que discuten sobre política con el mismo apasionamiento y capacidad argumentativa que sus amigos Herzen, Turguénev o Bakunin. Es cierto que Tolstói, Dostoyevski o Chéjov reflejan el sometimiento generalizado en el que vivían las mujeres, especialmente las campesinas, pero uno de los rasgos característicos de la Revolución rusa es la importancia que van a tener estas en el movimiento revolucionario y en los movimientos artísticos y literarios más vanguardistas con los de mujeres de países occidentales. El estallido de febrero se inició gracias una manifestación de mujeres contra la falta de abastecimiento. Durante febrero y marzo de 1917, el Gobierno de Lvov reconoció el derecho al voto de las mujeres, ejercido en los soviets, en los Congresos que estos organizaban y en la Asamblea Constituyente, cuya candidata a la presidencia fue Mariya Spiridónova; desde la cartera de Trabajo del Gobierno provisional, Skóbelev, un menchevique, decretó la igualdad salarial para hombres y mujeres y dotó de derechos específicos a estas, como en el caso del permiso de maternidad remunerado o la creación de guarderías para los hijos de las trabajadoras. Este incremento de la sensibilización ante necesidades femeninas sería la consecuencia de la presencia de las mujeres en sindicatos y organizaciones políticas donde, pese a ocupar puestos de menor relieve que los hombres, consiguieron hacerse oír en asambleas y a través de publicistas que, como Zinaída Híppius, les daban voz pública. La opinión de Aleksandra Kollontái fue muy valorada por Lenin para decidirse a volver a Petrogrado en abril de 1917; y, de nuevo, fue ella quien gracias a sus contactos e influencia le sirvió de ayuda dentro del Comité Ejecutivo del Partido Bolchevique cuando Lenin defendía llevar a cabo su revolución socialista, sin esperar a que se produjese la revolución democrático-burguesa.

En la actividad política encontramos mujeres de diversos estratos sociales: nobles, como Aleksandra Kollontái, Mariya Spiridónova, Vera Zasúlich o Vera Figner; judías cosmopolitas como Angélica Balabánova, integrante del secretariado de la Komintern y, posteriormente, adscrita al PSD italiano; de la alta burguesía como Elena Stásova o Inessa Armand, y de la intelligentsia menchevique,

como Lydia Dan; de la pequeña burguesía como Nadezhda Krúpskaya, Yekaterina Breshko-Breshkóvskaya o Fanny Kaplán; trabajadoras que se convirtieron en testigos reconocidos de los horrores de la guerra con singular precisión, como la enfermera Sofía Fedórchenko o María Bochkariova, que pasó de ser capataz de obras a fundadora de un batallón militar. Y cientos de miles de campesinas, obreras, oficinistas, estudiantes, de las que ellas eran representantes. Las más destacadas realizaron todo tipo de tareas políticas: desde acciones terroristas, como Vera Figner —asesinato de Alejandro II— y Fanny Kaplán —atentado contra Lenin—. La primera logró sobrevivir al terror soviético, mientras que Kaplán fue fusilada. Otras, como Vera Zasúlich, fundadora del grupo Emancipación del Trabajo, sirvió de correo y gestionó el secretariado dentro de la organización nihilista del XIX, evolucionando en sus muchos años de prisión y deportación, alineándose con Plejánov y los mencheviques. Mujeres cosmopolitas que salieron de sus hogares para estudiar en universidades lejanas, como Balabánova y Kollontái, permanecerían en países extranjeros en un largo exilio y, posteriormente, serían figuras destacadas en los organigramas de la III Internacional y del PCUS, respectivamente. Lidia Dan, Krúpskaya, Armand o Stásova, pertenecientes a la burguesía, desarrollarían una intensa actividad como publicistas en la prensa prerrevolucionaria —Iskra, Izvestia, La Trabajadora— o en la posterior Kommunistka, defendiendo la emancipación femenina por medio de la creación de servicios que liberasen a las mujeres de las tareas domésticas. Defensora de un humanismo socialista que llevaría al mundo progreso material y espiritual, Lydia Dan tenía sus referentes en los socialdemócratas occidentales, rechazando el bolchevismo por su autoritarismo, lo que la obligaría a exiliarse en 1922. Por el contrario, Krúpskaya, casada con Lenin, Stásova y Armand apoyarían el bolchevismo sin ningún tipo de fisuras; esta última consideraba que comunismo y liberación femenina estaban intrínsecamente unidos, dirigiendo hasta su muerte el Zhenotdel, departamento dedicado a promocionar la participación femenina en la política y a implementar políticas de género, apoyando el aborto, la lucha contra la prostitución, el aumento de la protección social de madres e hijos y un aspecto que provocaría gran controversia y rechazo entre las mujeres campesinas y obreras: el divorcio. Estas últimas pensaban que de esa forma los hombres se zafaban de sus responsabilidades

familiares.

El campo fundamental de su tarea política sería el de la Educación y el Bienestar Social, lo que no quiere decir que careciesen de una posición bien definida con respecto a otros temas, por ejemplo, la guerra. Pacifistas en Zimmerwald en 1915, no dudaron, como Spiridónova, en organizar un atentado contra el embajador alemán en el verano de 1918, al considerar humillante la Paz de Brest-Litovsk, lo que la conduciría a su reclusión en cárceles, a la deportación y al fusilamiento en 1941, siendo posteriormente rehabilitada como un referente fundamental en la difusión de la Reforma Agraria. Anteriormente había sido una figura esencial para legitimar la toma de poder por los bolcheviques en el II Congreso de los Soviets, lo que le valió la oferta de Lenin de la presidencia de dicho Congreso, que no llegó a aceptar ante la exclusión del resto de los partidos, salvo los eseristas de izquierda. Inessa Armand, por su parte, organizó la Conferencia Internacional de Mujeres contra la Guerra en 1915 y, pese a su vinculación afectiva con Lenin, con quien viviría junto a Krúpskaya, también evidenció su desacuerdo con los términos del Tratado Brest-Litovsk, al tiempo que defendió el amor libre frente a la actitud timorata de Lenin respecto a la libertad sexual. Figura de referencia junto con Kollontái en el imaginario de la liberación de las mujeres, inspiró a heroínas literarias y cinematográficas que la convirtieron en un icono de la revolución y la liberación de la mujer.

Aleksandra Kollontái fue la primera mujer en ocupar una cartera ministerial en la historia. Defensora de su libertad personal abandonó una vida convencional con marido e hija para estudiar en la Universidad de Zúrich. Desde 1905 simultaneó la actividad política con la publicitaria, participando en Zimmerwald y siendo elegida miembro del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado y nombrada, más tarde, comisaria del Pueblo para el Bienestar Social. Desde este cargo impulsó los derechos de las mujeres: permisos de maternidad, guarderías, hogares infantiles y liberación de los comportamientos femeninos en sus relaciones sexuales. En 1918, en el I Congreso Panruso de Mujeres Trabajadoras instituyó el Departamento de la Mujer con el fin de promover la participación de las mujeres en la vida pública, con especial énfasis en los proyectos sociales y educativos. Su actitud crítica ante la deriva del

régimen soviético la condujo a integrar junto con su compañero, Shliápnikov, el grupo Oposición Obrera, enfrentándose a la cúpula del PCUS al intentar dar más peso e independencia a los sindicatos. Su nombramiento como embajadora en Noruega, Suecia, México y la Sociedad de Naciones la mantuvo al margen de la depuración que sufrieron los integrantes del grupo mencionado. En sus publicaciones, como en La mujer nueva, reivindica una mujer que dirige su vida en función de sus aspiraciones y deseos, sin ataduras legales; mujeres dueñas de sus vidas, de su sexualidad, capaces de elegir quiénes serían los padres de sus hijos. En ocasiones sus propuestas fueron malinterpretadas por dirigentes y cuadros locales que acusaban a Kollontái de ser responsable de la promiscuidad acaecida tras la caída del zarismo. Un ejemplo lo proporcionó la Oficina de Amor Libre, institución que exigía a las solteras registrarse para, de acuerdo con sus características, seleccionar parejas que, según las medidas eugenésicas, engendrasen hijos para el Estado.

Educadoras de buenos comunistas

La segunda tarea de estas mujeres, altamente cualificadas y entregadas, fue ocuparse de aplicar un esquema educativo que en el que se basase la sociedad soviética. Las discusiones teóricas previas a la definición del modelo habían sido lideradas por hombres pero serían ellas quienes gestionasen su implantación.

Desde 1909 el filósofo Bogdánov, Gorki y Lunacharski formaban el grupo Vpered (Adelante) que tenía como objetivo crear escuelas para obreros donde pudiesen instruirse humanísticamente a través de cursos de historia del socialismo y literatura; también defendían la creación de escuelas infantiles donde los niños se educasen en función de las necesidades de la colectividad. En el primer caso, pronto encontraron la oposición de Lenin. Este reivindicaba la alfabetización y una enseñanza técnica y disciplinada en la que el marxismo fuese una nueva religión, basada en la solidaridad colectiva. Incluso admitía la difusión de valores capitalistas como la emulación, la competitividad, el taylorismo, con el objetivo de

vencer el atraso económico respecto a las potencias occidentales. En 1920, Alekséi Gástev, presidente del Instituto Central del Trabajo, llevó a cabo experimentos en los que se pretendía que los trabajadores actuasen maquinal e instintivamente: a golpe de silbato se entraba en la fábrica, se distribuían en sus puestos de trabajo, comenzaban su tarea y armonizaban rítmicamente los ritmos de trabajo. Incluso se proponía su clasificación alfanumérica. Era un desiderátum compartido por Bujarin y Preobrazhenski con el objetivo de crear un nuevo mundo, nuevas gentes y costumbres que actuarían con una precisión mecánica perfecta. El objetivo de Vpered parecía distorsionado y no faltaron voces críticas y satíricas como la de Zamiatin y su novela Nosotros (1920) o la de Orwell y su obra 1984. Aunque Lunacharski buscó alternativas para preservar la riqueza humanística de la llamada Edad de Plata de la cultura rusa.

Un texto de Liliana Zinóviev expuesto en el Congreso de Educación Pública de 1918 fijaba el objetivo prioritario de la escuela: se trataba de adoctrinar, junto con las organizaciones políticas infantiles y juveniles —Pioneros y Konsomol— en el colectivismo: "Los niños como la cera blanda son muy maleables y deberían ser moldeados para convertirse en buenos comunistas […]. Tenemos que rescatar a los niños de la dañina influencia familiar […]. Tenemos que nacionalizarlos […] obligar a la madre a entregar a su hijo al Estado Soviético: esa es nuestra tarea" (Figes, 2000: 808).

Desde el Comisariado de Educación, Lunacharski y Krúpskaya establecieron una Escuela Unificada del Trabajo, pública y gratuita hasta los 14 años. Trotski, por su parte, respaldaba una enseñanza no vocacional sino utilitarista, en la que los planes de estudio se subordinasen a las necesidades económicas del Estado. El modelo que prevaleció fue el de escuelas técnicas en las que se formaba a aprendices industriales entre los 9 y los 11 años, especialmente aquellos huérfanos generados por la guerra civil. Pero Lunacharski no renunciaba a su antiguo plan de convertir la cultura emergente de la revolución en un referente de las vanguardias europeas. Surgió así Proletkult, una organización que, aunque negase la supervivencia de los restos de la cultura burguesa, utilizaba sus canales habituales —universidades, teatros, salas de concierto, talleres de arte y literatura— ampliados a fábricas, sovjoses, clubes,

cafés desde los que llevaban a cabo una tarea de agitación cultural y estética que hizo de Rusia una factoría de referencia de la vanguardia literaria y artística europea. Sus propuestas experimentales chocaron pronto con el conservadurismo de Lenin y la incomprensión de la mayor parte del pueblo. Literatos de la talla de Mayakovski, Gumiliev, Ajmátova y Tsvietáieva colaboraron con las entidades soviéticas con entusiasmo o movidos por la necesidad de obtener cartillas de racionamiento. Hombres de cine como Einsenstein, Pudovkin o Vértov se aprestaron a elaborar el relato épico de la Revolución que instruyera a las masas; directores de teatro como Meyerhold y Stanislavski revolucionaron la representación escénica, pero es en el mundo de las artes plásticas donde la experimentación alcanzaría cotas más radicales y, simultáneamente, más claramente utilitaristas, y fue donde la presencia de las mujeres tuvo un peso y reconocimiento posterior equivalente al de sus compañeros.

Amazonas. A la vanguardia de la creación

La escena artística rusa, especialmente la moscovita, era extraordinariamente dinámica. Desde 1907 se sucedían las exposiciones en las que los jóvenes artistas mostraban sus obras al margen de la academia. En ellas reflejaban un conocimiento de las nuevas tendencias presentes en París, Múnich y Berlín. Simbolismo, primitivismo, fauvismo, expresionismo, cubismo y futurismo eran incorporados al lenguaje plástico de los inquietos creadores. Revistas como El Vellocino de Oro, grupos como La Sota de Diamantes o El rabo del Asno publicaban artículos en defensa de un nuevo lenguaje artístico y organizaban exhibiciones, en las que coincidían con figuras de la vanguardia internacional más reconocida: Cézanne, Matisse, Gauguin, Picasso, Braque… y Lariónov, Goncharova, Exter, Kandinsky, Malévich, Popova, entre otros.

En 1913, Natalia Goncharova inauguró en Moscú su primera exposición individual. El periodista que cubría la información resaltaba que “Lo más significativo es que el autor de las pinturas

ha resultado ser una mujer". En esa fecha aún era poco común este hecho en los círculos artísticos internacionales, pero, en Rusia, pocos años más tarde exponían tantas mujeres como hombres, aunque la crítica posterior les reservara un lugar menos destacado que a sus compañeros. Salvo Varvara Stepánova, cuya madre era una criada rural y su padre un empleado con pocos medios, el resto procedía de la aristocracia y de la burguesía. Muchas viajaron a París, donde incorporaron tanto las novedades artísticas como las actitudes de la bohemia más rompedora, uniéndolos a componentes del folclore ruso y al exotismo orientalizante, tan presentes en el arte moscovita. No se trataba de un grupo compacto, con declaraciones radicales en defensa de cambios sociales o de subversión de los roles masculino y femenino, pero llevaron a cabo un revolución callada que modificó profundamente dichos roles y la imagen tradicional de la mujer. En la biografía de Goncharova, Tsvietáieva recoge un sentir generalizado al comparar a esta y a Lariónov, su compañero: "Es él quien ha hecho de ella lo que es, sin él-ella. Sin ella-él… etcétera, y así será mientras ambos estén vivos. Lo que demuestra que son iguales" (Tsvietáieva, 2006: 109). Y, ciertamente, a medida que es reconocido como el grupo femenino más influyente en la historia del arte hasta el momento, sus integrantes femeninas han ido ganando el aprecio de la crítica y del público.

Su apoyo y colaboración con la revolución en un primer momento fue claro, pero, ante la deriva de esta, Goncharova y Alexandra Exter optaron por el exilio, junto con artistas masculinos —Lariónov, Kandinsky, Chagall, El Lisitski, entre ellos—. Otras se mantuvieron en un exilio interior, como Nadezha Udaltsova tras el fusilamiento de su marido, o malvivieron muriendo a causa de las privaciones sufridas durante la guerra civil, como Olga Rózanova o Liubov Popova. Las que se integraron en las instituciones creadas por el Comisariado de Educación y Cultura, como Sofía Dhimshits-Tolstaia o Stepánova, se mantuvieron activas, aunque su obra perdió mordiente y abandonaron todo formalismo abstracto, que pasó a ser considerado contrarrevolucionario. Quedaban atrás las investigaciones cubofuturistas y suprematistas. El arte preferido era aquel claramente utilitario y fácilmente interpretable: diseño de escenografías, vestuarios para el teatro, objetos cotidianos, textiles y carteles, muchos carteles, en los que se utilizaban los fotomontajes

al estilo de Ródchenko para transmitir claros mensajes propagandísticos y establecer un cánon definitivo de los nuevos modelos de hombres y mujeres, siempre proletarios. Desde 1918 el decreto sobre los monumentos de la república instaba a la retirada de aquellos que recordasen al zarismo para sustituirlos por otros que reflejasen el espíritu revolucionario. A los primeros nombramientos, por ejemplo de Chagall como responsable de asuntos culturales en Vítebsk, les siguieron campañas en las que se criticaba cualquier manifestación artística de carácter abstracto o fantasioso, deslizándose hacia representaciones de exaltación proletaria muy académicas. Además, desde finales de octubre de ese año el Estado tenía la exclusiva de la organización de exposiciones artísticas en las que no existiría jurado, siendo los visitantes y las autoridades quienes determinasen qué obras eran verdaderamente valiosas y servían a la difusión de la revolución. Como un residuo de las antiguas indagaciones en el lenguaje plástico, unido al carácter práctico del que se pretendía dotar a toda obra de arte, surgió el constructivismo, que pretendía llevar el arte a la vida de todos los rusos. Mayoritariamente, estas mujeres se inscribieron en esta corriente, decorando cerámica, difundiendo sus diseños al vestirse con ellos, colaborando con Tatlin y Ródchenko, que eran los máximos representantes de este ismo, plasmado en la maqueta del monumento dedicado a la III Internacional. En él, aún se mantenían las formas geométricas a las que se concedía un valor simbólico: la base, un cilindro que daba una vuelta completa en torno a un eje, para lo que empleaba un año, acogería los congresos de la Komintern; la pirámide, que giraría hasta completar una vuelta sobre sí misma en un mes y simbolizaba el Comité Ejecutivo y sería su sede; un pequeño cilindro en la cúspide girando cada día, provisto de altavoces que lanzarían consignas, albergaba el Departamento de Propaganda. Quintaesencia del arte proletario con la necesaria dosis épica —su tamaño— y fabriles —sus materiales industriales—.

Quedaba, sin embargo, la presencia de esas mujeres llenas de energía e inquietud intelectual, surgidas en un contexto considerado muy atrasado por las metrópolis occidentales. Elena Basner en La Vanguardia Rusa (1905-1925) avanza una razón que explica por qué aparecen tantas mujeres que compiten en calidad con sus colegas masculinos: fue la importancia concedida a la liberación de

las emociones en las vanguardias históricas lo que favoreció esta presencia femenina de calidad tan alta, puesta de manifiesto en la poesía, la pintura, la escultura, el diseño o el teatro. Esa era la esencia del arte moderno. No es de extrañar que el crítico Benedikt Livshits las llamase Las Amazonas, teniendo en cuenta la valentía e independencia demostradas (Basner, 1983: 76-77).

Capítulo 8

TANTA, TANTA GUERRA

Una vez conquistado el poder, el primer problema que se planteaba a los bolcheviques era conservarlo y, para ello, era preciso llevar la revolución soviética hasta el último rincón de la extensa República de los Soviets. Se trataba de un país inmerso en un estado de guerra que se prolongaría desde 1914 hasta 1921, provocando una destrucción material y unos costes humanos incalculables. El número de participantes en los sucesivos y simultáneos conflictos que tuvieron lugar en territorio ruso fue enorme, con intervenciones extranjeras en las que los antiguos aliados pasaron a ser enemigos y los antiguos enemigos se erigieron en protectores de una de las partes en conflicto; participaron ejércitos irregulares que actuaban como señores de la guerra, ocupando y abandonando amplias regiones, con la trágica consecuencia de masas de refugiados o deportados que se movían en condiciones penosas por todo el país; también se produjeron deserciones masivas que alteraban las perspectivas victoriosas de los contendientes obligándoles a modificar sus estrategias. La Primera Guerra Mundial y la guerra civil configurarían los primeros años del nuevo Gobierno soviético, su política, su economía, su acción social.

LA ANSIADA PAZ: EL TRATADO DE BREST-LITOVSK

Una demanda tan recurrente como la Reforma Agraria era la firma de un armisticio que condujese a la paz. La inestabilidad política y los sucesivos desastres en que acabaron las ofensivas rusas a lo largo de 1917 habían permitido a los ejércitos alemán y austriaco ocupar Polonia, territorios del Báltico y el suroeste de Ucrania, mientras se aproximaban a Petrogrado. Una oferta de paz inmediata satisfaría las expectativas de la población y encontraría eco en los estados mayores de los Imperios Centrales, necesitados de liberar tropas de su frente oriental para concentrarlas en el frente occidental. Pero desde el lado soviético no todos entendían la paz

de igual forma. Bujarin veía en la paz por separado una traición al proletariado internacional y pretendía que esa oferta de paz llevase aparejada una actividad propagandística que favoreciese la deseada revolución en Occidente, algo que Trotski estaba convencido que sucedería; se pretendía también una paz sin anexiones, algo difícil de imponer a los alemanes que eran conscientes de la debilidad del ejército soviético y de la fragmentación política y caos en que se hallaba sumido el Estado. Lenin sí era consciente de la frágil situación en que se encontraban e impuso su punto de vista: una paz por separado, bilateral y limitación de la revolución al territorio ruso. El 13 de noviembre de 1917, Trotski, comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores, firmaba el armisticio por el cual Rusia se comprometía a no difundir la revolución en los países firmantes. Sin embargo, Alemania se negaba a devolver los territorios ocupados en Polonia, Bielorrusia y Lituania. Paralelamente, las sucesivas independencias surgidas al calor del reconocimiento del derecho de autodeterminación favorecieron la existencia de nuevos estados, entre los que se encontraba Ucrania. Este país era una fuente de recursos muy apreciada por los alemanes y pronto lo convirtieron en un protectorado, obligando a los bolcheviques a abandonar Kiev. Exigían también la anexión de Letonia y Lituania y el respeto del resto de los territorios que se habían proclamado independientes, particularmente los del Cáucaso. El resultado fue la ruptura de las negociaciones y un fuerte debate en el seno del Comité Central del PCUS y fuera de él. Lenin impuso nuevamente su punto de vista ganando alianzas dentro del Comité —Trotski, Zinóviev, Stalin— aunque fuese tildado de traidor en los soviets y entre algunos miembros de su partido, ya que el abandono de las conversaciones y la ruptura del armisticio produjeron la reanudación del avance alemán, debiendo evacuar el Gobierno a Moscú, para instalarse definitivamente en esa ciudad. Ante semejante presión, sin contar aún con un ejército regular organizado y con una sublevación contrarrevolucionaria en el sur, no quedaba más alternativa que aceptar los durísimos términos impuestos, entre los que se incluían también compensaciones económicas. El 3 de marzo de 1918 se firmaba el Tratado de Brest-Litovsk en el que Rusia perdía Polonia, Bielorrusia, Finlandia, Estonia y Lituania, lo que traducido en pérdidas económicas y poblacionales suponía un 32 por ciento de la tierra de cultivo; un 54 por ciento de la industria; un 89 por ciento de la producción de carbón y un 34 por ciento de la población.

Alemania adquiría además ventajas empresariales y comerciales e imponía respetar el nuevo Gobierno ucraniano que había sustituido a la Rada y reintegraba las tierras nacionalizadas a los terratenientes.

A partir de ese momento, el Gobierno soviético se concentró en difundir la revolución en el interior y en acabar con los oponentes políticos y construir el nuevo Estado soviético.

LA GUERRA CIVIL (1918-1921)

Pero también el polaco pegaba tiros, mi afectuoso "pan", porque era la contrarrevolución y ahora vosotros disparáis porque sois la revolución" […] ¿Quién le dirá a Guedali dónde está la revolución y dónde la contrarrevolución.

Bábel,

Caballería Roja (2011: 51)

¡Escuchadme! ¡Hoy, a las cuatro de la madrugada, el hetman ha huido, abandonándonos vergonzosamente a nuestra suerte! […] Los que, como vosotros, fueron engañados y arrastrados a la aventura morirán como perros.

Bulgákov,

La Guardia Blanca (2014: 141)

Las citas de Isaak Bábel y Mijaíl Bulgákov aluden a la profunda sensación de desconcierto que se vivía fuera de Petrogrado o Moscú, las ciudades donde la revolución había triunfado sin apenas fisuras. Si el primero relata en sus crónicas su experiencia durante la campaña ruso-polaca, el segundo refleja los avatares sufridos por la

Ciudad —su ciudad—, Kiev, que cambió 12 veces de manos en los tres años largos que duró la guerra civil. José Laín, antiguo dirigente de las JSU españolas, resume en el prólogo la tónica dominante en esta guerra, en la que se enfrentaron múltiples combatientes de las más diversas ideologías e intereses: “La aldea que por la noche se acostaba en poder de Petliura a la mañana siguiente estaba en manos de los blancos y al atardecer eran ya los rojos los que dictaban su ley” (Laín en Bulgákov, 2014: 11).

De diciembre del 17 al verano del 18. Múltiples contendientes y escenarios

Desde el 9 de diciembre de 1917, aprovechando una revuelta cosaca en la cuenca del Don, el general Kornílov abandonó su confinamiento en el Monasterio de Bylov y, con ayuda exterior aliada, inició una aventura militar en la que ya se perfilaron los rasgos característicos compartidos por las distintas fuerzas contendientes. El Ejército Blanco estaría integrado por restos de la oficialidad y regimientos cosacos liberados de sus obligaciones tras el armisticio; las tropas estaban compuestas voluntarios más o menos forzosos, lo que favorecía las deserciones, cambios de bando e indisciplina; la desconfianza entre oficiales y soldados era frecuente, y una de las consecuencias de la falta de motivación para luchar se reflejaba en los constantes avances y retrocesos territoriales, seguidos de brutales represalias, en las que una de las peores partes la llevaban las poblaciones judías, acusadas en unos casos de ser probolcheviques y, en otros, de ser burgueses aliados de los kulaks (clase media campesina). En esta primera fase, Kornílov intentó constituir un Gobierno en Novocherkask; para ello, reunió una Duma con antiguos diputados kadetes y octubristas, entre los que se encontraban Miliukov, Lvov y Rodzianko. La rapidez con que Trotski forjó el Ejército Rojo, su capacidad de organización y el control de los ferrocarriles para trasladar tropas y pertrechos hicieron fracasar este primer intento contrarrevolucionario, cuyas unidades hubieron de refugiarse a toda prisa en las tierras cosacas del Kubán. El Ejército Rojo se había fundado a partir las milicias que integraban la Guardia Roja, más

algunos oficiales de origen campesino y obrero que se habían forjado durante la Gran Guerra, pero estas fuerzas no eran suficientes para configurar el ejército profesional capaz de enfrentarse eficazmente a los contingentes militares contrarrevolucionarios. La incorporación de militares profesionales permitió diseñar la estrategia requerida por Trotski para vencer al general Kornílov, fusilado el 13 de abril de 1918. Este éxito reafirmó sus planteamientos como los más adecuados para crear un ejército regular. En el Ejército Blanco, el mando se dividía entre los generales Denikin y Alexeev, que mantenían estrategias divergentes, lo que suponía una ventaja para el Ejército Rojo. Pero la falta de preparación logística era compartida por ambas fuerzas, que debían recurrir a las levas de campesinos para nutrir sus filas y al saqueo para aprovisionarse, utilizando de forma desmedida el terror, provocando el rechazo de la población.

Los problemas a los que se enfrentaban los blancos eran múltiples. Uno de los factores que explican sus derrotas era la ausencia de liderazgo y de coordinación estratégica. Ya en la primera fase, que se prolongaría a lo largo de 1918, se produjo una competencia entre los jefes militares, cuyos enfrentamientos personalistas conducirían al fracaso de sus ofensivas. A la pretensión del atamán Krasnov y del general Alexeev para que Denikin condujese sus tropas hacia el norte, con el fin expulsar al Ejército Rojo del área del Volga, este se negó, dirigiéndose hacia el sur, en busca del apoyo de tropas cosacas. Un segundo factor desestabilizador para conseguir un ejército regular, pese a contar con una oficialidad más profesional y leal, eran los cosacos, núcleo fundamental de sus tropas; estos luchaban por su territorio y reclamaban actuar con gran autonomía, lo que incluía no intervenir en operaciones que estuviesen demasiado alejadas de sus bases; un frente alejado de sus tierras favorecía deserciones e, incluso, cambios de alineación. La pluralidad del mando de las fuerzas contrarrevolucionarias que, frecuentemente, operaban por separado, restó eficacia a sus ataques e impedía consolidar sus avances. Trotski, por el contrario, mantenía un férreo control y un mando unificado sobre las unidades combatientes, desplazándose de un lugar a otro para mantenerse en permanente contacto con sus tropas, estando el puesto de mando en un vagón de tren. Los comisarios encargados del control de los especialistas militares —antiguos oficiales

zaristas, incorporados al Ejército Rojo para encuadrar debidamente a las milicias— vigilaban de cerca la tarea de dichos especialistas, los cuales sabían que sus familias eran rehenes ante posibles sabotajes. Esos mismos comisarios, de reconocida militancia bolchevique, cuidaban de que no hubiese retrocesos ni deserciones, no dudando en aplicar la pena de muerte.

En lo relativo al aprovisionamiento, aunque el Ejército Blanco controlaba extensas áreas agrícolas que permitían alimentar mejor a sus tropas y a las poblaciones urbanas, la práctica de las requisas les restó apoyos entre los propietarios medios, que ocultaban parte de su producción, ante la falta de seguridad que ofrecían tanto el mercado como la moneda emitida por las autoridades contrarrevolucionarias. Los campesinos más pobres veían retroceder las ventajas sociales adquiridas con la Reforma Agraria y retornar los antiguos usos autocráticos. Respecto a la producción de material bélico, los bolcheviques contaban con la mayor parte de los núcleos industriales, lo que suponía mejor equipamiento armamentístico, mientras los blancos dependían de los suministros proporcionados por los países de la Entente y, en el caso de Ucrania, de los Imperios Centrales hasta la derrota de los mismos.

El apoyo popular, en un principio, era mayor en las zonas de Gobierno soviético, gracias a las medidas de reparto de tierra llevadas a cabo, mientras que Denikin y Krasnov solo contaban con las fuerzas cosacas, enfrentadas a los bolcheviques por no haber respetado los acuerdos suscritos relativos a su autonomía y por la política de militarización de la sociedad que, con ayuda de la Cheka, había causado estragos en poblaciones muy tradicionales. Aprovechando el descontento y con ayuda de tropas alemanas y guerrillas cosacas, la ofensiva blanca lanzada entre mayo y agosto de 1918 había permitido recuperar Novocherkask de los bolcheviques, pero la incapacidad para establecer una política que preservase las conquistas sociales del año anterior generó un descontento que se tradujo en huidas de conscriptos hacia las filas bolcheviques.

Paralelamente, fuerzas armadas nacionalistas actuaban autónomamente, sin ser capaces los jefes militares blancos de establecer algún tipo de alianza estable que favoreciese su

consolidación territorial. El ejemplo más acabado se dio en Ucrania, ocupada por Alemania hasta el final de la Gran Guerra, cuando quedó sin efecto el Tratado de Brest-Litovsk, así como en las repúblicas populares o soviéticas creadas en el área del Volga, el Ural, el Cáucaso y Siberia. El 24 de diciembre de 1917 los bolcheviques ucranianos habían proclamado la República Socialista Soviética de Ucrania, pero en marzo las tropas alemanas y los nacionalistas instauraron en Kiev un Gobierno bajo protectorado germano, que se mantuvo hasta la toma de la ciudad el 15 de octubre de 1918 por Petliura, un señor de la guerra nacionalista que, más tarde, se disputaría el territorio con los bolcheviques y los anarquistas de Víctor Mahkno, con la ayuda de los polacos. Los contrarrevolucionarios blancos no se habían percatado de la necesidad de dotar de autonomía a los nacionalistas para mantener su colaboración.

El Komuch y la Legión Cheka

Después de la firma de Brest-Litovsk, los eseristas que rechazaban el Tratado formaron un Gobierno que representase la institución que consideraban legítima representante de la revolución: la Asamblea Constituyente, clausurada por los bolcheviques. Tras expulsar a estos del poder en la zona del Volga, constituyeron el Komuch —Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente— un Gobierno local desde el que pretendían restaurar en Samara el antiguo Gobierno de Kérenski. Su objetivo prioritario era el restablecimiento de la democracia y los derechos civiles; sin embargo, al dilatar o revertir la aplicación de los decretos sobre la tierra perdieron el apoyo campesino. El mantenimiento de algunas conquistas sociales llevó aparejada la inhibición de las clases medias; los kadetes también se mostraron reticentes a dar pleno apoyo a dicho Gobierno, pese a que este intentó que en el mismo estuviesen presentes todas las fuerzas democráticas antibolcheviques. Las dificultades económicas y de reclutamiento acentuaron el conservadurismo de las clases medias y los campesinos, no contando los eseristas con otro apoyo que el de la intelligentsia. Se trataba de un Gobierno extremadamente débil, al carecer de base

social, pese a haberse desplazado a Samara personalidades carismáticas como Chernov o Yekaterina Breshko-Breshkóvskaya en un intento de concitar más soporte popular. El resultado fue que el Komuch tuvo una vida breve, pese a conseguir algunos éxitos militares iniciales gracias a la intervención de la Legión Cheka. Este cuerpo militar estaba constituido por unos 34.000 hombres, desertores o prisioneros de guerra austro-húngaros, que se unieron a las tropas bolcheviques a cambio de que se les permitiese retornar a su país desde Vladivostok, en la costa del extremo oriente siberiano. Al intentar desarmarles un soviet siberiano, se sublevaron y se pusieron al servicio del Komuch. Soldados experimentados y disciplinados fueron determinantes en los avances del Komuch, ya que entre junio y agosto, además de tomar Sarátov y Samara, capturaron Kazán, donde se encontraban las reservas de oro del zar, llegando a tener bajo su control la zona occidental de Siberia y el área central del Volga y el Ural. Pero la fragmentación interna de los eseristas, su aislamiento social y político, y el abandono de los checos en agosto, hicieron que el Komuch se disolviese ese mismo mes. Su sustituto en la zona sería el Gobierno Regional Siberiano establecido en Omsk, en el que pronto destacó el almirante Kolchak que, llegado desde Manchuria en octubre, se erigió en dictador con la anuencia de la Entente. Este jefe de notable capacidad militar, pero no política, inició una campaña en la que, tras conquistar Perm, parecía imparable en su camino hacia Moscú, pero su intento de reponer las antiguas prácticas zaristas hizo fracasar su campaña.

El fin de la familia imperial

Dentro de esta fase, hay que mencionar el asesinato de la familia imperial en Ekaterimburgo. Hasta el mes de agosto de 1917, la familia de Nicolás II había estado confinada en el palacio de Tsarskoie Selo en unas condiciones que poco a poco fueron empeorando. Hasta ese momento, se habían producido contactos diplomáticos con los británicos para que se les permitiese viajar a Inglaterra, invitados por el rey Jorge V, a lo que se negó el Soviet de Petrogrado. Trasladados a Ekaterimburgo, ante el avance de la Legión Checa sobre la ciudad y el temor de que liberasen a la

familia real, Sverdlov y Lenin desde Moscú autorizaron acabar con ella en la madrugada del 16 al 17 de julio de 1918, “para no dejar bandera viviente a los blancos” (Figes, 2000: 698). Se trataba de evitar un juicio en el que hubiesen podido salvarse el zarévich o sus hermanas. De hecho, el anuncio de la muerte, con el fin de evitar cierto escándalo internacional, se refirió solo al zar, sin mencionar a sus hijos y dando pábulo a todo tipo de leyendas sobre supervivientes reales, de las que Hollywood extraería inspiración para algunos films, como en la película de Anatole Litvak, Anastasia.

Ejército Rojo, intervención extranjera y señores de la guerra (1918-1920)

La segunda fase de la guerra civil se sitúa entre finales de noviembre de 1918 y 1919. Para esa fecha, Trotski había conseguido éxitos notables en la conversión del Ejército Rojo en una formidable máquina militar. No solo había crecido numéricamente, aunque se siguiesen produciendo deserciones debido a las levas obligatorias, sino que había acabado con los comités militares, la elección de oficiales y la votación de la estrategia a seguir. Incluso Stalin había sido relevado del mando en el Cáucaso por su extralimitación en los castigos aplicados a prisioneros y civiles de las áreas conquistadas, favoreciendo una situación caótica de la administración local al fusilar a una parte considerable del funcionariado de la zona. Existía un mando único que en ese momento contaba con un amplio contingente de oficiales surgidos del proletariado y formados en las recién creadas academias militares. Estos avances enumerados se verían comprometidos por la intervención de las potencias de la Entente.

Una vez concluida la Primera Guerra Mundial, las constantes referencias de los dirigentes soviéticos a la necesidad de difundir la revolución en el resto del mundo y los intereses económicos y geopolíticos de las potencias de la Entente favorecieron una intervención directa de estas en suelo ruso. Japón veía una oportunidad para ampliar su dominio en Extremo Oriente. Estados

Unidos, Gran Bretaña y Francia consideraban a Kolchak un militar con capacidad para aglutinar las diversas fuerzas que configuraban el Ejército Blanco, por lo que aumentaron el apoyo logístico a aquel, además de abrir nuevos frentes en Vladivostok, Arcángel, el Cáucaso —Gran Bretaña— y el mar Negro —Francia—. Pero el reconocimiento político y el apoyo militar eran limitados. Estados Unidos desde finales de 1918 dejó de intervenir en Siberia, donde sus unidades habían intentado preservar el Transiberiano. La intervención de estos ejércitos expedicionarios se limitaba a preservar las líneas de extracción de materias primas y abastecimiento y hacer efectivo el cordón sanitario que aislase el Gobierno soviético del resto de Europa. Teniendo en cuenta el incremento de los suministros militares, y el apoyo dado por las potencias, Kolchak y el Gobierno siberiano pensaban que había llegado el momento de acabar con el nuevo régimen, contando con la presión desde el sur de Denikin. Pero el 28 de abril el Ejército Rojo, contra todo pronóstico y con la incorporación de tropas del Konsomol muy motivadas, de desertores de la zona blanca y reclutas obligatorios, abrió una brecha que dividió en dos el Ejército Blanco. Las causas de la fragilidad de sus líneas se hallaban en la corrupción de la retaguardia blanca, la división del mando y la irregularidad con que se recibían los suministros, por la desconfianza de las potencias, que veían cómo los pertrechos entregados aparecían en el mercado negro al poco tiempo. Las requisas y la destrucción de las industrias siberianas profundizaban el desabastecimiento, y con él los motines de obreros bolcheviques y campesinos, duramente reprimidos, provocando un trasvase de soldados al Ejército Rojo. El movimiento partisano, nacionalista y anarquista, contribuía también al desgaste de las tropas de Kolchak, al llevar a cabo acciones de sabotaje y saqueo de los convoyes que transportaban armamento, munición y bienes de todo tipo. Las represalias eran brutales, incluyendo la quema de aldeas, fusilamientos arbitrarios, toma de rehenes y secuestro de jóvenes para incorporarlos a filas. Para el mes de noviembre de 1919 la situación de Kolchak era insostenible, y tras retroceder hasta Omsk, el 4 de enero dimitió de su cargo, siendo entregado a los bolcheviques por los checos, junto con el oro tomado en Kazán, para lograr que les franqueasen el paso hasta Vladivostock y, desde allí, volver a su país. De poco había servido la ofensiva de Denikin en el Donbass y Ucrania, conquistando Odesa y Kiev. La falta de

coordinación entre las unidades de Wrangel, que desde el Cáucaso y Crimea se dirigían hacia Moscú, y las de Yudenich, que presionaban sobre Petrogrado, abrieron un frente tan amplio que fue imposible contener los ataques del Ejército Rojo, que ya contaba sus soldados por millones. Su retaguardia además no era segura, ya que los jefes militares blancos rechazaban cualquier tipo de negociación sobre las pretensiones nacionalistas de las regiones ocupadas, manteniendo un férreo centralismo al que se oponían los contigentes cosacos, ucranianos y caucásicos. Esta segunda fase terminaría también con la derrota blanca, tras haber creído por un momento que se harían con Moscú y Tula, principal arsenal soviético. La derrota llevó aparejada además el recorte de la ayuda internacional, en respuesta al saqueo practicado por los propios cuadros de la intendencia militar. Desde la retirada de Kolchak, los suministros dejaron de ser bienes comercializables y deberían pagarse en metálico o exportando materias primas. La consecuencia fue la escasez y, con ella, el aumento de los robos, el malestar popular y el aislamiento.

En la retaguardia soviética el análisis del conflicto por los dirigentes era más realista, lo que les permitía adoptar medidas más adecuadas para vigilar la producción y la sociedad, contribuyendo a realizar una campaña victoriosa. En el caso de las fábricas de armamento, se militarizó a los trabajadores para controlar la producción; ante el descontento social y el creciente apoyo a los mencheviques, no se dudó en incluir al dirigente menchevique Dan entre los activistas que visitaban los frentes o las fábricas para infundir un sentimiento revolucionario profundo, mientras que la Cheka actuaba como instrumento coercitivo. La continuidad territorial del área dominada por el Estado soviético no estaba lastrada, como en las distintas repúblicas blancas, por la distancia, las diferencias ideológicas y étnicas y la fragmentación del poder. Todos estos factores se reforzaban por el excelente uso que los bolcheviques hacían de la propaganda, convenciendo a los más críticos de que su opción era la mejor entre las muchas que luchaban por imponerse.

Derrota ‘blanca’ y una coda polaca (1919-1921)

La tercera fase de la lucha civil transcurrió desde finales de 1919 hasta comienzos de 1921. En noviembre de 1919 el ejército de Denikin, abandonado por los cosacos de Krasnov y presionado por la caballería de Budioni, se vio obligado a detener su avance sobre Moscú y a retirarse hacia el sur. Hostigado por las tropas de Petliura y Mahkno, en una desbandada caótica hacia la península de Crimea, dejaban atrás heridos y enfermos, a pesar de saber que no se hacían prisioneros. El 27 de marzo de 1920, desde este enclave, militares y civiles pugnaban por abandonar el país en los barcos aliados con destino a Constanza y Estambul. Era el último servicio rendido por Gran Bretaña y Francia que, una vez acordados los términos del Tratado de Versalles, deseaba restablecer relaciones comerciales con el Gobierno soviético, cuya victoria era cuestión de tiempo.

En un último intento, Wrangel volvió a Crimea, consciente de la necesidad de promover una política de mayor contenido social, con objeto de mantener una retaguardia más fiel que permitiese contraatacar sin temer una deserción colectiva; pero los cambios acaecidos dejaban poco espacio a la esperanza. La burocracia blanca mantenía una actitud revanchista que dificultaba la aplicación de las medidas sociales adoptadas por el que, sin duda, era el militar blanco más político. El ejército, por su parte, tras los años de lucha y constantes cambios en el transcurso de la guerra, se había convertido en una banda de salteadores y asesinos antisemitas, que concitaba pocas simpatías entre la población, inclinándose esta más hacia los anarquistas de Mahkno o los bolcheviques. Su intento de contraatacar a las guerrillas anarquistas de Mahkno, si bien detuvo la ofensiva de este, no impidió que siguiesen operando sobre el terreno en acciones de desgaste.

Un hecho que modificó la situación en la zona fue el final de la guerra ruso-polaca; la firma del armisticio permitió a Trotski desplazar a Ucrania las tropas que necesitaba para terminar de implantar un Gobierno soviético, acabando con la presencia de Mahkno, que tuvo que huir, y con los últimos restos del Ejército Blanco que, carente de apoyos internacionales, entre el 16 y el 18 de noviembre de 1920 fue evacuado a Estambul. La guerra ruso-polaca podemos considerarla el último de los grandes episodios

bélicos de la guerra civil rusa. Las independencias que a finales de 1917 y principios de 1918 se produjeron, como consecuencia del decreto de autodeterminación, constituían una parte considerable del antiguo imperio de los zares que, una vez acabada la Primera Guerra Mundial, Lenin pretendió recuperar, llevando la revolución hasta los confines del mismo. Este episodio es, por tanto, no solo un enfrentamiento de clase, sino también nacional. Polonia había sido reconocida como Estado soberano en los Tratados de Versalles y el dirigente polaco Józef Piłsudski decidió reconstruir la Polonia histórica, cuyos límites se extendían del Báltico al mar Negro. Una vez Alemania evacuó los territorios ucranianos, el nuevo jefe del Estado polaco avanzó sobre ellos llegando hasta Kiev, con la ayuda de los nacionalistas de Petliura. Los soviéticos consideraron que tal invasión debía de ser respondida con la invasión de Polonia, para lo que pusieron en marcha su maquinaria propagandística, que presentaba el enfrentamiento como una guerra de liberación nacional. El objetivo era Varsovia, donde esperaban encontrar el apoyo del proletariado, y el rápido avance hacia la capital polaca parecía dar la razón a Trotski sobre la ausencia de dificultades para recuperar esa parte del territorio que les había sido arrebatada desde Brest-Litovsk. Parecía ser el inicio de la tan esperada revolución mundial que traería consigo el reforzamiento del Estado soviético. Los levantamientos húngaro, spartakista en Berlín y en Baviera permitían pensar en un levantamiento obrero en Varsovia, que ayudaría desde dentro a las tropas soviéticas. Sin embargo, la resistencia polaca consiguió rechazar a los soviéticos, obligando a estos a solicitar un armisticio en octubre de 1920, refrendado por el Tratado de Riga de 18 de marzo de 1921, en el que se fijaban los límites entre Rusia y Polonia, vigentes en el periodo de entreguerras.

Recuperación del Cáucaso y Siberia (1920-1921)

Finalizadas las operaciones en Ucrania, había llegado el momento de ocuparse de las repúblicas surgidas en el Cáucaso y en Asia Central. En los territorios musulmanes, los bolcheviques se aprovecharon de las diferencias tribales y religiosas para sustituir

cuadros nacionalistas por cuadros bolcheviques locales, que procedieron a la sovietización, expulsando a la intelligentsia nacionalista y sustituyéndola por rusos. Esta política facilitó la posterior incorporación de las repúblicas existentes a la URSS, tras su creación en 1922. En el Cáucaso la situación era más compleja, debido a los intereses de Turquía y Gran Bretaña en la zona, así como al hecho de que Georgia sí contaba —al igual que Polonia— con todos los elementos necesarios para hacer de ella un Estado independiente: dirigentes, instituciones, historia y cultura. Su Gobierno socialdemócrata, formado por mencheviques, había recibido el reconocimiento tanto del campesinado —su reforma agraria había acabado con el latifundismo y, gracias a los bajos precios de los lotes puestos a la venta, crearon una capa de campesinos medios satisfechos— como de las clases medias, pues su política social no había prevalecido sobre la de Estado. Solo las reivindicaciones de autonomía de abjasios y ossetes, infiltrados por bolcheviques, eran un núcleo subversivo del Gobierno independiente. Las visitas de miembros de la II Internacional avalaban la existencia de este Estado socialista, pero la legalización del Partido Bolchevique y la liberación de sus activistas favorecieron una campaña de huelgas y revueltas coordinadas desde la embajada rusa, creando el clima de inestabilidad necesario para que tropas soviéticas invadiesen el país y obligasen a sus dirigentes al exilio o la clandestinidad. Las recomendaciones de Lenin de mantener una política flexible con la intelligentsia georgiana no fueron atendidas por los cuadros bolcheviques encargados de ponerla en práctica —Stalin, Kirov, Ordzhonikidze— todos ellos georgianos.

En los lejanos territorios asiáticos los jefes tribales combatían con señores de la guerra, aventureros enrolados como soldados de fortuna o antiguos oficiales zaristas, así como con algunos miembros bolcheviques locales. Pero en 1921 el Ejército Rojo se había desembarazado de las exigencias de los frentes ruso, caucásico y de Siberia occidental. A partir de ese momento, los dirigentes soviéticos locales de las repúblicas y territorios asiáticos contarían con su ayuda y la de las tropas de la Komintern, favoreciendo que a lo largo de los años veinte se diese fin a las revueltas nacionalistas. El resultado fue que, curiosamente, el único imperio que se había preservado casi íntegro después de dos guerras

era el que había sufrido una revolución.

El comunismo de guerra

El hambre era espantosa. El campo no mandaba a la ciudad ni un puñado de trigo ni una patata, y la gente perecía literalmente de hambre.

Chaves Nogales

, El Maestro Juan Martínez que estaba allí (2015: 254)

Cuando la anarquista Emma Goldman, que vivía en Estados Unidos, visitó Petrogrado en 1920, la descripción de la que había sido su ciudad coincidía con la de Chaves. El hambre, la muerte y la enfermedad se habían constituido en constantes de la vida cotidiana. Parecía haber transcurrido un siglo desde las festivas manifestaciones de marzo de 1917. Las causas de la ruina acaecida estaban directamente vinculadas a la guerra, tanto a la europea como a la civil. La destrucción de infraestructuras y la escasez de recursos energéticos propiciaron el colapso del transporte y el desabastecimiento urbano, pero también influyó la política económica adoptada. En el caso de la zona blanca se trataba de una política arbitraria y discontinua, reflejo de su propia estructura militar y de la casi total ausencia de una gestión política sistemática y previamente diseñada. Como durante los periodos bélicos del antiguo régimen, los ejércitos se abastecían sobre el terreno, dejando tras de sí saqueo y muerte. Pero en el caso soviético, sí hubo un diseño de política económica en la que los intereses civiles quedaron supeditados a las exigencias de la guerra civil. Era el modelo económico denominado comunismo de guerra. Según este modelo, la guerra fue utilizada por Lenin como el momento idóneo para llevar a cabo de forma inmediata y sin contrapartidas su programa de estatalización de la economía. Entre los objetivos se hallaba el control estatal de la producción y distribución de bienes;

la abolición del mercado; priorizar el sector industrial de bienes de equipo y material bélico sobre el sector agrario. Sin embargo, la necesidad de reactivar la producción y la productividad impulsó la aplicación del taylorismo como sistema de organización de la producción, con la finalidad de recortar la distancia entre los países occidentales y Rusia, que había visto desplomarse su producción por la escasez de combustible, materias primas y maquinaria. Incluso se profundizó en el endurecimiento de las condiciones de trabajo: los obreros se veían obligados a ir allí donde se requiriese mano de obra; a trabajar gratuitamente los sábados para cumplir con los objetivos productivos fijados; a configurar las llamadas brigadas de choque, que imprimían ritmos y horarios exhaustivos. El miedo ante una desmovilización de los soldados combatientes en la guerra civil, que favoreciese un aumento del desempleo, les hacía plegarse a las exigencias emanadas del Sonavkorm La militarización de las fábricas y la transformación de los sindicatos que convertidos en correa de transmisión y control del Gobierno sobre los obreros acabaron con la libertad laboral. Trotski destacaba la ventaja del socialismo sobre el taylorismo capitalista, en la capacidad coercitiva del Estado, que tan eficaz se había mostrado en la restauración de la disciplina y el orden en el ejército. A modo de defensa individual, los trabajadores, cuyo nivel de vida y productividad había caído muy por debajo de los previos a la Gran Guerra, compensaban sus bajos salarios y duras condiciones de trabajo con los bienes materiales sustraídos de las fábricas, practicando con ellos el trueque que les proporcionaba alimentos, difíciles de conseguir por medios monetarios. Una razón de frustración añadida fue el fin —también en este ámbito— de los comités surgidos en los primeros momentos revolucionarios.

Los campesinos experimentaron unas condiciones aún más duras. Los prejuicios ideológicos que prevalecían entre los dirigentes bolcheviques les llevaron a identificar a agricultores, que poco o nada tenían que ver con los kulaks (clase media campesina), con lo que sería la pequeña burguesía agraria. Por ello, se sometió al sector agrario a unas exacciones a las que era imposible hacer frente. Las cantidades fijadas para ser requisadas incluían el grano para replantar, condenando con ello al hambre y a la escasez a los campesinos, pero también a los obreros. La imposición como directivos de los koljoses y sovjoses de obreros bolcheviques

urbanos, en los escasamente formados para dirigir explotaciones agrarias, produjo una reducción de la producción y la productividad, debida a la toma de decisiones incorrectas. La forma de esquivar parcialmente las requisas, llevadas a cabo por patrullas insensibles ante la situación de hambruna que se sufría en el campo, era esconder el grano para replantar, lo que suponía castigos que llegaban al fusilamiento y la quema de la granja infractora. La legitimación de las acciones represivas pasaba por acusar a los campesinos de la crisis de subsistencia. Lenin, en un texto del verano del 18, los identificaba con arañas y piojos a los que había que dar muerte. Un comisario que participaban en dichas requisas manifestaba: "Se podía sentir que entre la gente de esta aldea el espíritu de la revolución había sido completamente aniquilado" (Figes, 2000: 678).

Hambre, muerte, desafección

Otro factor explicativo de la escasez y el temprano distanciamiento de las masas trabajadoras fue la corrupción. La necesidad de nutrir el Ejército Rojo, y ocupar las instituciones por el Partido Bolchevique en exclusiva, lo abrió indiscriminadamente a oportunistas que vieron en su incorporación al mismo la posibilidad de ascender socialmente, obtener privilegios derivados de su posición política o evitar posibles purgas. Este hecho desvirtuó parte de la militancia, iniciándose una fractura que se ejemplificaría en la marinería de Kronstadt, quien pasó de contribuir a la victoria bolchevique en octubre de 1917 al levantamiento en 1921. Desde 1919, la corrupción dentro del partido era un hecho conocido por Lenin, que presentó en septiembre un informe, según el cual sus cuadros participaban en el mercado negro. La paradoja era que el estraperlo ayudaba a aquellos que no tenían otro medio para subsistir que desplazarse al campo para traer algo de alimento con el que comerciar y para alimentar a aquellos que carecían hasta de las cartillas de tercera clase, pero se desprendían de los bienes que aún conservaban. Las fotos de mujeres y hombres de la burguesía vendiendo joyas, calzado y ropas por algo de pan o patatas son un testimonio del fracaso en la gestión del abastecimiento de la

población. Lenin justificaba la situación diciendo que se les "habían unido elementos impuros de la pequeña burguesía" (Figes, 2000: 745). Sin embargo, se trataba más bien de los efectos de un exceso de jerarquización en el que el jefe de un soviet local podía detener un convoy en su jurisdicción y vaciarlo en beneficio propio y de la red clientelar establecida en el área sin que existiese ningun castigo, pues resolvía la situación en su distrito. Esta situación la predijeron los eseristas, quienes advirtieron que, de llevarse a cabo el monopolio del comercio de granos por el Estado, según propuso Trotski en el Congreso de los Soviets de junio de 1918, supondría una guerra civil entre las ciudades y el campo.

Ante las protestas tanto campesinas como obreras, la decisión adoptada fue poner todo el sistema productivo bajo control exclusivo del Estado, incorporando en las fábricas a antiguos administradores mejor retribuidos, lo que sacrificaba la idea de igualdad y ausencia de privilegios. La vigilancia y represión de la Cheka evitaban cualquier atisbo de reivindicación. Asimismo, la ocupación por los dirigentes más destacados de antiguas haciendas de la nobleza y la burguesía y los servicios sanitarios y centros vacacionales especiales de que disfrutaban los cuadros ahondaron el desencanto de aquellos que habían participado desde el principio en el proceso revolucionario. Para controlar la desafección, se encargaba de los organismos de mayor contenido social a personas de total confianza, tal como hizo Lenin al situar a sus amigos ginebrinos, a su hermana Ana o a su mujer Nadedza Krúpskaya al frente de las instituciones educativas y asistenciales. En paralelo, y con métodos semejantes, Stalin tejía dentro del Orgburó una red clientelar que le permitiría hacerse con el partido a la muerte de Lenin.

El alto coste en vidas humanas —muertes por la guerra, la enfermedad, el hambre— es desconocido. Hay que tener en cuenta también las deportaciones de aquellas poblaciones que se consideraban contrarrevolucionarias y la emigración voluntaria. Pero sí se hicieron evidentes los signos de la consecuencia más trágica de la guerra y el modelo económico adoptado: la hambruna que entre 1921-1922 asoló las regiones del Volga, el Ural, el Don, Kazajistán, Ucrania y Siberia Occidental. En esas áreas, las gentes con menos recursos que querían escapar de una muerte segura

esperaban en las estaciones de ferrocarril a unos trenes que no se detenían en ellas, siguiendo órdenes emanadas de Moscú. Y allí morían. O como en las estepas bashkires, donde se practicó el canibalismo, en un intento desesperado de supervivencia que fue transversal a todas las clases sociales. Cuando en julio el Gobierno se vio obligado a reconocer la situación de desabastecimiento absoluto, Gorki inició una campaña internacional de solidaridad y ayuda a dichas regiones, pero el Gobierno mantenía una censura en los medios sobre este tema, llegando la Cheka a detener a activistas que, como la hija de Tolstói o la socialista Vera Figner, habían recaudado fondos internacionales para la adquisición de alimentos para las zonas más depauperadas. Se rechazó incluso la ayuda ofrecida por el presidente Hoover de Estados Unidos para repartir medicinas y alimentos, con la condición de que la distribución se hiciese por organizaciones independientes de los soviets. En 1922 la ARA (American Relief Administration) llegó a repartir hasta 10 millones de raciones/día, suministrando también medicinas, semillas y herramientas, al tiempo que desde el Gobierno soviético se exportaba grano para conseguir divisas con las que adquirir bienes de equipo que facilitasen una rápida industrialización. Irritado por lo que consideraba una intromisión y una forma de espionaje y subversión, Lenin suspendió estas actividades, a la vez que recomendó a Gorki que pusiese fin a sus labores de intermediación y se exiliase.

Un tercer grupo de damnificados lo constituían los huérfanos. Figes da una cifra aproximada de unos siete millones de niños, acostumbrados a vivir en la calle en durísimas condiciones de explotación. Gorki, a la cabeza de otros intelectuales, reclamaba su alfabetización e integración, pero se adoptaron otras medidas que contribuirían a forjar aquellos a los que Svetlana Aleksiévich denomina homo sovieticus. Trasladados a campos de trabajo incluso con edades inferiores a los 14 años, o enviados a fábricas como mano de obra no especializada, se convertirían en excelentes soldados, dóciles y disciplinados, que veían en las autoridades soviéticas los padres que habían perdido, dispuestos por ellas a cumplir cualquier orden con absoluta lealtad.

Jóvenes ‘konsomoles’ frente a ‘vieja guardia’. Rebelión de Kronstadt

El Komsomol era el verdadero ascensor social e instrumento de ruptura con el orden antiguo, especialmente en el campo. Los jóvenes a él asociados, que tras su paso por el Ejército Rojo se incorporarían al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), fundado el 30 de diciembre de 1921, serían una base de sustentación del poder soviético. Su rechazo de lo que había constituido su vida hasta 1917 les permitía desvincularse de aquellas generaciones que habían iniciado la revolución. Eran los más dispuestos a las requisas, a la colectivización, a acabar con la resistencia campesina y también con la vieja guardia revolucionaria de Kronstadt.

La fortaleza de Kronstadt era uno de los enclaves de mayor valor simbólico revolucionario. Participante destacado tanto en los sucesos de febrero como en los de octubre, había preservado hasta 1920 la coexistencia de anarquistas y bolcheviques; su soviet continuaba siendo electivo, de acuerdo con criterios de mérito y no de pertenencia política. Desde 1920, venían manifestando su descontento por el trato dado a los campesinos. La necesidad de estos de tener que emplearse como jornaleros en los sovjoses, ante la imposibilidad de competir sus explotaciones cooperativas con las entidades estatales, que disfrutaban de maquinaria, herramientas, semillas y canales de distribución, les hacía pensar que habían vuelto a la servidumbre y a la desigualdad. Especialmente sensibilizados ante la restricción de las libertades, los integrantes del soviet de Kronstadt, el 28 de febrero de 1921, reclamaron elecciones libres, libertad de prensa, de expresión, de reunión, cartillas de racionamiento iguales para todos los trabajadores, libertad de trabajo y cultivo en el campo: eran casi las mismas reivindicaciones que cuatro años antes habían defendido frente a las autoridades zaristas. Esta protesta suponía un golpe para la imagen de la revolución bolchevique, ya que sus héroes más destacados criticaban la política practicada. En una maniobra distractiva, desde los medios gubernamentales se aludía a que eran otros, ya que los mejores de entre los atacantes del Palacio de Invierno habrían muerto en la guerra civil; sin embargo, muchos eran veteranos, que

no dudaron en abuchear a Kalinin cuando les visitó para pedir que abandonasen sus reivindicaciones.

Inmediatamente se decidió combatirles como contrarrevolucionarios. Trotski fue enviado desde Moscú para ponerse al frente de tropas de nuevo cuño e iniciar el asalto a Kronstadt. Trotski tomó como rehenes a familiares de los amotinados y procedió a bombardear la fortaleza, mientras, por tierra, Tujachevski dirigió las tropas, tras las cuales se apostaron chekistas armados de ametralladoras para impedir cualquier duda o retroceso en el cumplimiento de las órdenes. El comité revolucionario de Kronstadt emitió un comunicado en el que explicaba las razones de su levantamiento: denunciaban la deriva autoritaria y la usurpación comunista de las instituciones a través del terror y el sometimiento del campesinado, precisando que la represión había superado la de los generales zaristas. Estas críticas hallaron algún eco en el X Congreso del PCUS por parte de la Oposición Obrera, a la que se ridiculizó por su defensa de los sindicatos. Lenin temía que cualquier facción disidente pudiese alzarse como ejemplo de una alternativa a la política del Sonavkorm.

El 17 de marzo se lanzó el último asalto sin que los marinos hubiesen logrado sumar a su causa a los muchos descontentos. Considerados contrarrevolucionarios, 500 fueron fusilados sin juicio; otros fueron prisioneros de la Cheka y deportados a campos de trabajo en el mar Blanco, destino que en muchos casos compartieron con sus familias. Unos 8.000 huyeron a Finlandia, regresando ante la promesa de una amnistía que no se cumplió y que terminó con ellos ante el pelotón de fusilamiento o en los campos de trabajo. Pero las protestas surgidas en distintos lugares de la que desde 1922 sería la URSS obligaron a modificar la política económica.

Desde 1921 la NEP —Nueva Política Económica— flexibilizaría las estructuras económicas y parte de las promesas revolucionarias se pondrían en práctica: bibliotecas, escuelas, alfabetización, hospitales, electricidad… pero el recuerdo de la represión de Kronstadt tendría un efecto demoledor en muchas de las organizaciones obreras occidentales, lo que obligaba a reactivar la

propaganda y a difundir la revolución.

Capítulo 9

LA DIFUSIÓN DE LA REVOLUCIÓN: KOMINTERN Y CINE

LA REVOLUCIÓN EN UN SOLO PAÍS: LA KOMINTERN

Mis observaciones terminaron por llevarme a la conclusión de que el Partido Comunista, la Tercera Internacional y la aún en pañales Internacional Sindical Revolucionaria eran una misma cosa. Algo así como la Trinidad cristiana […], tres personas distintas y un solo criterio verdadero: política bolchevique.

Pestaña

, Consideraciones y juicios acerca de la III Internacional (1970: 19-20)

Hemos hablado con la joven […] sobre la situación de su país; le apasiona la disciplina de su partido y habla con delectación de las exigencias de una obediencia incuestionada que les lleva a vivir para la idea sin pertenecerse.

De los Ríos

, Mi viaje a la Rusia sovietista

(2010: 32)

La situación de aislamiento internacional y guerra civil en que se hallaba sumida Rusia a comienzos de 1919 obligaba a replantearse el objetivo que Lenin consideraba indispensable para que la revolución triunfase definitivamente sobre el capitalismo: su difusión. Por sus condiciones, Rusia no se acomodaba al modelo marxista de un país revolucionario, es decir, industrializado. Ese modelo era Alemania, pero la revolución spartakista de enero de

1919 había fracasado y sus líderes comunistas —Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo— habían sido asesinados en Berlín. Poco importaba que la República de Weimar estuviese presidida por Friedrich Ebert, un socialista. Las acusaciones comunistas contra la socialdemocracia alemana y contra la II Internacional los equiparaban a políticos reaccionarios. Ante los intentos de reconstitución de la II Internacional en Berna en febrero de ese año, promovida por los socialistas más moderados, y la II Internacional y media, en la que se incluían la escisión germana del USPD y los austromarxistas, Lenin reclamaba una III Internacional bolchevizada: "La victoria completa de la revolución socialista es inimaginable en un solo país, pues requiere la más activa colaboración de algunos de los países avanzados, entre los cuales no se halla Rusia" (Kriegel, 1983: 73). Y no parecía que esa revolución fuese a producirse en un inmediato futuro. El 2 de marzo tuvo lugar la apertura del primer Congreso de la III Internacional o Komintern en Moscú, presidido por Zinóviev. El discurso de Trotski fue fundamentalmente optimista, ya que, según él, desde 1848 el capitalismo estaba en declive, lo que se basaba en las efímeras repúblicas soviéticas de Hungría y Baviera, la inestabilidad de Alemania o la bolchevización del Partido Socialista francés. El ambiente de la reunión era favorable a esa interpretación: representantes oficiales y oficiosos de unos 50 partidos comunistas, entre los que se encontraban el Partido Comunista Alemán (KDP) y el Partido Comunista Austríaco (KPO), ciudadanos de Estados Unidos, Francia, Suiza y Holanda que vivían en Moscú, además de los representantes comunistas de los soviets de las provincias rusas, creaban la ilusión de una fuerte implantación mundial. Rusia tenía urgencia por romper el cordón sanitario impuesto por las potencias y acabar con su intervención en suelo ruso y su apoyo al Ejército Blanco, para lo que era necesario contar con una organización internacional que coordinase las acciones políticas a desarrollar no solo en las fábricas o en las calles, sino también en los parlamentos. Esas acciones tendrían como objetivos influir en sus gobiernos para que cesasen en el acoso a Rusia e impedir la reconstrucción de la II Internacional mediante una actividad fraccional dentro del movimiento obrero internacional, sustituyéndola por la Komintern.

Para llevar a cabo estas tareas era necesario contar con activistas entregados a la causa. Hobsbawn los asimila a los "primeros

cristianos" por su actitud mesiánica y apocalíptica. Eran pocos pero extraordinariamente activos, entregados a su misión sin reservas, desplazándose de un país a otro para adoctrinar, establecer redes de revolucionarios profesionales, coordinar sus acciones y posiciones políticas, siempre con la finalidad última de actuar de acuerdo con los intereses rusos. Willi Münzenberg, cuyo trabajo más que en las fábricas se desarrolló en los ámbitos intelectuales, cinematográficos y artísticos, era uno de los ejemplos más acabados de dicha tipología, tal como refleja Stephen Koch en El fin de la inocencia. Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales. Y en este sentido, el éxito de las tareas de agitprop (agitación y propaganda) fue notable, ya que hicieron prevalecer la posición rusa sobre la del resto de organizaciones obreras de izquierda de distinto signo, empezando por el Partido Laborista.

A comienzos de 1920, la guerra civil era claramente favorable al Ejército Rojo y las potencias iniciaban una retirada que permitiera salvaguardar canales de conexión económica con el nuevo Estado soviético. La contrapartida era olvidarse de la subversión insurreccional en el exterior, aunque dicho acuerdo no les hiciese renunciar totalmente a su objetivo. En el contexto de la victoriosa contraofensiva rusa sobre Polonia, la guerra debía adquirir el carácter de una guerra defensiva y revolucionaria y nada mejor que convocar un segundo congreso de la Komintern.

Entre el 16 de julio y el 7 de agosto de 1920 se abrieron las sesiones en Moscú. Para esa fecha, el esperado levantamiento obrero de Varsovia no se produjo. Tampoco hubo una respuesta unánime al llamamiento soviético en los partidos comunistas y socialistas de Europa Occidental para unirse a la Komintern, por lo que los dirigentes soviéticos decidieron imponer a los representantes de dichas organizaciones obreras la aceptación de 21 condiciones que, tal como resalta en su informe ante el Comité de la CNT Angel Pestaña, su delegado en el mencionado Congreso, se resumían en: "Después de cuanto he dicho creo que toda duda acerca de la hegemonía del Partido Comunista Ruso sobre las demás organizaciones […] queda desvanecida […]; si los partidos comunistas y los sindicatos todos obedecen las órdenes de Moscú antes que nada y por encima de todo interés servían los intereses del Partido Comunista ruso" (Pestaña, 1970: 30). En el mismo

sentido se expresaba Fernando de los Ríos, representante del PSOE, junto con Daniel Anguiano, por la UGT. Este último presentó una visión más positiva respecto a las exigencias de la III Internacional, encabezando la minoría socialista escindida que se incorporaría a la Komintern, mientras la mayoría se mantendría dentro del marco de la Internacional Socialista. La razón se encontraba en la supeditación ya mencionada, pero también en la exigencia de expulsión de los socialistas más moderados y su sustitución por comunistas, incidiendo en el carácter exclusivamente comunista de la labor de agitprop (agitación y propaganda), en la combinación de acciones legales e insurreccionales, en la subordinación de los sindicatos a los intereses partidistas y, especialmente, en el reconocimiento "del carácter obligatorio de las decisiones de la Internacional Comunista, partido único mundial" (Kriegel, 1983: 77). Fernando de los Ríos, en su libro Mi viaje a la Rusia sovietista, fue más allá de la reproducción de los debates y el informe ante la ejecutiva de su partido, ya que, procurando eludir la vigilancia a que les tenían sometidos las autoridades soviéticas —a la que también hace referencia Pestaña—, realizó una descripción que poco tenía que ver con la propaganda de las sesiones congresuales, caracterizada por ser una sociedad altamente militarizada, con escasas libertades, sujeta a la permanente vigilancia policial, la delación por un aumento de la ración alimenticia, los tribunales sometidos a la Cheka, a la que De los Ríos identificaba con la Ojrana, imposibilitaban cualquier disenso público.

El resultado del Congreso fue un rechazo importante de las opciones leninistas defendidas por los anfitriones soviéticos, particularmente por parte de los representantes de las organizaciones y partidos de más fuerte afiliación. Solo los partidos socialistas francés y finlandés se adhirieron a la Komintern en su mayor parte; en Alemania, la adscripción vendría por parte del Partido Social Demócrata Independiente de Alemania (USPD) y el Partido Comunista de Alemania (KPD), pero el Partido Social Demócrata de Alemania (SPD) seguiría siendo el partido mayoritario de los trabajadores alemanes, e igualmente el PSI (Partido Socialista Italiano), el laborismo inglés, el PSOE, la UGT o la CNT. En la III Conferencia de la Komintern en 1921, el reflujo de las acciones revolucionarias comunistas en Europa era evidente. Había llegado la hora de mirar hacia Asia, donde Rusia ya poseía una base para difundir su modelo

revolucionario: la República Popular de Mongolia, establecida en julio de 1919.

En septiembre de 1920, en Bakú se celebró el I Congreso de los Pueblos de Oriente, que trataría de movilizar a las masas asiáticas en contra del dominio imperialista de las potencias, especialmente Gran Bretaña y Francia. Dicha conferencia no tuvo grandes resultados, pero sí potenció algunas ideas insurreccionales, como un posible levantamiento en la India, apoyado por Rusia desde Afganistán, sublevaciones en Indonesia en 1926, en China en 1927, descrita por André Malraux en La condición humana, la fundación del Partido Comunista de Indochina en 1930 por Ho Chi Minh. Pero la tan esperada revolución mundial no se había producido y las insurrecciones habían fracasado. Eric Hobsbawn justifica la frustración de las expectativas soviéticas por el sectarismo de la Komintern y el permanente enfrentamiento con los partidos socialistas, de quienes hizo sus principales oponentes.

La torre que Vladimir Tatlin había concebido como monumento conmemorativo de la Revolución de octubre, dentro del Programa de Propaganda Monumental auspiciado por Lenin, constituía una gran metáfora de lo expuesto en líneas anteriores, pues quedó reducida a una maqueta. Ya no elevaría su estructura de hierro y cristal sobre el Neva, ya no habría grandes pantallas ni altavoces que emitiesen imágenes y consignas sobre la revolución mundial. A partir de la segunda mitad de los años veinte se determinó que el arte fuese útil, didáctico y comprensible para las masas. Ya no tendría cabida la caracterización que Mayakovski hizo del proyecto como “el primer monumento sin barba” (Ferré y Grifol, 2011: 191). A partir de ese momento, las construcciones institucionales serían severas, monumentales… y con bigote.

Quedaban, eso sí, los extraordinarios carteles de tipografía y fotomontajes, tan atractivos y modernos, con mensajes de fácil interpretación. Y el cine, épico, heroico y formalmente revolucionario.

LA REVOLUCIÓN DE 1917 EN EL CINE

Su legitimación [del cine] se hizo por etapas. La primera, política, procede de la URSS, donde los nuevos dirigentes comunistas […] no le pedían al cine que fuera un arte sino que, al menos, sirviera para educar.

Ferro

, El cine, una visión de la Historia (2008: 7)

Se lo suplico, venga —insiste en el teléfono el representante en Moscú de la Oficina cinematográfica de Ucrania— […] venga a ver la película que nos han enviado. Nadie entenderá nada y además se llama Zvenigora.

Ferro

et al., Révoltes, Révolutions, Cinéma

(1989: 248)

Marc Ferro, además de señalar el potencial educativo y propagandístico del cine, alude al conocimiento que los poderes públicos tienen de su carácter testimonial más corrosivo, pues, pese a los intentos de manipulación del discurso, la cámara burla todas las vigilancias, revelándose como testigo de esa ocultación.

Hoy en día, según Rosenstone, el cine es a la vez instrumento didáctico y fuente historiográfica. Prestigiosas revistas universitarias como Film et Histoire o The Journal of American History dedican secciones enteras al cine y las universidades programan cursos en los que el cine da cuenta del presente y del pasado (Rosenstone, 1997: 14), especialmente si estudian la historia contemporánea. En este sentido, Peter Burke defiende que las imágenes constituyen un testimonio histórico porque reflejan aspectos de la realidad social que, a veces, quedan al margen de los textos y ayudan a transmitir la sensibilidad colectiva de una época

(Burke, 2001: 35).

De vanguardia revolucionaria a ortodoxia estalinista

Rusia, en los primeros tiempos del cinematógrafo, contaba con una pequeña industria que ya en 1914 había realizado 170 películas basadas en su historia y en obras literarias. Pero después de la Primera Guerra Mundial, dos factores hicieron del cine ruso un ejemplo de vanguardia revolucionaria: en primer lugar, la experimentación formal, que indagaba en las infinitas posibilidades del lenguaje cinematográfico y en su estética específica, derivada del montaje; el segundo factor, la temática, que tenía como objeto la transmisión directa de los acontecimientos revolucionarios que se estaban produciendo. El gran interés demostrado por Lenin, Trotski y Lunacharski por el cine, considerado un instrumento revolucionario de primer orden, modificó de forma ostensible sus condiciones de producción y su contenido. Lenin en conversaciones con Lunacharski así lo manifestaba: “Lo primero es la crónica de las informaciones, la actualidad en imágenes de acuerdo con el espíritu de los mejores periódicos soviéticos” (Delage, 1989: 107). Atendiendo a esta premisa, desde el año 18 y a lo largo de la guerra civil y de los inicios del Estado soviético se sucedieron los documentales, como El desarme de los anarquistas (1918) o La Historia de la Guerra Civil (1921), de Dziga Vértov. También se filmaron documentales de carácter económico con el fin de reflejar las conquistas de la colectivización. En general, sus autores eran nuevos cineastas, ya que aquellos vinculados a los estudios privados anteriores a 1917 tuvieron mayores dificultades para dirigir.

Según Lenin, el cine debía servir como ilustración de las conferencias científicas o técnicas y para tareas de propaganda sobre nuestro tiempo, punto de vista que compartía con Trotski. Debían de ser películas divertidas, que ofreciesen aspectos de la vida cotidiana, en las que las ideas bolcheviques se mostrasen con claridad, resaltando lo que estaba bien y lo que debía ser combatido. Lenin ordenó a Lunacharski: “Usted, que tiene fama de protector del arte, debe recordar siempre que, de todas las artes, la

más importante para nosotros es el cine", a lo que Stalin añadiría, ante la limitada aceptación de algunas de las películas experimentales producidas en los años veinte: "Puesto que el cine es el medio mayor de propaganda de masas, hemos de tomarlo en nuestras manos" (Caparrós, 1997: 204). La segunda mitad de los años veinte fue de apogeo cinematográfico; una etapa en la que el cine, aunque sometido a la tutela estalinista, experimentó un fuerte aumento en su producción tras el descenso acaecido durante la Gran Guerra, la Revolución y el comienzo de la guerra civil. La llegada de Stalin al poder en 1924, aunque limitó la experimentación formal y sometió las producciones a un patrón predeterminado de exaltación del partido, hizo que se convirtiera esa época en la edad de oro del cine soviético por su calidad, el aumento exponencial de films y salas de exhibición. La coincidencia de, entre otros, tres directores excepcionales —Vértov, Pudovkin y Einsenstein—, que gozaron al principio de cierta protección oficial, hizo del cine soviético el más vanguardista del mundo.

La revolución necesitaba un instrumento propagandístico para transmitir un relato cerrado sobre los modelos revolucionarios a seguir, y los dirigentes soviéticos vieron en el cine el dinamizador de actitudes más idóneo por la capacidad de la cámara para fascinar al espectador. Se necesitaba un relato épico y heroico, en el que las masas adquiriesen conciencia de su papel en la historia y de la necesidad de reconocer al partido como organizador de las acciones transformadoras de la sociedad. Surgieron así primero héroes colectivos —El acorazado Potemkin (1925)— y, más tarde, individuales, que entregaban su vida por la causa sin reticencias, como Tchapaiev (1934) o La Comisaria (1967), que abandona a su hijo para continuar su tarea en el Ejército Rojo. En las primeras películas la recreación de un hecho histórico, contemporáneo o no, se atenía a parámetros ideológicos prefijados, no dudando en alterar imágenes de archivo, como la desaparición de Trotski, Zinóviev, Bujarin y otros, en función del momento político de su producción. Sin embargo, se mantenía la coherencia narrativa y la verosimilitud de acuerdo con un guión aceptado por la censura. En general, la ficción se caracterizaba por un discurso didáctico que tendía a simplificar los personajes, sin dejar por ello de dotarlos de algunos rasgos psicológicos que lograsen la empatía de los espectadores. El relato cinematográfico pretendía legitimar la toma del poder

bolchevique en 1917 o reflejar las precondiciones que justificaban el estallido revolucionario. Es el caso de La Huelga (1924) de Serguéi Einsenstein, este sitúa la acción en 1912 y refleja cómo una revuelta por una reclamación puntual —el suicidio de un obrero, acusado injustamente— deriva progresivamente en un movimiento revolucionario. Técnicamente, el uso de primeros planos insertos en secuencias rodadas en plano general o medio ayudaba a caracterizar a los héroes protagonistas. En 1925 se deseaba conmemorar la revolución que había tenido lugar en 1905. Para ello se encargó a Einsenstein la realización de un film que recordase y exaltase un hecho considerado antecedente de la Gran Revolución, y el director decidió ejemplificarlo en el motín de la marinería del acorazado Potemkin, anclado en el puerto de Odesa. Einsenstein supo dotar a su obra de un aliento épico que ha hecho del film un referente del cine político; estéticamente puso en práctica sus teorías acerca del montaje y la utilización fraccionada y repetida de imágenes para construir un relato extraordinariamente dinámico y rítmico. Pero en lo relativo a la veracidad de los hechos reflejados en ella, solo es parcialmente veraz —el motín se produjo porque los oficiales trataron de obligar a los marineros a comer carne agusanada—, pero escamotea parte de lo acontecido posteriormente. Si bien fue cierto que los marineros del Potemkin recibieron apoyo de los obreros de la ciudad, fracasaron en su intento de obtener la solidaridad del resto de la flota y tuvieron que huir hacia el puerto de Constanza, en Rumanía y, desde allí, emigrar, algunos a Argentina, mientras a los retornados les esperaba la cárcel o el destierro, sin que se tenga constancia de su incorporación al POSDR. Sin embargo, el film había servido para utilizar un episodio olvidado como ejemplo de proceso revolucionario, en el que se ponía de manifiesto la resistencia colectiva ante la corrupción y dureza del régimen zarista. Esa alabanza de la colectividad y de la espontaneidad tuvo una fría acogida por parte de las autoridades, que pensaban que el partido no tenía el tratamiento que merecía. Esa espontaneidad en el levantamiento recordaba demasiado a febrero, y en 1925 la autonomía popular provocaba cierto recelo en los dirigentes. Por el contrario, tanto entre la intelligentsia rusa como en el exterior, el éxito fue enorme. Pudovkin alababa la perfecta comprensión de los factores que intervenían en la gestación de un levantamiento, así como la belleza de las imágenes. Artistas como Picasso hallarían en los planos de Einsenstein fuente de

inspiración para sus obras, como la madre que porta a su hijo muerto, ella y él unidos en un grito de dolor y expiración, que reaparecerán en el Guernica. Dicho éxito permitió la supervivencia artística del cineasta, pese a permanecer vigilado.

En 1926 el Comité Central del Partido Comunista encargó a Vsévolod Pudovkin una obra más clásica en el lenguaje narrativo empleado. Se trata de La Madre, cuyo guión se inspiraba en la novela de Máximo Gorki, la figura más preeminente de las letras rusas, aunque ya era cuestionado en las altas esferas moscovitas. El relato ofrecía una posibilidad extraordinaria de aunar drama humano individual y enseñanza práctica de cómo alguien alienado adquiría conciencia de su tarea emancipatoria a través de un partido revolucionario. Nuevamente la trama se sitúa en los años previos a la revolución, lo que sirve para mostrar la postración, el alcoholismo y la brutalidad a la que eran sometidos los obreros por el régimen zarista. La delación de la madre por querer salvar al hijo de la represión policial se presentaba como acto comprensible pero erróneo. El ejemplo del hijo revolucionario es el acicate que hace a su madre darse cuenta de su equivocación, uniéndose a los manifestantes con los que compartirá represión y muerte. También en este caso se utilizarán metáforas visuales, como el deshielo, cuyos planos se alternan en la pantalla con los de las multitudes enfrentadas a las fuerzas represoras para expresar que un tiempo nuevo, fructífero y luminoso estaba por llegar.

1927 es el año en que Einsenstein dirige Octubre, película que ha servido para fijar en el imaginario colectivo el mito de la revolución, tal como señaló Fernández Mayoralas en su conferencia "Rusia: de la Revolución al Postcomunismo. Viaje cinematográfico desde la 'aurora de una nueva era' al 'crepúsculo de las ilusiones'". El film tenía una finalidad propagandística, cuando ya Trotski había sido defenestrado por Stalin. Por ello, el organizador de la estrategia para hacerse con el poder no aparece ni es mencionado, ni siquiera cuando se hace un repaso a todo el proceso revolucionario hasta llegar a octubre. Para dotar de veracidad un acontecimiento que se quería de masas y dirigido por el Partido Bolchevique, el Gobierno puso a disposición de Einsenstein todo cuanto fuese necesario. El director recuerda en sus memorias que se utilizaron en torno a unos 100.000 extras, algunos de los cuales

habían participado en los hechos reales, y según Grigori Alexandrov, encargado junto con Einsenstein de la puesta en escena, "como la escena de la toma del Palacio era de noche y en 1927 había poca corriente eléctrica en Leningrado, se sumió en la oscuridad a casi todos los barrios de la ciudad durante varias noches, para que pudiésemos iluminar nuestro film" (Alexandrov a Sadoul en Ferro, 1989: 245). Estos hechos fueron menos masivos y sangrientos si los comparamos con las descripciones de Reed. La narración cumplía su función adoctrinadora, pero la necesidad de plasmar el heroísmo de los combatientes bolcheviques frente al afeminamiento, la frivolidad y la cobardía de sus oponentes mostraba más violencia de la que hubo. Estéticamente, su concepción barroca, de gran lirismo, llena de metáforas visuales como los planos alternos en los que Kérenski se relaciona con un pavo real o con Napoleón, tratan de transmitir un mensaje negativo sobre el dirigente, así como las escenas en que mencheviques y eseristas quedan caracterizados como traidores; la estatua del zar derribada, gracias a la repetición, prolonga su caída y la hace irreversible. La alternancia de personas en movimiento —revolucionarios— y objetos inanimados —símbolos del pasado imperial—, definitivamente derrotado, plasman el mensaje de dinamismo revolucionario frente al inmovilismo del antiguo régimen. Pero nada de esto era suficientemente didáctico a ojos de los dirigentes y de los 3.800 metros rodados se recortaron 1.600, incidiendo las críticas en el carácter caótico e incomprensible de la cinta. Ese mismo año Pudovkin rodaría El fin de San Petersburgo, una película cuyo mensaje no podría malinterpretarse ni resultar incomprensible. En este caso un campesino —aquellos a quienes debieron reeducar— llega a la ciudad para trabajar en una fábrica. Tras una postura insolidaria al darse cuenta del daño causado a un huelguista que le había ayudado, toma conciencia y se adhiere a los revolucionarios. Tras consolidar sus convicciones en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, acabaría participando en la toma del Palacio de Invierno. Este era el relato que se deseaba transmitir. Claro, comprensible y con héroes bolcheviques perfectamente identificables por los millones de jóvenes a quienes iba dirigido.

Menos del gusto estalinista fueron producciones de Lev Kulesov y Dziga Vértov por su formalismo experimental. El primero rodó Las aventuras extraordinarias de Mister West en el país de los

bolcheviques (1924), en la que hacía una sátira sobre un burgués americano de visita en la URSS, donde encuentra un país idílico, difícil de identificar con un pueblo que se hallaba aún sumido en la reconstrucción de la guerra y que apenas salía de la hambruna. Sus imágenes servirían años más tarde para que Kruschev justificase la política agraria de Stalin diciendo que, como solo veía la realidad rural que le mostraban las películas, desconocía el sufrimiento de sus gentes (Delage, 1989: 109). Vértov había tenido éxito como documentalista —fue el primero en montar largos producidos sobre la Revolución en 1918—, pero su negativa a trabajar en estudio y adaptar sus narraciones cinematográficas a convenciones teatrales, más comprensible para un público amplio, encontró un fuerte rechazo cuando en su experimental El hombre de la cámara (1928-1929) indagaba acerca de la creación de un lenguaje estrictamente cinematográfico en el que la literatura o la narración clásicas se hallaban ausentes.

Como en las artes plásticas, se imponía el realismo socialista, que coincidía con la aparición del sonoro y facilitaba la transmisión de mensajes más inequívocos. A partir de los años treinta dos novedades se impusieron: el nacionalismo y héroes individuales integrados en el partido. Se trataba de poner de manifiesto el beneficio de la disciplina sobre la espontaneidad y ahí estaba la figura del comisario de Tchapaiev (1934), de los hermanos Vasiliev, para educar y controlar al valiente guerrillero, combatiente en la guerra civil, otro tema recurrente que evitase olvidar quiénes eran los enemigos del proletariado. Es el caso de Tempestad sobre Asia (1928) de Pudovkin, en donde queda patente la explotación por los comerciantes ingleses y norteamericanos de las poblaciones asiáticas; o Arsenal (1929), de Aleksandr Dovzhenko, en la que se relatan las atrocidades cometidas por los cosacos aliados al Ejército Blanco. Tras el desplazamiento de Lunacharski de la Comisaría de Instrucción en 1929, los valores plasmados en las películas tienen cada vez más que ver con el sacrificio, la disciplina, la jerarquía, la glorificación de las familias patriarcales, la obediencia absoluta al poder central y al líder supremo. Einsenstein, pese a su proyección exterior, sería criticado en la Unión de Cineastas, reincorporándose a la dirección con una obra que alimentaba el culto al líder: Aleksandr Nevsky (1938), que establecía un paralelismo entre Nevsky y Stalin en su defensa de Rusia frente a la Orden Teutónica

o las tropas nazis. Vértov, a su vez, había montado con material de archivo Tres cantos sobre Lenin (1934), quedando la épica reservada para algunos dirigentes.

La muerte de Stalin no modificó demasiado la temática de exaltación del héroe o heroína soviéticos. En El cuarenta y uno (1956), de Gregori Cuhraj, y en La comisaria (1967), de Aleksandr Askoldov, las protagonistas femeninas que luchan en la guerra civil no dudan en anteponer su deber para con el partido a sus sentimientos. La primera, una francotiradora, se cobrará su víctima número 41 en el oficial zarista del que se ha enamorado; la segunda deja a su hijo al cuidado de otros para reunirse con la unidad militar a la que adoctrina y controla.

Revisando el pasado: el cine de la Perestroika

La revisión por parte del cine soviético de la Revolución y sus consecuencias se produjo tímidamente en los años de apertura del Glasnost y la Perestroika. Ferro cita Arrepentimiento (1984), de Tenguiz Abuladze, como el equivalente a El acorazado Potemkin en su papel de catalizador de la toma de conciencia sobre las vivencias experimentadas. Con un enfoque onírico muestra a un alcalde muerto, con rasgos de Beria, Hitler y Stalin, al que cada día desentierran para que confiese la arbitraria crueldad de su gobierno. La protagonista se pregunta: "¿Cómo pudo implantarse en nuestro país semejante locura?" (Ferro, 2008: 111). Y la respuesta no es fácil, como ponen de manifiesto las entrevistas de Svetlana Aleksiévich en El fin del "Homo sovieticus", pues aunque aparentemente cierre sus entrevistas con los Comentarios de una mujer ordinaria relativos al final del comunismo —"'Han cerrado el Partido Comunista y punto', me dijo. Nadie disparó un tiro. Lo cerraron en un abrir y cerrar de ojos. Ahora todo el mundo va por ahí diciendo que lo hemos perdido todo. Pero ¿qué he perdido yo, exactamente? Antes vivía en una casucha sin ninguna comodidad: ni agua, ni tuberías, ni gas. Y ahora, lo mismo. He trabajado honestamente toda mi vida. He trabajado como una mula, para ganar dos duros. Antes comía macarrones y patatas; y ahora, lo

mismo. Llevo el mismo abrigo que tenía bajo el poder soviético" (Aleksiévich, 2015: 637)— no ofrece contestación satisfactoria que explique la asimilación de logros y fracasos de la puesta en práctica de una utopía que, a veces, mutó en terror y tragedia.

La visión de Hollywood

El cine americano también se ha ocupado de la Revolución y sus consecuencias. En ocasiones desde una perspectiva que ironiza sobre los nuevos valores y actitudes de la sociedad soviética, como en Ninotchka (1939), de Ernst Lubitsch; otras desde el melodrama, como en la ya mencionada Anastasia (1956), de Anatole Litvak. En general, se trata de grandes frescos en los que se ofrece una visión crítica de los valores revolucionarios y el totalitarismo comunista frente a las libertades occidentales, como en Doctor Zhivago (1965), la película de David Lean basada en la obra del Nobel Pasternak. Rojos (1981), de Warren Beatty, muestra más bien la libertad de la que goza la pareja americana protagonista antes que reflejar los avatares de la Revolución. Son películas que responden a los criterios cinematográficos de Hollywood, en las que se hace hincapié en las historias personales de héroes anónimos o relevantes, como en Nicolás y Alejandra (1971), de Franklin Schaffner, donde se retrata el drama de los Romanov, humanizando a sus protagonistas. Únicamente mientras la URSS fue aliada de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial se produjeron films en los que el punto de vista respecto a la Rusia soviética era claramente positivo, adoptando incluso una perspectiva propagandística; es el caso de Misión en Moscú (1943), de Michel Curtiz, en la que la crítica se dirigía contra Trotski, recientemente asesinado, o La estrella del Norte (1944), de Lewis Milestone, que, según Marc Ferro, ofrece una imagen del país más próxima a la de un idealizado Medio Oeste que al paisaje koljosiano.

Epílogo

ALGUNAS INTERPRETACIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN DE 1917

.—¡Camaradas! [..]. Hemos emprendido ahora un camino penoso en nombre de un dios nuevo, ¡el dios de la luz y de la verdad, el dios de la razón y del bien! Nuestro objetivo final está lejos; las coronas de espinas, cerca. El que no crea en la fuerza de la verdad, el que no tenga valor para defenderla hasta la muerte, el que no confíe en sí mismo y tema los sufrimientos, ¡que se aparte de nuestro lado!

Máximo Gorki

, La madre (1972: 153)

Piensen lo que piensen algunos sobre el bolchevismo, es indiscutible que la revolución rusa constituye uno de los acontecimientos más grandes de la historia humana y la exaltación de los bolcheviques es un fenómeno de importancia mundial.

John Reed

, Diez días que estremecieron al mundo (1977: 14)

La Revolución rusa desencadenó un vasto experimento en ingeniería social, quizás el mayor de la historia de la humanidad.

Orlando Figes

, La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo (2000: 895)

Las tres citas con que se abre este breve resumen historiográfico se refieren a algunas características que definen la Revolución rusa de

1917. Historiadores de distinto signo coinciden en que fue un acontecimiento capital que ha configurado el siglo XX. Para Eric Hobsbawn, la revolución iniciaría el llamado siglo corto y la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS lo concluiría. Por su parte, historiadores como Gray o Figes hacen hincapié en el carácter mesiánico de la revolución y en su componente utópico en lo que se refiere a la creación de una nueva sociedad, constituida por hombres y mujeres que serían ejemplo del ideal revolucionario que, como expresa la cita de Gorki, tiene muchos elementos simbólicos ilustrados.

En su Historia de la Revolución rusa, Trotski consideraba el levantamiento producido en febrero un movimiento de masas que alteró hasta tal punto las estructuras políticas y sociales vigentes en la Rusia de principios del siglo XX, que hasta líderes revolucionarios como Stalin o Kropotkin reclamaron en un primer momento una mayor disciplina y ponderación en las exigencias y acciones reivindicativas. Lenin, por el contrario, consideraba una gran oportunidad el caos derivado de las primeras semanas que siguieron a los hechos de febrero, la caída del régimen zarista y la dualidad de poderes establecida entre el Gobierno provisional y el Soviet. En sus Tesis de Abril exponía su punto de vista sobre la posibilidad de sortear la fase de la revolución democrático-burguesa como paso previo a la constitución de un Estado socialista. Este planteamiento lo justificaba apoyándose en el atraso de la sociedad rusa, lo que no dejaría de causar un vivo debate en el seno tanto de la socialdemocracia más ortodoxa como del propio partido bolchevique. Muchos de sus miembros hicieron una lectura muy literal de los presupuestos de Marx y determinaron que Rusia aún no estaba preparada para el socialismo porque carecía de una burguesía suficientemente fuerte y numerosa para llevar a cabo su revolución; por su parte, las clases obrera y campesina se hallaban en un estado de postración tal que las incapacitaba para hacer la suya propia. Pero frente al temor a asumir el poder manifestado por los miembros más moderados del Soviet de Petrogrado, la frustración de las expectativas generadas en las masas tras la caída de Nicolás II provocó un aumento del descontento ante las medidas del Gobierno provisional dominado por los liberales y apoyado por socialrevolucionarios y mencheviques.

Durante el verano de 1917, la falta de iniciativa gubernamental para establecer conversaciones que concluyeran en la firma de un acuerdo de paz, así como las derrotas, el desabastecimiento de las ciudades y del frente y la ausencia de una reforma agraria que diese respuesta a las reclamaciones campesinas de tierra, supusieron el caldo de cultivo en el que la labor de agitprop (agitación y propaganda) bolchevique consiguió modificar su situación de partido minoritario en febrero para aumentar exponencialmente su afiliación entre los obreros de los grandes centros fabriles y los comités de soldados a finales de agosto. Estas eran las condiciones precisas para alcanzar el poder a las que se refiere Lenin a su vuelta de Finlandia, tras el fracaso del golpe de Kornílov y el temor a un Termidor presidido por Kérenski. A ello dedicaría toda su energía, convenciendo a correligionarios remisos para llevar a cabo un golpe de Estado antes de que se reuniera el Congreso de los Soviets, en el que los representantes bolcheviques aún eran minoritarios. De este modo, se cumpliría la consigna de Todo el poder para los soviets cuando el Partido Bolchevique contase con los resortes que le permitirían controlarlos. Trotski sostiene en su Historia de la Revolución Rusa cómo la determinación de Lenin permitió que ocho meses después de febrero, tras imponer sus tesis a los dirigentes de su partido, este se hiciese con el poder y disolviese la Asamblea Constituyente, iniciándose el experimento social al que se refiere la cita de Orlando Figes.

Los historiadores soviéticos y una buena parte de los historiadores marxistas occidentales consideran la revolución como un proceso promovido y conducido por Lenin y, en algunas situaciones puntuales, por Trotski, hasta el momento de su defenestración. Christopher Hill —en La Revolución Rusa— articula en torno a Lenin su análisis de la revolución, adoptando acríticamente el discurso académico soviético. Coincide con la historiografía liberal y marxista en considerar la Revolución rusa un proceso de consecuencias equiparables a las de la francesa, pero con un contenido social superior al de esta, lo que se confirmaría al facilitar que personas de origen muy humilde ocupasen las instituciones del Estado, dirigiéndolas con eficacia. Según Hill, la Revolución rusa constituiría un modelo para los pueblos atrasados, a los que proponía como ejemplo de eficacia la colectivización, sin reparar en los costes humanos derivados del ejercicio de la fuerza.

No podemos olvidar que, cuando el historiador redacta esta obra —1947— la URSS era uno de los países vencedores en la Segunda Guerra Mundial, competía con Estados Unidos por el dominio del mundo y el proceso de descolonización había comenzado. Su ensayo supone una reivindicación desde el marxismo de los logros del Estado soviético; para ello, se apoya en las teorías leninistas recogidas en El Estado y la Revolución y en El imperialismo, fase superior del capitalismo. En dicha exposición, el recurso a la violencia está ampliamente justificado por los logros conseguidos y por conseguir. E. H. Carr, en su obra de referencia —Historia de la Rusia Soviética— y en otras monografías, califica la revolución soviética como el primer desafío político realmente eficaz frente al capitalismo internacional y la causa de su declive. Independientemente de su exhaustivo conocimiento y profundo análisis del tema, su punto de vista también aparece lastrado por el contexto en que fue redactado: los años de alineamiento ideológico que obligaba a los intelectuales marxistas a oponer una visión altamente ideologizada a las obras producidas por la historiografía liberal.

El hipotético declive del capitalismo sostenido por Carr será revisado por Eric Hobsbawn, quien asiste al derrumbamiento de la URSS y del bloque soviético y a la profunda crisis subsiguiente que nos muestra Svetlana Aleksiévich en El fin del “Homo sovieticus”. Sin embargo, Hobsbawn resalta cómo un movimiento, en cuyos inicios sus propios dirigentes tenían serias dudas respecto a la toma del poder, consiguió desde el principio mantener los territorios del imperio de los zares, a diferencia de los antiguos imperios de preguerra, y levantar un Estado de nuevo cuño en medio del acoso y aislamiento internacional. En Los ecos de La Marsellesa, el autor expone la importancia que tuvo el modelo francés en la elaboración del imaginario revolucionario ruso. Al igual que Orlando Figes —un historiador conservador— ambos observan cómo el lenguaje, las canciones, los símbolos, la mitificación de los líderes y el culto a la personalidad, así como las actitudes políticas son adoptados en función de sus referentes franceses, con los que a menudo establecen paralelismos. Así, la Duma sería el equivalente a la Asamblea de Notables, y los diputados bolcheviques de los soviets se identificarían con los jacobinos. El terror soviético se justificaría como el intento de prevenir el bonapartismo y La Marsellesa sería el

himno más interpretado entre febrero y el verano del 17. Pero Hobsbawn no niega la existencia de un uso del terror que contribuyó a consolidar la osada toma del poder en octubre ni cómo también la Revolución soviética tuvo su Termidor que él identifica con la Nueva Política Económica (NEP).

Las visiones más críticas sobre los costes humanos y económicos que supuso la Revolución rusa proceden de historiadores liberales como Antonio Fernández, que pone de manifiesto el hecho de que la falta de libertad política denunciada por el memorialismo de los exiliados, así como las miserables condiciones de vida sufridas por la población suponen una paradoja: la revolución es un levantamiento contra la autocracia zarista que continuará en la autocracia soviética del régimen de partido único, caracterizado por la falta de libertad política, hecho que también Hobsbawn reconoce. Historiadores como Mazower, Gray o Figes revisan algunos aspectos tratados superficialmente por la historia canónica, aportando su punto de vista al estado de la cuestión. Nuevamente, el contexto contribuye a esta revisión: la apertura de archivos, la obligada crítica de las posiciones mantenidas por los intelectuales marxistas occidentales, el reconocimiento de la realidad de las purgas en el seno del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), las deportaciones y gulags son puestos en perspectiva en el complejo fresco que constituye el proceso revolucionario ruso.

Mazower en Dark Continent. Europe's twentieth century destaca que, en un primer momento, la Revolución reivindicó procesos propios de la democracia liberal —libertad, igualdad, fraternidad, se hallan entre sus exigencias— y sus enemigos declarados son los Romanov. La llegada de Lenin a Petrogrado y su activismo político modificaría profundamente el papel del Partido Bolchevique, que inició una denuncia sistemática del anacronismo que suponía permanecer anclados a tales reivindicaciones. Sus planteamientos encontraron eco entre los trabajadores urbanos y los soldados porque los políticos liberales que dominaban el Gobierno provisional no eran capaces de percibir que las peticiones que las masas manifestaban en la calle no se referían a libertades formales, sino a objetivos más tangibles, que mejorasen sus precarias condiciones de vida. Y esto es lo que Lenin captó desde el primer momento y valoró como una ventaja: las instituciones democráticas

surgidas en febrero se mostraban poco eficientes a la hora de cumplir las expectativas creadas. La adopción de medidas expeditivas que permitiesen la ocupación de las instituciones por los bolcheviques y la dirección unipersonal del Estado eran perfectamente factibles, y en ello radica el germen de la autocracia bolchevique que tanto Mazower como Gray o Figes fijan con anterioridad a la llegada de Stalin al poder.

Una vez ocupado el poder, el objetivo último es hacer del Estado la fábrica de una nueva sociedad, que respondería al ideal soviético preconizado por Trotski en Literatura y Revolución; en esta obra no solo habla de los cambios acaecidos en la sociedad tras la llegada del comunismo, sino de la alteración de la naturaleza humana que alcanzaría cotas inéditas de sabiduría: seres mejores, más sabios, más sutiles, más fuertes y de voz más musical (Gray, 2007: 40). Desde fecha temprana (1921) se creó la Oficina Eugenésica dedicada a investigar cómo conseguir ese nuevo homo sovieticus. La difusión del culto al cuerpo a través de los fotomontajes de Ródchenko y sus compañeros vanguardistas y las demostraciones calisténicas ponen de manifiesto el éxito alcanzado en lo que se refiere a una sociedad de masas indiferenciadas y militarizadas, que actúan como un todo. Esta imagen triunfante y moderna, llena de vigor revolucionario es el icono de un proceso que omite los sacrificios que han de hacer las personas para alcanzar un bien supremo en un futuro. Fascinados por esa imaginería triunfante, los dirigentes se mostraban incapaces de la menor empatía por esas masas de campesinos depauperados que se agolpaban en las estaciones de ferrocarril mendigando, a la espera de poder subir a alguno de los trenes que se dirigían a ciudades en las que hallar alguna oportunidad. La justificación ante la falta de compasión por esas gentes dolientes la hallamos en la respuesta de un dirigente local: “La hambruna es una forma de mostrarles [a los campesinos] quién manda. Ha costado millones de vidas, pero el sistema de colectivización se ha impuesto. Hemos ganado la guerra” (Mazower, 1998: 119).

Años de violencia habían llegado a producir una nueva generación de militantes y cuadros soviéticos impasibles ante situaciones de degradación extrema. Esta falta de compasión por el otro, cuando este no forma parte de una épica abstracción, lastraría la sociedad

soviética hasta su desaparición, tal como refleja Svetlana Aleksiévich en las conversaciones mantenidas con los herederos de la revolución. Lo que sorprende a Mazower es el grado de aceptación de un sistema que hacía caso omiso de las necesidades individuales de sus ciudadanos, a veces convertidos en víctimas, y de cómo, pese a la aleatoriedad y desorganización de los métodos aplicados para el encuadramiento productivo y social, el sistema funcionó. Rusia creció exponencialmente después de la guerra civil, convirtiéndose en la mayor fábrica social e industrial del mundo, el país que supo mantener la creación de empleo en plena crisis de 1929, y que reportaría un enorme prestigio al régimen soviético.

Esta sería una de las razones que, según Mazower, ayudarían a explicar la acrítica fe de progresistas y marxistas occidentales —los Webb, Wells, Shaw, Wilson—, confundiendo propaganda con realidad y cerrando los ojos ante denuncias procedentes de la Oposición de los Trabajadores en fecha temprana y, más tarde, las de Ante Ciliga, Arthur Koestler o Annie Kriegel. La voluntaria ignorancia de lo que venía sucediendo en la URSS —purgas, deportaciones, exilios, desapariciones— tenía mucho que ver con el ascenso del fascismo en Europa Occidental, permitiendo a la Komintern exigir un absoluto cierre de filas a los partidos a ella adscritos en defensa de la URSS como hogar del antifascismo. Como expresa un publicista inglés de la época: “El apoyo a la Unión Soviética en este momento […], impide decir algo que pueda ser utilizado en su contra por el otro lado” (Mazower, 1998: 125).

Tony Judt va más allá en la explicación de la posición del movimiento obrero internacional respecto a Rusia durante el conflictivo periodo de entreguerras, apoyándose en una anécdota personal: la predisposición ideológica de su padre a creer toda narración épica procedente de la patria de los trabajadores; siguiendo la biografía de Trotski de Isaac Deutscher, de no haberse equivocado Lenin en la elección de sucesor ni de haberse producido la corrupción del ideal comunista por parte de Stalin, ese mundo sin clases, poblado por hombres y mujeres superiores, hubiese sido una realidad. Judt coincide con Gray y Arendt en lo relativo a la definición del proceso revolucionario ruso y a las características del bolchevismo, donde el concepto de fe resulta central. El militante, el simpatizante creen y, como los historiadores mencionados más

arriba, Judt lo relaciona con la propia tradición de los revolucionarios eslavófilos, que viven su militancia impregnados de un fuerte sentido religioso, casi mesiánico en algunos casos. Este hecho se trasladará al bolchevismo en términos que ya Kámenev reconocía en la disposición al sufrimiento de los militantes por un futuro mejor, lo que legitimaba una exigencia de sacrificio paralela en aquellos que no lo eran. De acuerdo con esta hipótesis, nos hallaríamos ante una doctrina que se justificaba por su carácter liberador, sin importar los costes sufridos o infligidos. Era esta concepción redentorista lo que había provocado en Kautsky un rechazo de la Revolución rusa como marxista solo porque así lo afirmase Lenin. En este caso, Judt se plantea la pregunta de por qué tantos intelectuales les siguen, a lo que responde que es el misticismo contenido en la propuesta de un futuro radiante, del que estarían excluidos la desigualdad y el dolor y en el que, en general, militantes y compañeros de viaje habrían optado por aceptar de buen grado el relato que se les hacía sobre la realidad antes que la realidad misma. Salvo excepciones como Gide, Fernando de los Ríos o Ángel Pestaña, la gran mayoría de los que viajaron a la URSS aceptaron la versión interesada proporcionada por los anfitriones y se sumaron a las exigencias que conducirían a la humanidad a ese futuro deslumbrante. Aceptaban así los utópicos objetivos como realidades frente a lo poco que les era dado contemplar más allá de la visión de los dirigentes soviéticos. Eran creyentes de un nuevo credo, y un creyente no reclama pruebas de la veracidad de las revelaciones que se le hacen. Otro factor explicativo del atractivo del bolchevismo era la conciencia de pertenecer a una comunidad en la que no solo se hacía lo correcto, sino que estaba avalado por la esperanza histórica. El problema se planteaba a aquellos militantes más críticos que se sentían excluidos de la participación de esa mística, lo que suponía además el aislamiento social. Era el problema de Koestler o de Kriegel, que además tenían que justificar su pérdida de fe, a la vez que racionalizaban su anterior participación de la misma. En general, esa racionalización se basaba en el objetivo de construir un mundo mejor y más justo; ello les permitía sentirse orgullosos de su pasado comunista incluso después de haber dejado de serlo.

John Gray, quien comparte esta interpretación del bolchevismo como un fenómeno religioso, utiliza una cita de Bertrand Russell

para definirlo: “[el bolchevismo]… en tanto en cuanto fenómeno social, se trata más bien de una religión que de un movimiento político ordinario” (Gray, 2007: 40) y también recuerda cómo Blok, en su poema Los doce, muestra a 12 guardias rojos, inspirados en los 12 apóstoles, que conducidos por Cristo, líder absoluto e incuestionable que puede identificarse con una sacralizada figura de Lenin, recorren las calles de Petrogrado portando una bandera roja. Este tipo de imágenes hacen patente la concepción mesiánica que se atribuían los integrantes del Partido Bolchevique y la sacralización que va adquiriendo la Revolución, especialmente en el caso del culto al líder, figura que adoptaba características taumatúrgicas y rasgos santificados.

La concepción finalista del proceso histórico y la inevitabilidad de que fuesen los bolcheviques los llamados a construir esa nueva sociedad, basada en un nuevo tipo de ser humano, posibilitaba que se arbitrasen los medios necesarios para que el nacimiento de esa nueva criatura fuese posible. Y para ello se recurrió a la ciencia o a la pseudociencia. Las personas, según ese punto de vista, eran seres maleables, susceptibles de ser modificados a través de terapias conductuales o físicas. De ahí las visitas de Lenin a Pávlov, alguien carente de entusiasmo revolucionario, pero deseoso de recibir mejorar su alojamiento y manutención. En aquellos encuentros, Lenin solicitó asesoramiento para establecer el grado de viabilidad de un cambio en el comportamiento de los individuos, uniformizando las actitudes de los hombres y mujeres soviéticos y acabando con el individualismo que tantos problemas había generado (Figes, 2000: 791). Es quizás el paso más prudente en la búsqueda del nuevo ser, lejos de los experimentos pseudocientíficos con monos y mujeres para conseguir un soldado resistente ante las más duras condiciones y excepcionalmente dócil. Pese al fracaso de dichos experimentos, este hecho revela el grado de determinación a que se había llegado en la búsqueda de alcanzar sin demora la ansiada utopía. Gray achaca ese desprecio por lo más característicamente humano a una combinación de ideales ilustrados mezclados con la tradición de despotismo oriental heredada del zarismo: no solo deseaban tomar el poder; su objetivo era construir un mundo nuevo, aunque para ello hubiese que utilizar el terror, como habían hecho los jacobinos en Francia.

En su muy crítico ensayo Sobre la revolución, Hannah Arendt destaca dos factores complementarios que definen la revolución: la violencia y la guerra. La guerra actúa como deus ex machina desencadenando a su vez la violencia. También en ambos aspectos la Revolución rusa sigue el modelo francés, tal como ponen de manifiesto Figes y Kolonitskii, pero Arendt entiende que las revoluciones de febrero y octubre participarían de esa revolución permanente aludida por Proudhon, una revolución idéntica a sí misma, ante la que no existe posibilidad de resistencia porque es una necesidad histórica (Arendt, 2006: 67). Cuando, tras la victoria sobre Napoleón, el príncipe Volkonsky trajo de París nuevos planteamientos políticos de carácter democratizador y un reconocimiento de las virtudes del hombre común para alcanzar la ciudadanía y salir de la servidumbre, ya que han sido quien ha puesto en fuga al emperador francés (Figes, 2006: 118-119), se inició en Rusia ese proceso de revolución que se reproducía a sí misma, en paralelo con las que tenían lugar en el resto de Europa. Las sucesivas guerras perdidas —Crimea, Japón, Primera Guerra Mundial— abren la puerta a nuevos factores de alto contenido revolucionario: el desprestigio de las instituciones y autoridades, el empobrecimiento de la sociedad, el peso de la contienda asumido por obreros y campesinos… todo favorece la transformación de reivindicaciones multitudinarias en un hecho revolucionario, articulado por revolucionarios profesionales, vanguardia del proletariado para quien Lenin reclamaba la dirección de la Revolución.

Hasta el verano de 1917, ese papel activo que se requería para los bolcheviques había sido ocupado por masas indiferenciadas políticamente, que actuaron de forma espontánea. La participación de los bolcheviques había sido minoritaria hasta esa fecha, pero la llegada de Lenin en abril y la vuelta del exilio de otros dirigentes desencadenó una actividad de agitprop (agitación y propaganda) muy efectiva en el frente, en las fábricas y barrios obreros de las grandes ciudades. La evolución del proceso se aceleró porque Lenin supo reconocer los tres objetivos básicos por los que se movilizaban esas masas: pan, paz y tierra. En su amplia monografía, Figes detalla las revoluciones paralelas que tuvieron lugar simultáneamente; alguna, como la campesina, inspirada en instituciones tradicionales como las comunas campesinas que

servirían de primitivo modelo organizativo a los soviets rurales. Ese poder popular emergido en febrero pronto experimentó una transformación centralizadora de las decisiones, la ocupación de las instituciones políticas y la expulsión de los partidos que las ocupaban. Mientras, el Partido Bolchevique se arrogaba la representatividad popular —nosotros frente a ellos, elites que, en algunos casos, también habían participado en el proceso revolucionario y habían sufrido la represión de la Ojrana (la policía secreta del régimen zarista)— demandando para sí, en exclusiva, el papel rector del movimiento. El golpe de octubre fue mitificado y pasó al imaginario popular de acuerdo con las imágenes filmadas por Einsenstein, en el que las masas, que en este episodio fueron reducidas, adquieren protagonismo. En Petrogrado, salvo en los alrededores del Palacio de Invierno, en el barrio obrero de Viborg y en la fortaleza de Kronstadt, no hubo muestras de agitación. Así lo describe John Reed que cena tranquilamente en el Hotel de France, mientras los tranvías circulaban normalmente y Shaliapin cantaba el Boris Godunov ante su público habitual del Mariinski. La noche del 24 de octubre la fidelidad del Soviet de Petrogrado no estaba totalmente asegurada, obligando a los bolcheviques a tomar medidas drásticas para hacerse con las palancas del poder que les permitiesen hacer de Rusia la fábrica de una nueva sociedad.

CONCLUSIÓN

La Revolución soviética permitió vislumbrar la posibilidad de alcanzar un régimen más justo, más igualitario, despojado de jerarquías rígidas que impidiesen el ejercicio de una libertad plena. Sin embargo, tal como retrata Nikita Mijalkov en su película Quemado por el sol (1994), muchos de los hombres y mujeres que participaron en ese gran ensayo revolucionario fueron “quemados por el sol de la revolución”, según la dedicatoria del director del film a los que considera héroes más o menos anónimos de la misma.

El nuevo régimen llevó a cabo avances sociales, económicos y culturales innegables, que permitieron a Rusia pasar de una

situación de postración y atraso a ocupar un puesto entre las grandes potencias mundiales tras la Segunda Guerra Mundial, pero fue a costa de un incalculable coste humano. Un largo periodo en el que la violencia y el terror se hicieron cotidianos y el aislamiento y desconexión internacionales permitieron que en los años 30, década en la que se desarrolla la acción del film de Mijailkov, los procesos de Moscú pusiesen de manifiesto la modificación experimentada por los objetivos revolucionarios hasta hacerlos irreconocibles. Viejos comunistas que, como Kótov, el protagonista de la película, serán fusilados, pese a defender a Stalin y al PCUS. Ese antiguo combatiente del Ejército Rojo, que sale en defensa de los campesinos koljosianos y termina conducido por un antiguo oficial blanco, reconvertido en agente de la NKVD hacia su muerte. Tal vez la respuesta se halle en la obra de Vasili Grossman Vida y Destino, por medio del atemorizado Shtrum, un investigador que ve peligrar su carrera profesional en los años del estalinismo: “No te olvides de que Stalin es el comandante supremo de un ejército que combate contra el fascismo. Tu abuela confió en Stalin hasta el último día de su vida, nosotros vivimos y respiramos gracias a Stalin y el Ejército Rojo…” (Grossman, 2007: 463).

Bibliografía

Aleksiévich, S. (2015): El fin del “homo sovieticus”, Acantilado, Barcelona.

Arendt, H. (2004): Sobre la revolución, Alianza, Madrid.

Bábel, I. (2011): Caballería Roja, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Biely, A. (1981): Petersburgo, Alfaguara, Madrid.

Bulgákov, M. (2014): La Guardia Blanca, De Bolsillo, Barcelona.

Burke, P. (2001): Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico, Crítica, Barcelona.

Caja Madrid (2011): La Caballería Roja. Creación y poder en la Rusia soviética de 1917 a 1945, Madrid.

Caparrós, J. M. (1977): 100 Películas sobre Historia Contemporánea, Alianza, Madrid.

Carr, E. H. (1973): La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin (1917-1929), Alianza, Madrid.

Chaves Nogales, M. (2015): El Maestro Juan Martínez que estaba allí, Libros del Asteroide, Barcelona.

De los Ríos, F. (2010): Mi viaje a la Rusia sovietista, Fundación Fernando de los Ríos, Madrid.

Fernández, A. (1995): La Revolución Rusa, Itsmo, Madrid.

Ferro, M. (1971): La Revolución Rusa, Ariel, Barcelona.

— (2008): El cine, una visión de la Historia, Akal, Madrid.

Ferro et al. (1989): Révoltes, Révolutions, Cinéma, Centre Georges Pompidou, París.

Figes, O. (2000): La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo, Edhasa, Barcelona.

— (2006): El baile de Natacha. Una historia cultural rusa, Edhasa, Barcelona.

Figes, O. y Kolonitskii, B. (2001): Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917, Biblioteca Nueva-Universidad de Valencia, Madrid.

Fitzpatrick, S. (2005): La Revolución Rusa, Siglo XXI, Madrid.

Fundación Central Hispano (1993): La Vanguardia rusa (1905-1925), Madrid.

Gorki, M. (1972): La Madre, La Fontana Literaria, Madrid.

Gray, J. (2008): Black Mass. Apocalyptic Religion and the death of utopia, Farrar, Strauss &Giroud, Nueva York.

Grossman, V. (2007): Vida y destino, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Hernández Sandoica, E. (1985): La Revolución de 1905. La autocracia zarista, Información y Revistas, Madrid.

— (1997a): Octubre Rojo: oleadas revolucionarias en Europa (1917-1921), vol. 6, colección Historia Universal. Siglo XX, Historia 16, Madrid.

— (1997b) La URSS de Lenin a Stalin: Guerra Civil, economía y sociedad, vol. 9, colección Historia Universal. Siglo XX, Historia 16, Madrid.

— (1997c) La URSS de Lenin a Stalin: Guerra Civil, economía y arte, vol. 10, colección Historia Universal. Siglo XX. Historia 16, Madrid.

Hill, C. (1971): La Revolución Rusa, Ariel, Barcelona.

Hobsbawn, E. (1990): Los ecos de la Marsellesa, Crítica, Barcelona.

— (1998): Historia del Siglo XX, Crítica, Barcelona.

Judt, T. y Snyder, T. (2012): Pensar el Siglo XX, Taurus, Madrid.

Karvala, D. (2007): Rusia 1917. La Revolución Rusa y su significado hoy, La Tempestad, Barcelona.

Koch, S. (1997): El fin de la inocencia. Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales, Tusquets, Barcelona.

Kriegel, A. (1983): Les Internationales ouvrières, PUF, París.

Lenin, V. (1917): Las tareas del proletariado en la presente revolución (www.marxists.org).

— (1971): L'état et la revolution, Denöel-Gonthier, París.

Mandelstam, N. (2012): Contra toda esperanza. Memorias, Acantilado, Barcelona.

Mazower, M. (2000): Dark Continent. Europe's twentieth century. Vintage Books, Nueva York.

Pestaña, A. (1968): Informe de mi estancia en la URSS, ZYX, Madrid.

— (1970): Consideraciones y juicios acerca de la III Internacional, ZYX, Madrid.

Pipes, R. (2016): La Revolución Rusa, Debate, Barcelona.

Reed, J. (1977): Diez días que estremecieron al mundo, Akal, Madrid.

Renouvin, P. (1982): Historia de las Relaciones Internacionales, Akal, Madrid.

Rodriguez Fierro, A. (1991) La Revolución rusa y el desarrollo de la URSS, Akal, Madrid.

Rosenstone, R. (1997): El pasado en imágenes. El desafío del cine a

nuestra idea de la Historia, Ariel, Barcelona.

Sadoul, J. (2016): Cartas desde la revolución bolchevique, Turner Noema, Madrid.

Sand, S. (2005): El Siglo XX en pantalla. Cien años a través del cine, Crítica, Barcelona.

Serge, V. (2016): Medianoche en el siglo, Alianza Literaria, Madrid.

Trotski, L. (1971): Sobre Arte y Cultura, Alianza, Madrid.

— (1972): Lenin, Ariel, Barcelona.

— (1985): Historia de la Revolución Rusa, SARPE, Barcelona.

Tsvietáieva, M. (2006): Natalia Goncharova. Retrato de una pintora, Minúscula, Barcelona.

— (2015): Diarios de la Revolución de 1917, Acantilado, Barcelona.

Tuchman, B. (2006): Los cañones de agosto, RBA, Barcelona.

EJE CRONOLÓGICO

26-12-1825 Levantamiento decembrista.

1853-1856 Guerra de Crimea. Derrota rusa.

1861 Liberación de la servidumbre.

1864 Creación de los zemstvos.

1881 Asesinato de Alejandro II por un anarquista. Represión.

1877-1878 Intervenciones rusas en los Balcanes.

1898 Fundación del POSDR.

1901 Fundación del PSR o eserista.

1903 Escisión del POSDR: bolcheviques y mencheviques.

1904-1905 Guerra ruso-japonesa. Derrota rusa.

9-1-1905 Revolución de 1905: Domingo Sangriento.
Manifestaciones y motín Potemkin. Creación por Trotski del primer soviet.

18-2-1905 I Duma. Ampliación de derechos y libertades momentánea.

17-10-1905 Fundación de los partidos octubrista y PDK, kadete.

1907 Liberalización de la propiedad comunal.

1911 Asesinato del ministro Stolypin.

1-8-1914 Alemania declara la guerra a Rusia. Inicio de la Primera Guerra Mundial. Derrotas en Tannenberg y Lagos Masurianos.

1915-1916 Ofensiva rusa en los Cárpatos: retirada desordenada. Ofensiva alemana en el Báltico. Pérdidas humanas muy elevadas. Agitación en la retaguardia y en las trincheras.

25-2-1917 Revolución de febrero: manifestaciones, huelgas y motines.

27-2-1917 Formación del Soviet de Petrogrado. Se extiende la revolución.

1-3-1917 Reunión de los diputados de la Duma y formación del Gobierno provisional, presidido por Lvov (kadete).

3-3-1917 Abdicación de Nicolás II y encierro de la familia imperial.

Marzo Decretos ampliando derechos y libertades: sufragio universal masculino y femenino. Independencias de Finlandia y Polonia. Enfrentamiento del Gobierno provisional/Soviet por la paz unilateral. Creación comisariado.

3 abril Llegada de Lenin a Petrogrado: Tesis de abril. Ocupación de fábricas y haciendas. Deserciones en el frente.

9-24 abril Conferencia Panrusa de los Soviets: incremento de los bolcheviques.

10 junio Manifestación armada bolchevique exigiendo un armisticio.

18 junio Ofensiva rusa en Galitzia y Bucovina. Retirada.

3-20 julio Intento de los bolcheviques para hacerse con el poder. Gobierno de Kérenski: represión contra los bolcheviques. Huida de Lenin a Finlandia.

25-30 agosto Intento golpista de Kornílov, frustrado por el apoyo de los bolcheviques.

10 octubre Vuelta de Lenin a Petrogrado. Preparativos de la Revolución de octubre.

24 octubre Inicio de la Revolución de octubre dirigida por Lenin y

Trotski: toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques y huida de Kérenski.

25 octubre II Congreso Panruso de los Soviets: creación del Sonavkorm, decretos de Reforma Agraria, Paz y Autodeterminación. Expulsión de los partidos opositores.

27 octubre Formación del Comité de Salvación por los opositores. Prohibición de la prensa opositora por el Sonavkorm.

Noviembre Se inician procesos independentistas en diversos territorios.

12 noviembre Elecciones de la Asamblea Constituyente. Partido bolchevique en minoría.

7 diciembre Creación de la Cheka: persecución de los oponentes.

8-1-1918 Clausura de la Asamblea Constituyente. Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador.

3 marzo Tratado de Paz de Brest-Litovsk. Traslado de la capital a Moscú. Fundación del Partido Comunista.

1918-1921 Guerra civil: batalla de Ucrania. Enfrentamiento entre el Ejército Blanco y el Ejército Rojo. Intervención de las potencias. Comunismo de Guerra.

18-6-1918 Constitución soviética.

16 agosto Fusilamiento de la familia imperial.

2-3-1919 Formación de la III Internacional.

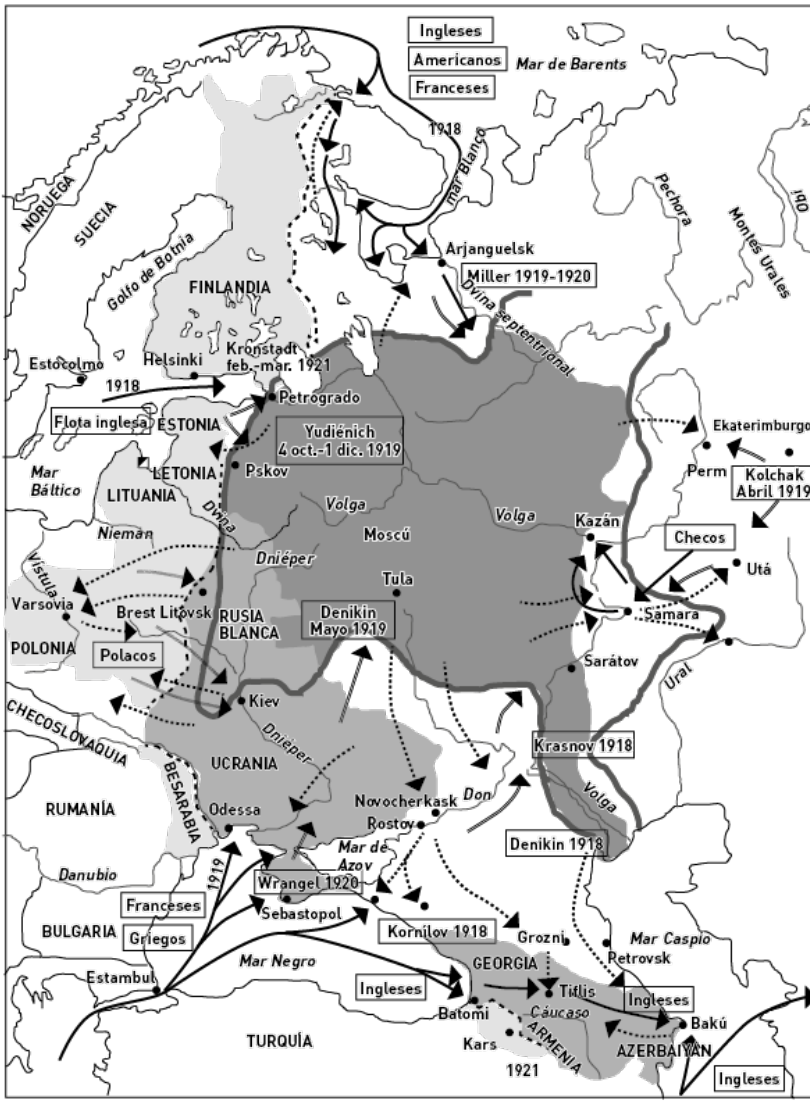
1920 Guerra con Polonia. Rusia pierde Polonia.

23-2-1921 Levantamiento de Kronstadt.

17-3-1921 Nueva Política Económia (NEP).

MAPAS

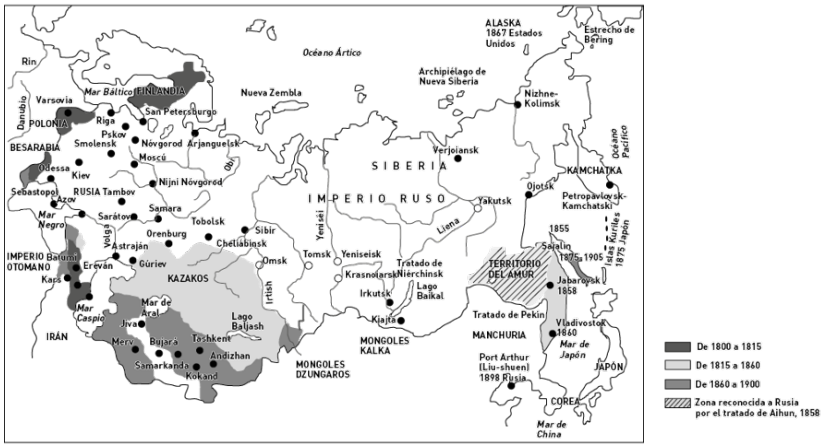
LA GUERRA CIVIL (1917-1921)



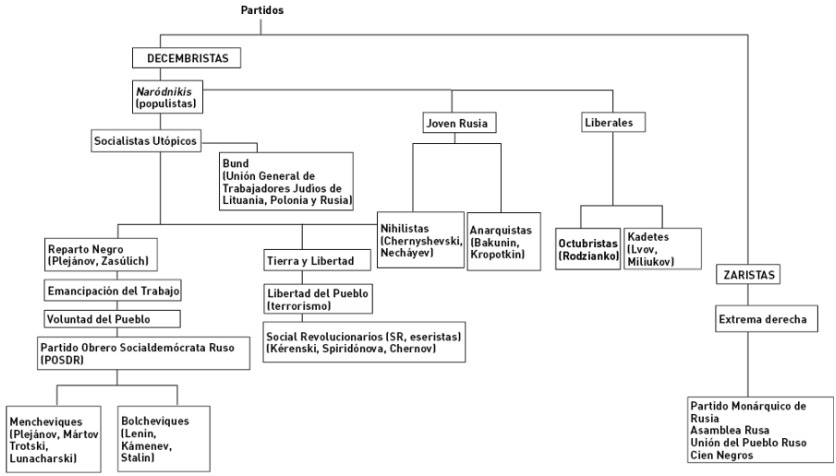
- Ofensivas de los ejércitos blancos
- Denikin — Denikin. Jefes de los ejércitos blancos
- Intervenciones de los ejércitos de la Entente, 1918-1920
- Límites de la URSS en 1922
- Ofensiva polaca, abril-mayo de 1920
- Contraofensivas del ejército rojo
- Frente de junio de 1919

- Territorios que permanecen constantemente bajo control soviético
- Repúblicas secesionistas
- Territorios del Imperio ruso perdidos por la Rusia soviética

EL IMPERIO RUSO (1800-1900)



ESQUEMA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS RUSOS



Índice

CAPÍTULO 1. UN ESPACIO Y SUS GENTES

CAPÍTULO 2. GUERRA Y REVOLUCIÓN

CAPÍTULO 3. 1905: PREÁMBULO DE LA REVOLUCIÓN DE 1917

CAPÍTULO 4.PARTIDOS DE NOTABLES Y DE MASAS

CAPÍTULO 5. 1914-1917: UNA NUEVA GUERRA. UNA NUEVA REVOLUCIÓN

CAPÍTULO 6. 1917: UNA REVOLUCIÓN QUE CAMBIÓ EL MUNDO

CAPÍTULO 7. LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE Y LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO SOVIÉTICO

CAPÍTULO 8.TANTA, TANTA GUERRA

CAPÍTULO 9. LA DIFUSIÓN DE LA REVOLUCIÓN: KOMINTERN Y CINE

EPÍLOGO. ALGUNAS INTERPRETACIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN DE 1917

BIBLIOGRAFÍA

EJE CRONOLÓGICO

MAPAS